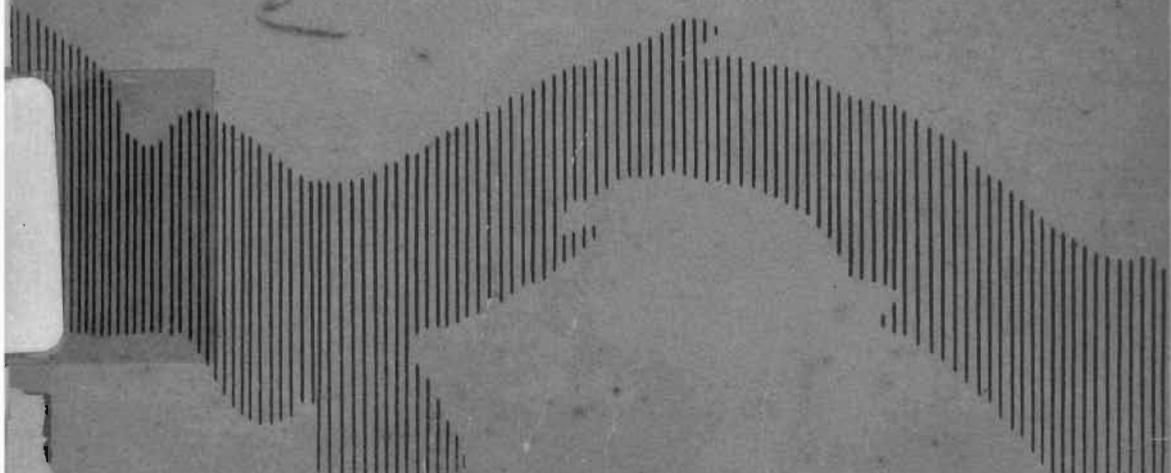


VICTOR M. SALAZAR

MEMORIAS

DE LA

GUERRA



# MEMORIAS DE LA GUERRA

(1899 - 1902)



VICTOR M. SALAZAR

# MEMORIAS

DE LA

# GUERRA

(1899-1902)



EDITORIAL A B C. - BOGOTA

1943





GENERAL VICTOR M. SALAZAR

## INTRODUCCION

*Muchos de los que combatieron a nuestro lado en la sangrienta guerra civil que principió el 17 de octubre de 1899 y que terminó el 21 de noviembre de 1902 con la firma del Tratado de Wisconsin en la bahía de Panamá, conocida generalmente con el nombre de "guerra de los mil días", se han dirigido a nosotros en múltiples y reiteradas ocasiones, con la súplica de que antes de que nos sorprenda el ocaso de la vida, con su cortejo de dificultades y fatigas, escribamos y demos a la publicidad una relación documentada de los más importantes sucesos en que hubimos de intervenir con la colaboración de esos nobles compañeros, en aquellos lejanos tiempos de nuestra agitada historia, cuando la lucha entre hermanos alcanzaba los más altos grados de furor y acerbía; cuando la muerte segaba en forma despiadada y cruel las filas de los combatientes, llevando el luto y el dolor a los hogares colombianos, y cuando una ola de destrucción y de sangre inundaba sin cesar los campos de la patria.*

*Y ¿por qué no habíamos de complacer a aquellos abnegados amigos que sin otra mira que la grandeza y la gloria de Colombia y sin otra ambición que la defensa de unas instituciones políticas que ellos, como nosotros, consideraban justas y sabias para la marcha próspera de la república, se lanzaban a los campos de batalla, y desafiaban la muerte y se encaraban a toda clase de peligros y sufrimientos, porque en sus almas ardía la llama de la fe, que es fuente de valor y de constancia, y porque los movía la convicción de luchar por una causa nobilísima? Esas instituciones por cuya integridad fueron al combate, no periclitaron, y viven aún en la conciencia del pueblo colombiano, como el más precioso legado de sus fundadores y como el faro que ilumina perennemente los senderos de nuestra vida pública. No fue, pues, estéril el sacrificio ni vana la porfía. El estruendo del cañón no apagó el aliento de los defensores de la doctrina, que sigue resistiendo,*

victoriosa, el embate de las pasiones y la acción demoleadora del tiempo. Esfuerzos se han hecho, por los que no la comprenden, para destruirla o deformarla; manos profanas han querido proscribirla del alma nacional; hombres de inteligencia roma, como aquellos de que habla el Evangelio, han ensayado contra ella su incapacidad arrogante, pero el buen sentido se ha impuesto y los mismos iconoclastas han tenido que volver por su reconocimiento y defensa. Y es porque nuestras instituciones políticas, encarnadas en nuestra sabia Constitución de 1886, no son el fruto de una quimera, expuesto al soplo de pasajeras veleidades, sino la obra reposada y serena de egregios pensadores y estadistas. Esa fue nuestra bandera en la sangrienta guerra de los mil días. A su defensa le consagramos todas nuestras energías y nuestro entusiasmo juvenil. Jamás los sacrificios apagaron el temple de nuestros valientes compañeros. La sangre corría a torrentes y la muerte rondaba día y noche en nuestros campamentos, pero el valor no decayó nunca. Si esa bandera se condujo con gloria y fue izada con honor en todos los campos de la patria, lo ha dicho ya la historia.

Ello es que el 8 de octubre de 1902, cuando ya Roosevelt extendía sobre el territorio panameño sus garras de pirata, quien escribe estas páginas le decía al ministro de guerra, en carta de esa fecha firmada en Panamá: "Haciendo esfuerzos de amor propio, que nadie en Colombia sabrá agradecerme debidamente, estoy tratando este asunto (el de la intervención del gobierno americano en la política de Panamá) de manera prudente y diplomática, para evitar un conflicto que traiga como resultado la pérdida de esta preciosa faja de Colombia. Si logro, con esta conducta, salvar la integridad de la patria, tan codiciosamente amenazada, habré alcanzado el mayor de mis triunfos."

Y poco después, separados ya definitivamente de la gobernación de Panamá por la feliz terminación de la guerra mediante el Tratado de Wisconsin, al abandonar para siempre aquellos campos que habían sido teatro de tan sangriento duelo, pudimos decirle al presidente Morroquín:

"Cubierto y amparado por el tricolor de la república, recibí de manos de V. E. el territorio de Panamá; amparado y cubierto por el mismo tricolor, os lo devuelvo, pacificado y tranquilo."

Cuando un año después, el 3 de noviembre de 1903, vino la

separación de Panamá, ya eran otras las manos que dirigían los destinos de aquella sección del país.

*Las nuevas generaciones no conocen el proceso de la penosa contienda: no presenciaron sus escenas de dolor, pero tienen la virtud de haber respetado y guardado la paz que dimos a Colombia y que fue como el broche de oro con que cerramos la última página de la hecatombe. La paz que fue antaño en nosotros aspiración fervorosa, es hoy motivo fundamental de nuestro orgullo. La paz es nuestra obra magna, nuestra obra por excelencia. La paz le dará a Colombia muchos días de gloria y de prosperidad, porque sólo a su sombra pueden resolverse los problemas que constituyen el desiderátum supremo de los Estados. Cuando nuestro gran Libertador, hace más de un siglo, daba su postrer adiós a Colombia, en la quinta de San Pedro Alejandrino, sus últimos votos fueron por la paz: "Colombianos: si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro."*

*Mas el generoso anhelo del Padre de la Libertad no ha venido a realizarse sino pasados muchos años. A la guerra de la independencia siguieron las contiendas civiles, los golpes de Estado, las ambiciones personales, el caos, y tanto se había apoderado del alma de los pueblos el espíritu de la anarquía, que en el lapso de 17 años, contados desde 1863, época en que fue expedida la Constitución federalista de Rionegro, hasta 1880, cuando ya asomaban los albores de una transformación política trascendental, el país tuvo que soportar y sufrir el estrago de 52 revoluciones armadas. Los mismos hombres del gobierno daban el grito de alarma desde sus posiciones oficiales. El general Santos Gutiérrez, en su mensaje presidencial a las cámaras legislativas de 1868, denunciaba el estado a que había llegado la nación como fruto de la intranquilidad reinante, y encarecía la urgencia de iniciar inmediatamente la obra de la regeneración, por el restablecimiento de las seguridades públicas. Tres años más tarde, don Felipe Zapata, hombre de pulcritud política imponderable, exclamaba angustiado, como secretario de gobierno del general Salgar, que en diez años de federación había tenido el país veinte revoluciones locales y diez gobiernos destruidos. Fue algún tiempo después cuando el doctor Núñez, al darle posesión de la presidencia de la república al general Julián Trujillo, lanzaba aquella frase*

*apocalíptica que perdura como una admonición en los anales patrios: "Regeneración administrativa fundamental o catástrofe." Pero no eran únicamente el general Santos Gutiérrez, don Felipe Zapata y el doctor Núñez, quienes difundían su alarma por todos los ámbitos del territorio nacional. El doctor Murillo, preclaro estadista y hombre de larga trayectoria política, decía en 1878 que la corrupción había penetrado hasta la medula del cuerpo social, y que era necesario oponerle alguna valla a la completa liquidación de la república; y el general Sergio Camargo, residente en Londres en esa época, escribió, en carta de 2 de octubre de 1878, estas severísimas palabras: "Constituir alguna normalidad social, aplacar, reconciliar, fraternizar, tal es la tarea de la hora presente y urge acometerla. De otro modo, la catástrofe patrióticamente presentida por un eminente colombiano, no tardará en desatarse sobre nuestras cabezas." Hasta un ministro norteamericano, que observaba atentamente nuestra política, publicaba a los cuatro vientos su famosa frase de que "en Colombia se había organizado la anarquía".*

*Rememorar estos hechos de nuestra vida política del siglo pasado, resultaría por lo menos innocuo si no se derivasen grandes consecuencias y fecundas reflexiones de su comparación con la vida presente. Ello es que el cambio del estado de agitación y guerras civiles de aquella edad pretérita por el de calma y bienestar de que ahora goza la república, no es sino el fruto de la paz que le dimos a Colombia al finalizar la sangrienta guerra de los mil días. Nuestros sacrificios, la sangre derramada y el luto de los hogares, no fueron completamente estériles, porque la lucha nos dejó los beneficios de una paz estable, esta paz que se aproxima al medio siglo de existencia y que conocemos con el nombre de "la paz del Wisconsin". Que ella ha sido fecunda en bienes para Colombia, lo demuestra enfáticamente la tranquilidad en que hemos vivido en los últimos tiempos, el creciente desarrollo de las industrias, el florecimiento de la agricultura, el ensanche extraordinario de las vías de comunicación, el aumento de la riqueza nacional, la formación de las grandes ciudades que decoran nuestro suelo y, en una palabra, el ambiente de bienestar que singulariza nuestra vida política y que resalta inconfundiblemente en el cuadro de sombras que ofrece el mundo actual. Las mismas disensiones que se observan en los debates políticos colombianos, signo son*

*de la lucha en el seno de toda democracia, y no aminoran nuestra fe en la esperanza de una era mejor. A esa era llegaremos cuando tengamos una más clara comprensión de los problemas patrios, mayor seriedad en el estudio de los mismos y, sobre todo, cuando la mediocridad de criterio con que se determina nuestra vida en lo político, lo administrativo y lo social, sea reemplazada por un sentido más alto de selección jerárquica de los valores individuales.*

*Hace muchos años que Lord Macaulay observaba, en el seno del parlamento inglés, cómo la vida del imperio británico ofrecía épocas felices en que el pueblo marchaba a la vanguardia del gobierno, en los hechos atañedores a su prosperidad. En Colombia acaece algo semejante. Cuando el parlamento y el gobierno se empeñan en debates frívolos y malgastan en ellos el tiempo y sus propias energías, los hombres de trabajo le dan al país la sorpresa de una nueva fábrica o de un nuevo centro de producción, en donde se labora por el crecimiento de la riqueza nacional. En este caso, como decía Macaulay, el pueblo no debe detener su marcha: correspóndele al gobierno acelerar la suya para alcanzarlo, porque los hombres de empresa son los "pioners" que van marcando los senderos y señalando las etapas por donde se llega a la cima del progreso deseado.*

*Para lograr tales fines, son indispensables los auspicios de la paz. La paz, parece una paradoja decirlo, es la mejor arma para hacerles la guerra a los gobiernos inconvenientes, perniciosos o incapaces. No hay gobierno malo que pueda resistir los embates de la sana opinión: cuando ésta se funda en la justicia, tiene la fuerza demoledora de un acorazado o de un tanque de guerra. Es por esto por lo que debemos esforzarnos en conservar la paz si queremos ser libres y si anhelamos hacer de Colombia una nación grande y próspera. Para ello, tenemos sobrados elementos: riquezas naturales en vasta proporción, que aun permanecen inexploradas, y un territorio extenso que se puede aprovechar en parte muy considerable. Pero no olvidemos que la paz no se decreta, la paz se cultiva por el ejercicio permanente de la justicia, por la probidad de los gobernantes, por la efectividad de las garantías individuales y las libertades públicas, y por la seriedad y honradez en el manejo de los intereses públicos.*

*Carleton Beals, eminente publicista norteamericano, ha es-*

*crito un interesante y voluminoso libro titulado "América ante América". Acumula en él importantes datos históricos, geográficos, políticos, sociales, etnográficos, etc., de los países latino-americanos, muchos de los cuales ha visitado. Beals no carga agua en la boca para decir las deficiencias que ha encontrado en este hemisferio, empleando un lenguaje agresivo y descortés, pero sus abundantes observaciones merecen ser estudiadas con esmero por la oportunidad de las enseñanzas que contienen. Ni a su propio país le escatima la agresión cuando, refiriéndose a la Doctrina Monroe, dice: "También Monroe y Adams eliminaron cuidadosamente, de la redacción original de la doctrina, todo lo que pudiera ser un obstáculo para nuestra propia expansión a expensas de los países que estábamos protegiendo tan galantemente."*

*En una de las mil y más observaciones que hace de Colombia, encontramos el siguiente párrafo que destacamos especialmente porque contiene una verdad que nos conviene conocer. Dice el autor: "Colombia, a pesar de tener un número alto de analfabetos, se enorgullece de ser el centro cultural principal de las Américas. La Universidad de Bogotá se fundó en 1572 y fue seguida por la Universidad de Antioquia (Medellín), de Bolívar (Cartagena), del Cauca (Popayán) y de Nariño (Pasto). Tiene 438 liceos; 203 escuelas industriales y normales y escuelas comerciales, pero su sistema está predominantemente sujeto a las necesidades urbanas. La educación rural se ha descuidado y el privilegio de clase impregna todo el sistema, además de su snobismo. A pesar de que las cosas han cambiado desde que Manuel Ugarte visitó a Bogotá en 1912, en esencia el espíritu ha permanecido igual. El latín, la literatura y la erudición, son elementos ricos de una cultura superior; pero pueden ejercer muy poca influencia, o ninguna, en el desarrollo de sociedades en formación. La vida tiene imperiosas necesidades que no pueden ser resueltas con citas de Horacio. La arrogancia literaria ha alejado a muchos de toda realidad práctica y la falta de preparación técnica ha hecho imposible que otros desarrollen una actividad provechosa."*

*Verdad de a puño, verdad indiscutible. A todo lo ancho y largo de nuestra historia, lo que más nos ha preocupado son las citas de Horacio, muy bellas sin duda, pero muy poco fructíferas para el desarrollo fecundo de sociedades en proceso de formación*

como la nuestra, según la observación de Beals. Aquí cerca, en la Argentina, dicen que Colombia es un interesante país a pesar de su lirismo sentimental.

Pero no queremos terminar estas líneas, escritas a manera de introducción, sin hablar, aunque sea someramente, de otros aspectos de nuestra intervención en la guerra de los mil días. Siguiendo un orden estrictamente cronológico, describiremos la pacificación de Antioquia, en la que resultó ser guerra relámpago, para emplear la terminología de la presente conflagración mundial, pues principió el 1º de enero de 1900 con el pronunciamiento del general Cándido Tolosa en la pequeña población de Guarne, a pocas horas de Medellín, y terminó con la rendición del ejército liberal en la lejana y bellísima región de Urrao, en el occidente antioqueño, el 23 del mismo mes. Duró, pues, esa campaña, veintitrés días. El liberalismo de Antioquia, impulsado por algunos jóvenes exaltados, entre los cuales se encontraban los doctores Roberto Botero Saldarriaga, Libardo López y otros no menos importantes, no quería quedarse a la zaga en el desarrollo de aquel vasto plan revolucionario que se extendía ya por todos los ámbitos del territorio nacional, y procedió a decretar el pronunciamiento de Guarne y a organizar el pintoresco gobierno de Quirimará, constituido por los hombres más eminentes del liberalismo del departamento, entre los cuales se contaban don Fidel Cano, el doctor Jorge Enrique Delgado, los generales Manuel Antonio y Rafael Angel, el distinguido escritor Leocadio Lotero y otros muchos de prominente posición. Tomó esa organización el nombre de Gobierno de Quirimará, por haberse verificado en la hacienda de ese nombre, de propiedad del doctor José D. Sierra, en un lugar del occidente del departamento.

En esta rápida campaña tuvimos una activa participación, principiando por atacar al general Tolosa y terminando con la captura del ejército liberal en los alrededores de la hacienda denominada "Quebrada-Arriba", de propiedad de don Alfredo Ruiz y sus hermanos, en jurisdicción del municipio de Urrao.

Cuando íbamos camino hacia Medellín, un posta nos llevó una comunicación del gobernador en que nos rogaba apresurar la marcha, aun dejando atrás a los prisioneros que llevábamos, con el fin de ir rápidamente en misión especial a Barranquilla, ante el general Francisco J. Palacio, comandante general del ejér-

*cito en la Costa Atlántica, y ante el doctor José Manuel Goenaga, gobernador de ese departamento. Tratábase de conseguir un armamento para la División Ospina que rápidamente estaban organizando el general Pedro Nel Ospina y el doctor Carlos E. Restrepo. La rapidez y el buen éxito con que desempeñamos aquella comisión, en la cual iba el distinguido comerciante medellinense don Luis M. Escobar, nos mereció grandes aplausos del gobierno antioqueño. Siguió después, en el riguroso orden cronológico de este relato, nuestro regreso a la Costa Atlántica con la División Antioquia, de la cual era jefe el valeroso general Francisco Jaramillo, veterano en nuestras guerras civiles desde los tiempos de don Julio Arboleda, de quien había sido compañero, y a quien se conocía en todo el país con el nombre de "Pacho Negro", "aun cuando era blanco", como dijo de él, con mucha gracia, Carlos E. Restrepo en unas líneas biográficas que escribió en aquellos tiempos. Por reiteradas instancias del gobierno antioqueño y muy principalmente del general Juan Pablo Gómez (el Marinillo) ocupamos en esa división el puesto de jefe de estado mayor. De Barranquilla hubimos de marchar inmediatamente a Panamá llevando el batallón "Henaó" de la misma división. Llegados a la capital del Istmo en mayo de 1900, nos tocó desempeñar una tarea de relativa importancia en la batalla que tuvo lugar del 20 al 26 de julio del año citado, en donde el ejército revolucionario se entregó con todos sus elementos. En el capítulo correspondiente de estas Memorias, ofrecemos los detalles de esa batalla con los documentos que respaldan nuestras afirmaciones. Pero queremos, desde ahora, hacer una advertencia para las personas que no tengan una idea muy clara de lo que fue la guerra en el Istmo. Esa guerra tuvo allí dos etapas principales: la de 1900, cuando el ejército de la revolución nos atacó fuertemente en las puertas de Panamá para rendirse luego, después de seis días de cruentísimo batallar (26 de julio); y la de 1902, cuando fue hundido el general Carlos Albán en un buque denominado el "Lautaro", de propiedad de la Compañía Sur Americana de Transportes (chilena), y cuando terminamos la guerra por medio del Tratado de paz del Wisconsin.*

*Después de la batalla de Panamá de 1900, fuimos llamados de Barranquilla urgentemente por el general Francisco J. Palacio, para intervenir en la campaña de Bolívar contra el general*

*Uribe Uribe, terminada la cual volvió a encenderse la guerra en el norte del mismo departamento, para donde hubimos de marchar inmediatamente desde Barranquilla, adonde habíamos regresado en los primeros días de febrero de 1901. El sangriento y memorable combate de Marialabaja, cuyo relato cederemos a la brillante pluma del general Rubén Ferrer, jefe de estado mayor de la fuerza expedicionaria, le puso punto final a esa corta jornada. Pacificado todo el litoral atlántico con la última campaña del norte de Bolívar, justo era darles a las sufridas fuerzas antioqueñas merecido descanso. Nos dedicamos de consiguiente a preparar el viaje de reposo recogiendo todas nuestras tropas, sin descuidar uno solo de los enfermos y heridos que había en los hospitales. Con ese fin hicimos viaje a Cartagena, en donde estaban hospitalizados los heridos de Marialabaja, encontrando que todos habían sido atendidos con solícito interés y que la mayor parte estaba en condiciones de viajar hacia sus queridas montañas. De nuestra corta permanencia en Cartagena, conservamos el gratísimo recuerdo de las tardes en que visitábamos a doña Soledad, la viuda del doctor Núñez, dama de distinción, afabilidad y talento sobresalientes, de cuyos labios escuchamos muchas veces las más importantes relaciones de la vida pública del ilustre mago del Cabrero, autor de la mayor transformación política sucedida en Colombia. Preguntándole una tarde por qué el doctor Núñez había conservado su prestigio hasta el día de su muerte, nos contestó sin vacilar: "Por su desprendimiento, pues el dinero no le interesaba para nada y el ejercicio del poder le era casi indiferente. Recuerde usted que en las administraciones de don Carlos Holguín (1888-1892), y en la de don Miguel Antonio Caro (1892-1898), no intervino nunca. Desde su residencia en esta humilde casa del Cabrero, procuraba orientar, por medio de la prensa, las actividades de la república."*

*Meditando muchas veces, a propósito de las palabras de doña Soledad, en el proceso histórico de Colombia, nos hemos preguntado: ¿por qué, nuestro gran Libertador Bolívar, después de terminar su brillante carrera de triunfos por la independencia americana en las repúblicas del sur (Ecuador, Bolivia y el Perú), no se retiró a otro Cabrero, a orientar la vida de las nacionalidades que había emancipado con su espada fulgurante? Alejado del mando, habría conservado incólume su poderoso prestigio, sir-*

viéndoles de oráculo a los pueblos que esperaban su consejo como suprema fuente de bienestar, y de guía a los hombres que se agitaban en el palenque de la política. Y es que el ejercicio prolongado del mando gasta el prestigio de los hombres, así como el constante correr de las aguas va limando la dureza de la roca o como la gota horada la piedra con el andar del tiempo. Los pueblos se cansan de oír el nombre de un mismo mandatario. Hasta en los tiempos de la antigua Grecia, los pueblos se habían fatigado de oírle dar a Aristides el título de "Justo". De este fenómeno social tenemos múltiples ejemplos; pero, sin ir muy lejos, nos viene a la memoria el recuerdo del gran general Mosquera. Mosquera fue el tipo del verdadero caudillo. Nació como un gran señor; era de valor a toda prueba y de capacidades excepcionales como militar. Si hubiera tenido un campo más vasto para desarrollar sus actividades, dijo Núñez en alguna ocasión, habría seguido la trayectoria de Julio César, con quien tenía un gran parecido, según un busto del insigne caudillo romano, que el mismo doctor Núñez dijo haber visto en el Museo Británico de Londres. Mosquera fue elegido presidente de Colombia para el período constitucional de 1845 a 1849. Su primera administración fue brillante. Frisaba en los 47 años, edad en que el hombre adquiere la plenitud y la madurez de sus ideas. Del año 60 en adelante quiso gobernar con exceso, fiado en su altanería de gran señor y de afortunado militar. Acababa de derrocar, por medio de las armas, al gobierno del doctor Ospina Rodríguez, pero su exagerada ambición lo perdió: el 23 de mayo de 1867 ya era prisionero de sus mismos amigos y compañeros en el Observatorio Nacional. La Constitución de Rionegro (1863) fue inspirada por el miedo a Mosquera: la creación de nueve Estados soberanos, con sus respectivos presidentes y sus nueve ejércitos y sus nueve legislaturas con facultades omnímodas, hacían casi nula la acción del presidente de la unión, con lo cual se buscaba oponer un dique a las ambiciones incontenibles del poderoso guerrero. Hace muchos años, en la bella ciudad de Palmira, departamento del Valle, tuvimos ocasión de concurrir a las tertulias de don Juan María Uribe Uribe, hombre ilustrado, delicioso "causseur", cargado de años pero dotado de un "esprit" envidiable. Una noche nos refirió que, en su juventud, había asistido a la Convención de Rionegro, no como convencionista, sino como escribiente en la secretaría de

la famosa corporación y que, en ese carácter, había seguido con nimio interés los debates suscitados allí. Haciendo un esfuerzo mental para reconstruir el pasado, nos refirió que una tarde, después de levantada la sesión, algunos convencionistas habían acordado celebrar esa misma noche, en casa de un particular, una sesión secreta con el fin de resolver algo importante. Tratábase de designar un orador que, aparte de su elocuencia, tuviese el valor de pronunciar al día siguiente, a primera hora, un violento discurso contra Mosquera con el fin de irle recortando un poco las alas al orgulloso guerrero que acababa de vencer y derrocar en cruenta lucha al presidente Ospina Rodríguez, pues los convencionistas consideraban que el engreído caudillo era ya un peligro para la república. Celebrada la junta, un joven se ofreció para pronunciar el deseado discurso. Ese joven era Camilo Antonio Echeverri, que habría de descollar después magníficamente en los anales tribunicios de Antioquia. Llegada la hora, "El Tuer-to", como se le llamaba en aquel tiempo, pidió la palabra. La emoción de los convencionistas, nos refería don Juan María, fue inmensa, y los más atronadores aplausos interrumpían a cada momento las palabras del gran tribuno de la Montaña. Pero la emoción rompió todos los diques cuando Camilo Antonio, en supremo arranque oratorio, pronunció estas o muy semejantes palabras:

"Señor presidente: la historia nos refiere la vida de un hombre eminente que le prestó a su patria inmensos servicios que lo llevaron en breve a la cima de la gloria; y como ese hombre carecía de ambiciones personales, porque sólo anhelaba la grandeza de la nación, supo permanecer y permaneció en esa cima hasta el día de su muerte, rodeado del amor y gratitud de sus conciudadanos: ese hombre se llamó Jorge Washington. Pero también nos relata la historia la vida de otro hombre que habiéndole dado igualmente a su patria días de esplendor y llegado asimismo a la cima de la gloria, se dejó dominar por la ambición y quiso subir más, mucho más. ¿Y qué sucedió, señor presidente? Que rodó por la pendiente opuesta hasta tropezar con el puñal de Bruto: ese hombre se llamó Julio César. Que no se os olvide esto, ciudadano general." Y pronunció este apóstrofe dirigiéndose, como en un raptó, al general Mosquera, que lo escuchaba en el recinto de la

*Convención. El bondadoso viejo Uribe Uribe, conmovido hondamente, nos relataba estos episodios de la vida nacional, que él había presenciado, con el realismo convincente de quien aún estuviese asistiendo a los momentos que evocaba.*

*De los desastres a que conduce con frecuencia la ambición de mando, la historia nos ofrece multiplicados ejemplos. En la vecina república de Venezuela, la llamada "Dinastía de los Monagas", José Tadeo y José Gregorio, que floreció por allá al promediar el siglo pasado, no cayó porque éstos hubieran sido demasiado malos, sino porque fueron demasiado ambiciosos de mandar. Cuando José Tadeo descendía del solio, ya le tenía preparado muellemente el puesto a su hermano José Gregorio y cuando, a su turno, éste bajaba, inmediatamente lo ocupaba José Tadeo. El pueblo venezolano toleró al principio, con no justificable sumisión, estos desordenados abusos, fronterizos del despotismo, pero advino un momento en que reaccionó violentamente y la famosa "Dinastía" rodó por el suelo entre el alborozo de la multitud.*

*Y el mismo general Páez, el ínclito vencedor de las Queseras, ¿no fue también víctima de su desmedida ambición de mando hasta morir en Nueva York, lejos de su patria, cuando coronaba la cima de los 83 años?*

*Deliberadamente nos hemos extendido en la relación de los conflictos y calamidades adonde lleva la ambición de los caudillos y las desgracias que ellos mismos se acarrean, no solamente para exaltar las virtudes del doctor Núñez y su previsión eximia cuando cautelosamente se apartaba del ejercicio del poder, sino para advertirles a los dirigentes actuales de la política colombiana que la paz es la única fuente del engrandecimiento patrio; que ellos deben respetar ese anhelo supremo de la nación y que es contrario a la paz, fuera de ser un tanto ridículo, pretender revivir en nuestra vida política los sistemas de los Monagas y tantos otros en Venezuela, de Mosquera en Colombia o de Juan José Flores en la república del Ecuador.*

*Nuestra permanencia en Cartagena en 1901 fue corta. Nuestra misión era fácil: recoger todos los elementos del ejército antioqueño que se encontraba de guarnición en algunas playas de la costa Atlántica, o que yacían heridos y enfermos en los hospitales, con el fin de embarcarlos y conducirlos a su tierra natal. Las diligencias se realizaron normalmente, y para el mes de abril*

(1901), aquel ejército valeroso, que tanto había luchado por la defensa de las instituciones patrias y el restablecimiento del orden y que ahora regresaba sensiblemente diezmado por los rigores de la contienda no menos que por la inclemencia del clima, hacía su entrada triunfal en la capital antioqueña, entre las aclamaciones del inmenso público que, procedente de todas las poblaciones del valle de Medellín, se había congregado para recibirlo.

Así quedó cerrada transitoriamente aquella primera etapa de nuestra intervención en la guerra de los mil días. Del cuartel regresamos a los campos de trabajo. La aurora de la paz parecía iluminar todos los horizontes: la agricultura renacía; los negocios volvían a su cauce tradicional; la actividad comercial abría nuevamente sus alas; advenía la esperanza de mejores días y los hombres de trabajo no daban vagar a sus actividades.

Mas todo fue una efímera ilusión. La guerra continuó. Los caudillos más visibles de la revolución reorganizaban sus exhaustas fuerzas y con renovados bríos volvían a la lucha. Uribe Uribe en la Costa Atlántica y Benjamín Herrera en Panamá, dieron ejemplo de una pertinacia insuperable. Sin embargo, sus esfuerzos ya eran absolutamente estériles, y vencida la revolución en las principales grandes batallas de Bucaramanga, los Obispos, Palonegro y Panamá (primera etapa) y en las campañas de Bolívar y el Magdalena, a todas las cuales asistimos, lo patriótico habría sido deponer las armas ahorrándole al país desolación y ruina.

Pero no obraron así: en la mañana del 20 de enero de 1902, recibimos en Palmira (Valle del Cauca) la infausta noticia del hundimiento del general Carlos Albán, ocurrido en las primeras horas de ese día, en la bahía de Panamá, cuando se encontraba a bordo del buque denominado el "Lautaro".

Pocos días después, estando en la ciudad de Buga, llegó a nuestro poder un telegrama del señor presidente de la república, don José Manuel Marroquín, en el que nos rogaba marchar a Panamá a reemplazar al general Albán en la jefatura civil y militar de aquel departamento. El cargo nos aparejaba graves responsabilidades. La revolución, dirigida por el general Benjamín Herrera, había ganado mucho terreno en el Istmo; para combatirlo eficazmente, era preciso aportar grandes elementos. Pero lo más indispensable era la consecución de un buque de guerra que

*puadiese contrarrestar la acción del "Padilla", nave de la revolución que acababa de hundir al general Albán. Así lo expresamos inmediatamente por telégrafo al señor Marroquín, quien nos contestó que el caso estaba previsto y que, al efecto, una comisión integrada por los doctores Miguel Abadía Méndez e Ismael Enrique Arciniegas acababa de salir de Bogotá, rumbo a Chile, con el fin de recibir del gobierno de esta república, un buque de guerra denominado "Presidente Pinto". Con esta promesa aceptamos la responsabilidad, y en breves días nos dirigimos a Panamá por la vía de Buenaventura. La misión encomendada a los doctores Abadía Méndez y Arciniegas fracasó totalmente, lo cual fue harto perjudicial para los que luchábamos en Panamá, porque, con la esperanza de recibir de un momento a otro la referida nave, nos abstuvimos de intentar gestiones para conseguirla en otro país. Nuestras cuentas habían sido claras: los doctores Abadía Méndez y Arciniegas se embarcaron en Panamá con dirección a Chile el 4 de marzo de 1902. Calculando diez días de navegación, debían llegar a Santiago el 14 del mismo mes y tener todo preparado en quince días para iniciar viaje de regreso el primero de abril, debiendo llegar al Istmo, con el buque, a más tardar el día quince. Si esto hubiera sucedido, la revolución habría quedado totalmente vencida en los últimos días de abril, pues "El Padilla" no habría podido resistir ni por media hora una embestida del "Presidente Pinto", dotado de grandes cañones y de un tubo lanzatorpedos, como pudimos comprobarlo más tarde cuando éste nos visitó, sin compromiso ninguno con el gobierno de Colombia, precisamente en los momentos en que nos encontrábamos discutiendo, a bordo del acorazado americano, el Tratado del Wisconsin.*

*El tiempo transcurría velozmente. Todavía en el mes de septiembre del mismo año (1902) el doctor Abadía abrigaba la esperanza de recibir la nave, que dizque debía entregársele, según convenio acordado en Bogotá, antes de su partida. Todo fue en vano: oportunamente se verá, en el curso de estos recuerdos, cuáles fueron las circunstancias que hicieron fracasar la misión Abadía Méndez.*

*Fue por ese inesperado insuceso, por lo que el doctor José Vicente Concha, gran patriota y hombre dinámico por excelencia, a la sazón ministro de Colombia en los Estados Unidos, conven-*

*cido de la inutilidad de la espera y siguiendo instrucciones precisas del meritisimo ministro de guerra general Aristidez Fernández, obtuvo y remitió un buque mercante, fácil de armar en guerra, al cual, una vez preparado con la poderosa artillería enviada por el mismo doctor Concha, le dimos el nombre de "Bogotá". A este hecho atribuimos la terminación de la guerra de los tres años. Lanzado el "Bogotá" inmediatamente por las costas panameñas, en persecución de los buques enemigos, veleros casi todos, que capturaba a cada instante el "Padilla", única fortaleza de la revolución, que había servido para hundir el "Lautaro" y que por tanto tiempo se había enseñoreado de las aguas del Pacífico, huyó velozmente hacia el estero de David, importante ciudad del departamento de Panamá, en busca de refugio.*

*Otros hechos trascendentes que advinieron en los mismos días, contribuyeron, en forma no menos decisiva, a la terminación de la guerra. El general Uribe Uribe, que había sido el alma de aquella contienda sin igual en los anales de Colombia, se entregaba con su ejército en "Nerlandia", departamento del Magdalena, el 24 de octubre de 1902, es decir pocos días antes del Tratado del Wisconsin, y le dirigía al general Benjamín Herrera la desabrida carta que insertaremos oportunamente, en la cual lo llamaba a deponer las armas para devolverle la tranquilidad a la nación. Por su parte, el general Gabriel Vargas Santos, jefe supremo de la guerra, movido seguramente por un sentimiento de amor a la patria, se trasladaba rápidamente de Nueva York a Costa Rica con el fin de concertar la paz. Con él hubimos de entendernos al efecto por conducto de nuestro comisionado, el general Ramón Santodomingo Vila, con quien se acordaron las bases generales para un tratado de paz, que no fue firmado porque el general Vargas Santos no accedió a venir a Panamá, temeroso de que el gobierno ordenara su captura. Por más que Santodomingo Vila trató de convencerlo de que no corría peligro alguno por parte nuestra en Panamá, el viejo caudillo de los Llanos insistió en su negativa y nos obligó a dirigirnos nuevamente al general Herrera sobre la esterilidad de sus empeños y la conveniencia de su entrega. En el capítulo respectivo publicaremos los documentos que acreditan estos hechos. El general Herrera estimó razonables nuestras indicaciones y, pocos días más tarde, firmábamos el Tratado del Wisconsin, el 21 de noviembre de 1902.*

*Así terminó la guerra de los mil días. La paz de que ha gozado la república por espacio de cuarenta años y que es la gloria de Colombia y la fuente de su prosperidad, es también el timbre más claro de nuestro orgullo patriótico, de nuestra satisfacción sin límites.*

*Cuando ya, en la tarde de la vida, volvemos los ojos al pasado y contemplamos nuestra participación en tan feliz empresa, bendecimos a Dios, que nos permitió hacerle a nuestra amada patria tan grande beneficio.*

V. M. S.

# PRIMERA PARTE



## CAPITULO I

### CAMPAÑA DE ANTIOQUIA

En la tarde del 17 de octubre de 1899 nos encontrábamos en la ciudad de Medellín, de regreso de nuestras haciendas, situadas en el municipio de Filadelfia, en la margen derecha del río Cauca. Asistíamos a una deliciosa comida en el hotel América, que nos habían ofrecido los señores don Alejandro Gutiérrez, gobernador del departamento, y general Alejandro Restrepo, su secretario de gobierno. A la mesa nos sentábamos los tres únicamente. La conversación era animada e interesante y se movía alrededor de los problemas administrativos que preocupaban la atención de aquellos dos patriarcas de la Montaña, empeñados en realizar una obra fecunda para la sección de la República confiada a su patriotismo y excepcionales dotes de hombres de gobierno. El acierto y aplomo con que discurrían sobre instrucción pública, carreteras, caminos, ferrocarriles, hacienda departamental y, en una palabra, sobre los proyectos que se proponían realizar en el ejercicio de sus funciones, embargaban nuestra atención y provocaban en nuestro ánimo un alto sentimiento de admiración por aquellos dos viejos venerables que, olvidando todos sus intereses personales, consagraban su vida y energías a laborar por el bienestar y engrandecimiento de Antioquia. Allí se respiraba un ambiente de patriarcal sencillez, pero, al mismo tiempo, de patriotismo y de grandeza. Los dos viejos se complementaban admirablemente; don Alejandro Gutiérrez, el gobernador, gozaba de una vasta experiencia, adquirida en el comercio y en su larga vida de hombre de negocios. Su conocimiento de los hombres era penetrante y agudo. En el trato social y en su actuaciones oficiales, era de una benevolencia sin límites. Su amor a la causa conservadora y la eficacia de los servicios que le había prestado en distintas ocasiones, lo llevaron en breve a ocupar la jefatura de su partido. Era un luchador insigne; y como carecía en absoluto de ambicio-

nes personales, porque su renombre en el comercio, la banca y los negocios le daban una posición no solamente holgada sino exuberante, sus actividades políticas no llevaban nunca el sello de la pasión ni eran movidas por el resorte de la ambición personal. Jamás despertó emulaciones de ninguna clase. Las puertas de su hacienda estuvieron siempre abiertas a la beneficencia, al servicio de las obras públicas y, en general, al bienestar de todos. Como amigo, no tenía par. El general Restrepo, su secretario de gobierno, era un aguerrido militar, distinguido abogado y un oficinista dotado de excelentes condiciones de organizador. Ambos, gobernador y secretario, gozaban del cariño y el respeto de sus conciudadanos. Nunca, en el transcurso de muchos años, se vieron los destinos de Antioquia en manos más hábiles, más puras y más discretas, a pesar de que por aquellas esferas habían pasado la figura venerable de un Miguel Vásquez y Barrientos y las no menos egregias de un Julián Cock Bayer y de un Bonifacio Vélez.

La conversación proseguía animadamente. Los dos altos mandatarios exponían sus opiniones, pero a la vez, quizá por deferencia, consultaban las nuestras. De un momento a otro presentóse una sirvienta al comedor reservado donde así departíamos diciendo que un cartero quería darle al señor gobernador un telegrama urgente. El cartero entró, le entregó al gobernador un largo despacho que leyó atentamente y le pasó en seguida al secretario. Nosotros guardábamos un discreto y respetuoso silencio. Pasados unos instantes, el secretario le dijo al gobernador: "¿Te parece bien que le mostremos a este muchacho el telegrama que acabamos de recibir?" El gobernador accedió sin vacilar. El telegrama era un minucioso despacho del ministro de la guerra, en el cual anunciaba que al día siguiente estallaría un movimiento revolucionario en todo el país, con datos pormenorizados de los jefes que lo encabezaban y de las operaciones que ya empezaban a realizar. El ministro subrayaba especialmente el hecho de que ya el general Rafael Uribe Uribe, jefe indiscutible del movimiento, se encontraba en el departamento de Santander, en donde se pondría al frente de numerosas fuerzas. Al mismo tiempo ordenaba que inmediatamente se procediese a la organización y equipo de un ejército para destinarlo adonde fuera necesario. Pasado un corto silencio, durante el cual la emoción se pintaba en nuestros semblantes, el general Restrepo nos preguntó cuál sería nues-

tra actitud en relación con los hechos anunciados, y al punto respondimos: "Luchar al lado de ustedes en defensa de la institución."

Y fue así como, al siguiente día, antes del amanecer, nos encontrábamos en viaje a la región de occidente, en compañía del general Manuel María Llano, con la misión de organizar fuerzas en el municipio de Sopetrán, adonde arribamos el mismo día a eso del anochecer. Acogidos generosamente por el general Rubén Gaviria, veterano de nuestra causa en guerras anteriores, y eficazmente ayudados por él y por su hermano el coronel Leonidas Gaviria, procedimos a organizar las fuerzas de Occidente. Todo ello ocurría a fines de octubre y transcurso de noviembre de 1899.

Aparentemente la revolución no hacía grandes progresos. Al contrario, había sufrido derrotas aplastantes en Bucaramanga y Piedecuesta, en donde el general Juan B. Tovar se había cubierto de gloria, y en los Obispos (Río Magdalena), en donde el intrépido general Diego de Castro, en un combate de trascendentales consecuencias, realizado con valor y pericia imponderable, le daba un golpe decisivo, impidiéndole apoderarse de la navegación del río Magdalena, que era el primero de sus objetivos, como lo había sido en la guerra de 1885 cuando Ricardo Gaitán Obeso había tenido el dominio de esas aguas. Allí el general de Castro perdió un ojo y desde entonces se le llamó el *Tuerto Castro*, sobrenombre que él aceptaba con gusto, porque le representaba un recuerdo glorioso.

Todo parecía indicar que la revolución había entrado en un período de visible decadencia. Mas de repente vino (16 de diciembre) la derrota de Peralonso, en donde el ejército del gobierno fue casi aniquilado. Volvimos entonces a los cuarteles a prepararnos para toda eventualidad.

Con este triunfo de la revolución en Peralonso, el liberalismo antioqueño, que gozaba de las más amplias garantías y no era ni ligeramente hostilizado por el gobierno, dispuso que fuerzas revolucionarias, a órdenes del general Cándido Tolosa y del doctor Roberto Botero Saldarriaga, dieran el grito de rebelión en el municipio de Guarne, a pocas horas de Medellín. Para nosotros es evidente que los liberales no deseaban la guerra, más aún, que anhelaban la conservación de la paz, porque aquélla no podía acarrearle sino males a la república, en tanto que ésta era considera-

da como la base de su prosperidad; mas, quizá por necesidad de no aparecer negligentes o faltos de entusiasmo ante la actitud de sus correligionarios que se movían activamente en todo el territorio nacional, resolvieron abandonar su vida plácida yéndose a los campos de batalla, en donde, a los pocos días, habrían de rendirse, convencidos de su incapacidad para la guerra y de la esterilidad de sus sacrificios.

Sus hombres más importantes, entre los cuales se contaban D. Fidel Cano, los doctores Jorge Enrique Delgado y Benjamín Palacio, los generales Manuel Antonio y Rafael Angel, el ameno escritor Leocadio Lotero, el coronel Juan Nepomuceno Calderón y otros muchos, se trasladaron a la hacienda de Quirimará, de propiedad del doctor José Domingo Sierra, y allí organizaron el que llamamos en nuestras filas "gobierno de Quirimará". Todo esto se verificaba el 1º de enero de 1900.

El mismo día, el gobernador del departamento, don Alejandro Gutiérrez, y el jefe de estado mayor del ejército, general Juan Pablo Gómez, hombre valeroso, inteligente, vivaz y activo en sumo grado, dispusieron el inmediato ataque a las fuerzas de Cándido Tolosa, en Guarne, por los generales Ricardo Lesmós y Manuel María Llano, a quienes acompañábamos nosotros. Al sentir la proximidad de nuestras fuerzas, Tolosa se retiró, con las suyas, a Concepción; de allí a Barbosa y luego, pasando el río Medellín y siguiendo por los municipios de don Matías y San Pedro, se dirigió a Quirimará a unirse con las fuerzas allí organizadas. En Barbosa, Lesmós nos abandonó y siguió a Puerto Berrío en busca del ejército antioqueño que iba para Santander y que comandaban los generales Bonifacio Vélez, Luciano Estrada y otros. Nosotros continuamos la persecución del enemigo. Antes de llegar a San Jerónimo, el general Llano regresó a Medellín con el fin de tratar algunos asuntos con el gobierno, dejando el mando de las fuerzas al general Leonidas Gaviria y a quien escribe estos recuerdos. Reunido el ejército revolucionario en Quirimará y organizado debidamente, marchó sobre la ciudad de Antioquia, la cual ocupó sin ninguna dificultad, pues allí no había fuerzas del gobierno, pero ni siquiera una pequeña guarnición. Nosotros marchamos a ocupar el puente colgante sobre el río Cauca, que une las ciudades de Sopetrán y Antioquia y que fue una de las mejores obras del gran ingeniero don José María Villa, que tanto

luchó por el engrandecimiento de aquella sección de Colombia. La revolución se dirigió entonces al mismo puente y ocupó la orilla izquierda. Nosotros teníamos la derecha a fin de no perder nuestras comunicaciones con Medellín, sede del gobierno departamental. Permanecimos allí algunos días en constantes tiroteos con el enemigo. Una noche, el autor de estas páginas se dirigió a Medellín, en viaje rápido, con el propósito de informar al gobierno sobre la situación de las fuerzas contendoras y expresarle la necesidad de enviar un refuerzo para una campaña de resuelta ofensiva contra el ejército enemigo. Al día siguiente repasábamos llevando parte de la "División Antioquia" a órdenes del general Francisco Jaramillo, de quien dijimos en otra parte que era conocido con el nombre de Pacho Negro y considerado como uno de los jefes más valientes y aguerridos del ejército nacional.

Con este refuerzo pasamos el puente. El ejército revolucionario se retiró en dirección a Urrao. Nosotros le seguimos los pasos sin perder un momento, y el 23 de enero, a las seis de la tarde, llegamos a esa ciudad. Allí fuimos informados de que en Betulia el general Fructuoso Escobar, distinguido jefe de gobierno, había batido a una parte de la revolución. Urrao era una ciudad esencialmente liberal. Obtener un informe respecto de la dirección que llevaba el enemigo, era poco menos que imposible. En esa situación nos encontrábamos cuando, a eso de las 7 de la noche y en medio de un aguacero torrencial, se nos presentó un hombre, de apellido Holguín, a decirnos que el único conservador que había en ese lugar era él, que conocía el rumbo que habían tomado las fuerzas revolucionarias y que estaba dispuesto a conducirnos por esa vía. Con las debidas precauciones, para no caer en una celada, aceptamos la oferta y nos preparamos a marchar. El general Jaramillo no nos acompañó, pero sí nos delegó el mando del ejército. A las ocho de la noche, de una noche oscurísima, marchamos por un camino fácil de recorrer, dirigidos por el desconocido hombre de Urrao, quien obrando honradamente nos conducía con acierto y sagacidad admirables. Al amanecer del 24, empezamos a dar alcance a algunos elementos de la revolución. El primero que cayó en nuestro poder fue el coronel Juan Nepomuceno Calderón, quien llevaba el cargo de proveedor general del ejército restaurador, según rezaban las órdenes que impartía, algunas de las cuales nos habían sido entregadas por las mismas perso-

nas a quienes iban dirigidas. A las ocho de la mañana nos encontramos ya en una bella hacienda, dotada de magnífica casa de habitación, de propiedad de la familia Ruiz, según se nos informó. Las huellas de que allí habían estado las fuerzas revolucionarias eran inequívocas, pero obtener un dato preciso de la dirección que llevaban era demasiado difícil. Aquellas gentes se distinguían por su amor a la revolución, y la fidelidad que le guardaban asombraba nuestro ánimo. Al fin, después de numerosas pesquisas, realizadas principalmente por Holguín, el hombre de Urrao, tomamos una orientación segura y emprendimos, de inmediato, nuestra marcha. Parece que el adversario, viéndose rodeado y perseguido activamente, buscaba una salida, quizá hacia el Frontino. Ello es que, al caer de la tarde del mismo día, le dimos alcance; y como no presentase resistencia ninguna, después de unos pocos disparos hubo de rendirse incondicionalmente. Las fuerzas enemigas se habían desbandado, pero todos los jefes, menos el general Tolosa, cayeron en nuestro poder. La marcha de regreso fue inmediata y así pudimos llegar, a eso del anochecer, a la casa de la hacienda, en donde pernoctamos con todos los prisioneros. Aquella situación presentaba caracteres verdaderamente curiosos. Instalados en la gran casa, no se sabía quiénes eran los vencidos y quiénes los vencedores. Los pocos recursos que encontramos, consistentes en panela y queso principalmente, los destinamos a los prisioneros. Don Fidel Cano nos relataba sin amargura, más bien con marcada hilaridad, los percances de aquella odisea revolucionaria, en la cual había estado en peligro su vida más de una vez. El doctor Jorge Enrique Delgado sostenía lo contrario, afirmando regocijadamente que aquella campaña no había sido sino una permanente retirada. El general Rafael Angel era el único que tenía la gran preocupación de que al día siguiente sería fusilado por el general Jaramillo cuando lo encontrase entre los prisioneros, por cuanto —decía él— al general Jaramillo, en una guerra anterior, se le había obligado, siendo prisionero, a conducir a sus espaldas al hijo de una mujer del ejército vencedor, en el trayecto comprendido entre el río de Arma y la ciudad de Abejorral, el camino más fragoso y pesado de Antioquia en otros tiempos; humillación que Jaramillo había atribuído siempre, aunque sin razón, a órdenes emanadas de Angel. Nosotros le quitamos ese temor asegurándole que el general

Jaramillo, a pesar de que tenía fama de cruel, era en el fondo un hombre generoso, y que podíamos garantizarle que en ninguna forma sería hostilizado.

Al día siguiente, clareando el alba, marchábamos todos, vencedores y vencidos, hacia la ciudad de Urrao. Como las caballerías eran insuficientes, nuestros oficiales ofrecían las suyas a los jefes de la revolución. El que estas líneas escribe, le hizo ocupar su caballo a don Fidel Cano. Aquello parecía una marcha de amigos y camaradas más bien que de adversarios. En Urrao nos esperaba el general Jaramillo. Al ver aquella fila de prisioneros, se adelantó y saludó atentamente a don Fidel Cano y al doctor Jorge Enrique Delgado que la encabezaban; para los demás, sólo tuvo un gesto despectivo.

Allí permanecimos unos dos o tres días, reorganizando la administración pública, montando las oficinas telegráficas que habían sido desmanteladas y consiguiendo caballerías para los prisioneros. Emprendimos la marcha hacia Medellín, y en la tarde del 10 de febrero (1900) llegamos a esa ciudad.

Así terminó, al cabo de un mes, la campaña de Antioquia en la guerra de los mil días. A la semana siguiente de nuestro arribo a Medellín, los prisioneros de Urrao discurrían tranquila y regocijadamente por las calles de la capital antioqueña, por cuanto habían empeñado su palabra de honor de no volver a empuñar las armas en contra del gobierno. Conducta patriótica e inteligente: convencidos de la inferioridad de sus fuerzas, regresaban a la vida apacible de sus hogares y le ahorraban a Colombia muchos días de ruina y de miseria.

Su ejemplo, por desgracia, no tuvo imitadores. En el resto del país, la llama de la revolución ardía con caracteres amenazantes. En Santander, el poderoso ejército que comandaban Vargas Santos y Foción Soto, en el cual se contaban jefes como Uribe Uribe y Benjamín Herrera, se reorganizaba después de Peralonso disponiéndose para la gran batalla de Palonegro. En Centro América, el doctor Belisario Porras, Carlos Mendoza, Emiliano de J. Herrera, José Antonio Ramírez Uribe, Temístocles Díaz, Temístocles Rengifo y muchos otros, organizaban una fuerte expedición contra Panamá. En las playas del Tolima, Cesáreo Pulido y Tulio Varón hostilizaban al gobierno. En los Llanos orientales, Avelino Rosas organizaba las fuerzas revolucionarias, con

las cuales cruzó gran parte del territorio nacional hasta el departamento de Nariño, en donde murió trágicamente en el combate de Puerres. En el Valle del Cauca, Clodomiro Castilla mantenía encendida la manigua, en los campos cercanos a Palmira, Santander y Caloto. En el Magdalena, Wenceslao Miranda merodeaba con sus fuerzas, y así, en todas partes, el espíritu de la revolución cobraba mayor intensidad e impulso, como consecuencia de la derrota que las fuerzas nacionales habían sufrido en Peralonso a mediados del mes anterior (16 de diciembre de 1899). Triunfante el gobierno en esta importante batalla, habría terminado la guerra y a los jefes rebeldes no les habría quedado otro camino que disolver sus fuerzas y rendirse o internarse en territorio de Venezuela: vencido como fue, tenía que prepararse para continuar aquella lucha que habría de prolongarse hasta el 21 de noviembre de 1902.

## CAPITULO II

### ACTIVIDADES EN LA COSTA ATLANTICA

En la misma noche de nuestro arribo a Medellín con los prisioneros de Urrao, el gobierno dispuso que nos preparásemos a marchar inmediatamente a la Costa Atlántica, en el desempeño de importante comisión. Tratábase de adquirir un armamento para las fuerzas que en la capital antioqueña estaban organizando el general Pedro Nel Ospina, el doctor Carlos E. Restrepo (ascendido poco después a general) y el coronel José Zapata. Fue así como, al amanecer del día siguiente, cuando los gallos menudeaban sus clarines sobre aldeas y cortijos, marchábamos por la carretera de Copacabana, con dirección a Puerto Berrío, en donde nos esperaba el vapor "Cisneros", que debía conducirnos a la hoy hermosa capital del Atlántico. Nos acompañaba en este viaje el distinguido comerciante don Luis María Escobar, cuya experiencia nos brindó muy sabias y oportunas enseñanzas. Numerosas peripecias tuvimos que afrontar en aquella difícil travesía, pero no urge relatarlas fatigando a nuestros lectores benignísimos. Baste saber que, a pesar de las dificultades que se oponían a nuestra marcha, hicimos un viaje rápido de tres días, al cabo de los cuales estuvimos en Barranquilla, en donde el doctor José María Goenaga desempeñaba las funciones de gobernador del departamento. Allí nos fue dado conocer personalmente a ese ilustre hijo del Magdalena, de poderosa inteligencia, de gran saber, de trato suave y ameno, cuyo nombre y fama llenan muchas de las páginas de nuestra historia. También conocimos, esa misma noche, al general Francisco J. Palacio, espíritu noble, sincero, valeroso, a cuyo cargo estaba la comandancia general del ejército del Atlántico. Las atenciones que este venerable anciano nos dispensó en aquella ocasión y en las otras en que tuvimos el honor de militar

bajo sus órdenes, dejaron en nuestro espíritu un recuerdo gratísimo que se acrecienta con el rodar de los años.

De la nave que nos condujo a la ciudad de Barranquilla, el señor Escobar y nosotros habíamos ido directamente a la gobernación, deseosos de cumplir nuestra comisión en el menor término posible. Pasamos la tarde en conversación con el doctor Goenaga y el general Palacio y por la noche, cuando nos disponíamos a salir en busca de un hotel para hospedarnos, el amabilísimo doctor Goenaga nos manifestó que allí mismo, en la casa de gobierno, comeríamos con él, con el general Palacio y con algunos otros amigos que deseaban saludarnos. Así ocurrió, y mientras comíamos y dábamos y recibíamos noticias respecto de la marcha de la guerra, los oficiales designados por el general Palacio para verificar el embarque del armamento que debíamos llevar a Antioquia, entraban constantemente e informaban del estado de sus trabajos. A las tres de la mañana, cuando aún estábamos sentados a la mesa oyendo sutiles chispazos y recitaciones del poeta Eduardo, un oficial entró diciendo: "El parque ha sido embarcado en el vapor "Enrique" que zarpará ahora mismo." Salimos rápidamente a embarcarnos, pero en el trayecto de la ciudad al sitio en donde el "Enrique" nos esperaba, convinimos en que el señor Escobar debía permanecer en Barranquilla para atender a otras exigencias del gobierno de Antioquia. Así se hizo, y a las tres y media de la mañana, cuando las luces nocturnas de la sultana del Atlántico se reflejaban aún en las ondas de nuestro gran río, remontábamos la poderosa corriente sin ceder un punto a las fatigas, fija la mirada solamente en el futuro de la patria. ¡Cuán bello era luchar en aquellos tiempos memorables, cuando el amor a la gloria y el anhelo de vencer a un enemigo que no odiábamos, eran la sola recompensa de la lucha y el norte ambicionado de la vida! El valeroso coronel Eustorgio Valdés, jefe de la nave que nos conducía, convencido de la urgencia de nuestro viaje, no daba vagar a sus actividades y, como la lanzadera en el telar, iba y venía impartiendo órdenes que acelerasen la llegada. Al cuarto día de navegación arribamos a Puerto Berrío. La sorpresa del gobernador, don Alejandro Gutiérrez, fue inmensa, lo mismo que la del general Ospina. "Cuando esperábamos que ustedes apenas estarían llegando a Barranquilla, nos decía éste en telegrama fechado en Medellín, nos dan la gra-

tísima nueva de su llegada a ese puerto." El doctor y coronel Rafael Navarro y Euse, hermano político del general Ospina, fue comisionado para recibir el parque y conducirlo a Medellín. Nosotros regresámos a Barranquilla a efecto de tratar con el general Palacio algunos asuntos atañedores a la guerra.

A nuestra llegada a la capital del Atlántico, el veterano general nos esperaba ansiosamente y al siguiente día le dijo a quien narra estos sucesos: "Usted debe regresar a Medellín inmediatamente para que le exprese al gobierno de Antioquia que nuestra situación es difícil y que urge que nos envíe el mayor número de fuerzas que le sea dable." El mismo día remontábamos nuevamente el Magdalena y a marchas precipitadas llegábamos a Medellín en el término de cinco días. A la mañana siguiente abandonábamos la hermosa ciudad del Aburrá y nos dirigíamos nuevamente a la Costa Atlántica llevando la "División Antioquia" a órdenes del infatigable general Jaramillo (Pacho Negro). Al salir de Medellín, tuvimos una gran sorpresa: el general Juan Pablo Gómez (El Marinillo) nos investía con la jefatura del estado mayor de esa división. Eso es imposible, le decíamos: a nuestra corta edad y sin méritos de ninguna clase, tal dignidad es muy superior a nuestras aptitudes militares. Y el viejo general replicó enfáticamente: "Yo sé lo que hago: vete tranquilamente; tú eres superior a ese puesto." Marchamos entonces, y a nuestra llegada a Barranquilla otra sorpresa nos esperaba: el comandante general del ejército del Atlántico, general Palacio, le confería al autor de estas páginas el grado de general de brigada. Un elemental conocimiento de nuestra insuficiencia para tan elevada jerarquía, nos indujo a rehusar el ascenso inmerecido, pero nuestra porfía encalló ante la insistencia benévola del viejo general: nos fue siempre discernida la alta investidura.

### CAPITULO III

#### CAMPAÑA DE PANAMA

Por aquellos días (marzo y abril de 1900), el general Palacio fue informado de que una fuerte expedición revolucionaria acababa de ser organizada en Centro América con el apoyo de José Santos Zelaya, presidente de Nicaragua, quien había suministrado grandes elementos de guerra y unos cuantos mercenarios para invadir el suelo de Colombia, penetrando por el norte de Panamá. Dirigía la expedición el doctor Belisario Porras, quien, al pisar tierra panameña, debía asumir el cargo de gobernador del departamento. Como jefe del ejército, venía el general Emiliano J. Herrera, a quien acompañaban jefes muy distinguidos, como José Antonio Ramírez Uribe, Joaquín Arosemena, Manuel Quintero, Temístocles Díaz J., Eusebio Morales, Pablo E. Morales y otros; y como secretario del doctor Porras, el doctor Carlos Mendoza. Se afirmaba insistentemente, y luego quedó comprobado, que había ejercido decisiva influencia desde el Ecuador en el ánimo de Zelaya, para apoyar la revolución, el general Eloy Alfaro.

Fracasada la revolución intentada por el liberalismo en 1895, que sólo duró cincuenta días y fue totalmente vencida en Enciso por el general Rafael Reyes, ese partido no se desalentó, y a pesar de la derrota se aprestaba con renovado empeño para la gran guerra de los mil días. Era animador de los nuevos y porfiados arrestos, el incansable general Rafael Uribe Uribe, hombre tenaz, pleno de juventud, de indomable fuerza de voluntad, de enorme prestigio en las filas de su partido y amante de la gloria, aunque a veces un poco iluso en las empresas militares que acometía, lo que explica por qué, cuando aún no se había oreado la sangre vertida en los campos de Enciso, el clarín de guerra anunciaba ya en todos los ámbitos del territorio nacional

que una nueva era de matanzas y de ruinas se iniciaba entre los colombianos.

Pero volvamos a la expedición del doctor Porras: los jefes que en Colombia orientaban el movimiento revolucionario, habían comprendido por anticipado que la ocupación de Panamá era de incalculable valor para el éxito de la empresa proyectada. Ocupada la capital del Istmo, les sería fácil organizar allí un gobierno que pudiera distribuir elementos de guerra tanto para el Valle del Cauca, por Buenaventura, como para el interior de la república, por los puertos de la Costa Atlántica (Cartagena, Barranquilla y Santa Marta). Así se comprende que desde 1898, es decir desde mucho antes de iniciarse las operaciones, algunos de los principales jefes liberales, como Robles, Uribe Uribe, Modesto Garcés, Belisario Porras, Temístocles Rengifo, Eusebio Morales y otros, se hubieran dirigido a los gobiernos de las pequeñas repúblicas centroamericanas en demanda de recursos y de elementos bélicos para la feliz realización de sus planes. Los que hemos leído atentamente las crónicas que relatan el curso de aquellas actividades, no podemos explicarnos que hombres de la talla de Uribe Uribe se dejaran engañar por mandarines como el licenciado Manuel Estrada Cabrera, hombre astuto y falaz, dictador de Guatemala, quien le hacía creer a aquél su propósito de cumplir el contrato que había celebrado con Reina Barrios, muerto hacía poco, sobre suministro de armas para la revolución de Colombia. Y era tanta la verdad de su mentira (la del licenciado), que en esos mismos días convenció a Uribe Uribe de que ya el armamento estaba listo para ser embarcado en el puerto respectivo, cosa en la cual no había pensado ni remotamente, pues él tenía más serias preocupaciones de política interna a que atender. A tal grado llegó la credulidad de Uribe Uribe, que dirigiéndose al cuarto que en el hotel España ocupaba el doctor Belisario Porras, estrechándolo efusivamente, le decía: "Felicítame y congratúlate conmigo, porque ya están arreglando las armas y el parque en sus respectivas cajas. . . El *hombre* se ha mostrado tan bueno con nosotros que ha hecho arreglar dos cañones que no figuraban en el contrato. De todo esto me han informado Méndez y Toledo. Al fin creerás y te veremos cabrerista perdido." En el colmo de la alegría le dió 150 pesos oro al doctor Porras para que se trasladara al puerto y atendiera sin pérdida de tiempo a todos

los gastos del embarque del armamento. Todo había sido mentira: Estrada Cabrera tenía que afrontar los ataques de una oposición violenta que no le daba punto de reposo y que lo obligaba a vivir recluso en la casa de gobierno presa del más terrible pánico; y era tanto su miedo que hasta la comida preparada por su propia madre debía llevarse en un balde cerrado con doble cerradura, custodiado por dos fieles soldados (1). De manera que no estaba en condiciones de intervenir en una aventura contra el gobierno de Colombia, mayormente cuando nuestro ministro en ese país lo tenía constantemente vigilado.

En cambio los artículos en que el general Uribe Uribe ponía por las nubes las virtudes del licenciado, menudeaban diariamente en la prensa de la capital adicta al mandatario. Tiempo perdido. El miedo de éste era superior a su deseo de complacer *efectivamente* a su benévolo panegirista.

Corría el mes de junio de 1898. Al general Uribe Uribe le urgía volar a Bogotá a ocupar una curul en la Cámara de Representantes; y al abandonar aquellos campos de lucha en la capital guatemalteca, llevaba en su espíritu la espina punzante de la esterilidad de sus afanes.

Ocuparon entonces el sitio de combate los doctores Belisario Porras, Modesto Garcés, Eusebio Morales, Temístocles Rengifo y otros, quienes continuaron implorando de puerta en puerta, ante los gobiernos centroamericanos y del Ecuador, recursos y elementos para la guerra que proyectaban en Colombia. Aunque pintar las peripecias que afrontaron, los engaños que sufrieron y los desaires de que fueron víctimas sería tarea demasiado larga, sin embargo, como la historia debe contener la visión panorámica de la época en que los hechos se cumplieron, consideramos oportuno transcribir un importante documento del doctor Temístocles Rengifo, uno de los más eficaces agentes de la revolución en el exterior. En ese documento vean las actuales generaciones la tenacidad con que se luchaba entonces y, por lo menos, rindan el homenaje de su admiración a los hombres que se sacrificaban así en aras de un ideal. Es un informe al doctor Foción Soto, y dice así:

Todavía no he podido explicarme satisfactoriamente la conducta del go-

---

(1) Memorias de las campañas del Istmo.—Belisario Porras.

bierno de Nicaragua con el liberalismo colombiano cuando ya éste se lanzó a la guerra. Gozaba en nuestro partido de tantas simpatías el general José Santos Zelaya, presidente de aquella república, por la acogida generosa que había dispensado a muchos de nuestros copartidarios proscritos, que si hechos recientes en algunos de los cuales he intervenido, no hablaran, aún continuaríamos los liberales todos ufanándonos de la amistad de ese magistrado.

El 20 de enero de este año arribé a Corinto, adonde había salido a encontrarme el doctor Belisario Porras, avisado previamente por el doctor Eloy Pareja, desde Puerto Limón, de mi viaje a Nicaragua y de la necesidad de verse conmigo. Allí le transmití las indicaciones que para él me dio usted, referentes a Panamá y el Cauca, las que acogió gustoso, no obstante ir ellas a aplazar los proyectos que abrigaba con relación al primero de esos dos departamentos, del cual podía la revolución sacar muchos recursos y en el que el prestigio del doctor Porras era y es grande. Impúsome de su labor política desde que reemplazó al doctor Modesto Garcés en el cargo de delegado de nuestro partido en Centro América. Todo cuanto realmente se había obtenido en esas repúblicas, era la aquiescencia del gobierno de Nicaragua, para que, por medio de sus agentes consulares, fueran despachados, de Europa y los Estados Unidos, armas y otros elementos de guerra para los revolucionarios de Santander y el Magdalena. Después de eso, la simpatía, la deferencia, la amistad que por el liberalismo colombiano decían sentir esos gobiernos, a excepción del de Costa Rica, que nunca ha sido partidario nuestro, se reducía a promesas hechas como lo aconseja Maquiavelo, para no cumplirlas en manera alguna.

Interesóse el doctor Porras en que le acompañara a Managua e interpusiera mis esfuerzos como enviado de usted para ver de conseguir la entrega de las armas ofrecidas por el general Zelaya y el empleo inmediato de \$ 10.000 que el general Eloy Alfaro había depositado en el consulado de Nicaragua, en Nueva York, a la orden del gobierno nicaragüense, pero con el exclusivo fin de emplearlo en la revolución de Colombia.

El 21 llegamos a Managua y ese mismo día fui presentado al doctor Fernando Sánchez, ministro de relaciones exteriores y a la vez ministro plenipotenciario del Ecuador. Estuvo elocuente en palabras de fraternidad liberal y abundante en promesas. Refirióme de los diez mil pesos que tenía en Nueva York para ayudarnos: la petición que él había hecho al general Alfaro del crucero "Cotopaxi" para llevar en él, al Cauca, la expedición del doctor Porras; lo mucho que el general Zelaya había distinguido a los doctores Robles y Garcés y a otros colombianos que estaban o habían estado en el país, lo del despacho de las armas a Santander bajo bandera nicaragüense; lo que pensaba hacer con el cable que toca en San Juan del Sur cuando la expedición zarpara de Corinto, y otros propósitos que nos eran favorables.

El general Zelaya, a quien visité a los pocos días, fue más preciso que su ministro. Después de oír atentamente cuanto le expuse sobre la trascendencia de la victoria de Peralonso, sobre la necesidad de aprovechar el pánico y el desconcierto del gobierno al par que el entusiasmo del liberalismo producidos por aquella batalla memorable, llevando la guerra al Valle del Cauca, para lo cual bastaba conseguir un buque de guerra y rifles e invadir por Buena-ventura; sobre las localidades ocupadas por la revolución; sobre la índole y tendencias de los partidos colombianos y la suerte que correrían las ideas liberales en Hispano América si el conservatismo de Colombia alcanzaba la

hegemonía en el Continente; después de dejarle comprender que el gobierno del señor Sanclemente era sabedor del despacho de armas para los revolucionarios por los cónsules de Nicaragua y que, por lo mismo, en el camino de auxiliarnos, le era inútil detenerse y sí muy conveniente andar ligero, me manifestó que no era reciente su buena voluntad por el liberalismo de mi patria; que al señor Porras le había hecho conocer su resolución de apoyarnos, y que si no había accedido a darle el "Momotombo", era porque Nicaragua no tenía otro buque de guerra en el Pacífico, y eso sería llevar hasta la ostentación imprudente la ayuda de su gobierno; que al Ecuador había pedido el "Cotopaxi" para transportar la expedición, y me contó también lo de los \$ 10.000 del general Alfaro, destinados a servirnos. Como le hiciera presente mi temor de que no enviaran el "Cotopaxi" por las mismas razones que él tenía para no dar el "Momotombo", me aseguró que entonces fletaría un vapor alemán. Terminó diciéndome que él daría algunas armas Remington y cañones, cuyo número no me fijaba, como se lo supliqué, hasta no hablar con su guardaparque general, pero que pronto me haría saber ese dato.

Ni al doctor Porras ni al doctor Eusebio Morales, su colaborador inteligente en la obra de preparar la expedición, ni a mí, nos parecía cuerdo aquello de exigirle al general Alfaro el envío del único guardacostas que posee el Ecuador, para empeñarlo en una empresa en que podía ser destruído, si por acaso, durante ella, topaba con la "Boyacá" y no la vencía en la lucha que de seguro había de trabar. Sabíamos además que en el Ecuador los conservadores tienen en la prensa voceros respetables que armarían la de Dios es Cristo cuando supieran que el "Cotopaxi" andaba en operaciones revolucionarias contra un gobierno extranjero y que sí, por desgracia, perecía ese buque, iba a ser ese hecho motivo de justo y popular enojo contra el general Alfaro. Pero el general Zelaya y su ministro de relaciones exteriores no pensaban así, e insistían en pedir el crucero ecuatoriano, porque sin duda, o querían retardar la expedición por faltarles confianza en el triunfo liberal, o creían que en el Ecuador, como en Nicaragua, la oposición no resuella y el pueblo no chista ante la voluntad omnímota del presidente.

Convencidos también de que no habría expedición posible mientras careciéramos de buque propio, nos dirigimos al doctor Alirio Díaz Guerra, a New York, comisionándolo para que averiguara por cuánto podría conseguirse en San Francisco de California un vapor capaz de enfrentársele a la "Boyacá"; pronto nos avisó que por \$ 30.000 se compraría uno de magníficas condiciones. Fue entonces cuando yo puse a usted aquel cablegrama pidiéndole \$ 10.000 para ayudar a la compra de un buque con qué capturar la "Boyacá", lo que hizo que usted creyera que tratábamos, contra sus instrucciones, de expedicionar sobre el Istmo, cuando nuestro propósito no era sino dominar sin contradicción en el mar, suprimiendo la cañonera del gobierno y así, paralizado este buque en la costa, invadir por Buenaventura, sin temor de enemigo a retaguardia.

Al mismo tiempo que me dirigí a usted, le hicimos saber al general Alfaro la necesidad del buque y la facilidad de conseguirlo en San Francisco si nos facilitaba \$ 20.000 más.

Todo esto lo hacíamos con anuencia del doctor Sánchez y del general Zelaya, por consiguiente, pues aparte de que obraban de acuerdo, como era natural, diariamente revisa el presidente de Nicaragua cuantos cablegramas pasaban por San Juan del Sur, sean o no procedentes del país, siendo forzoso,

para los escritos en clave desconocida, revelar su contenido al empleado encargado de ponerles el "Visto Bueno" sin el cual no son transmitidos.

El general Alfaro contestó al doctor Sánchez para que nos avisara que había ordenado entregar los \$ 20.000 al cónsul de Nicaragua en New York.

Contábamos, pues, con qué comprar el buque, y como ya el general Zelaya había dicho al doctor Porras que le daría 1.000 rémingtons dotados y un cañón Krupp, veíamos cercano el día de la partida para Colombia.

Confiábamos tanto en el gobierno nicaragüense, que creíamos bastaría indicarle al doctor Sánchez encargara al doctor Díaz Guerra la compra del buque en San Francisco de California, para que así lo hiciera; pero cuando le hablábamos del asunto nos manifestó que aún no tenía aviso del cónsul nicaragüense de haber recibido los últimos \$ 20.000; que esperaríamos mientras él averiguaba por ellos a New York.

Pasando los días sin adelantar nada, volvimos donde el señor ministro Sánchez a urgirle la compra del buque, y de nuevo nos repitió que no tenía noticia sobre la entrega del dinero; dijonos igualmente que lo que habíamos propuesto presentaba el inconveniente de hacer intervenir en el asunto para el despacho del buque al cónsul de Nicaragua en San Francisco, sujeto que, por sus ideas políticas, no prestaba confianza. A nuestra vista, redactó un largo cablegrama para el general Alfaro, diciéndole que aún no se habían recibido los \$ 20.000 en New York. Después he sabido que esa comunicación, como muchas otras que ponía y nos mostraba para patentizarnos su interés por nuestros asuntos, no fue transmitida, pero sí fue copiada en el libro especial destinado a dejar constancia de los muchos cablegramas que escribía. Mientras tanto, el tiempo transcurría. Diariamente veíamos al señor ministro, pero nada adelantábamos porque rehuía hábilmente toda conversación sobre la compra del buque; ya nos salía con que el general Alfaro no había contestado el cablegrama que en nuestra presencia había redactado, porque andaba viajando de Guayaquil a Quito; ya que el cónsul nicaragüense en New York estaba ausente; ora que él no quería hacer las cosas con precipitación, buena sólo para despertar más sospechas en los muchos espías colombianos que dizque había en Nicaragua; en fin, tantas y tan fútiles contradictorias excusas, que ya nos fue imposible refrenar la suspicacia que se introducía en nuestros juicios ante la inexplicable resistencia del presidente Zelaya y su ministra Sánchez, a cumplir la honrosa comisión que, en mala hora para el liberalismo colombiano, les dio el general Alfaro.

Por ganar tiempo y por alejar al doctor Porras, al par que por utilizar sus servicios en Guatemala, le hicieron saber que el presidente de esa república convenía en darle parte de los rifles que el general Reina Barrios había comprado al general Uribe Uribe, los cuales éste no recibió por haber muerto aquel magistrado, cuyo sucesor, Estrada Cabrera, se había resistido de la manera más mañosa a entregar, no obstante los valiosísimos servicios que el general Uribe Uribe le prestó. Este artificio, al cual sin embargo hubo de someterse nuestro delegado, acabó de convencernos del juego de que éramos objeto. Resolví, pues, continuar mi viaje, y al efecto, el 12 de febrero me embarqué para Guayaquil, adonde llegué el 20 del mismo.

Por medio de don José de Lapiere, redactor de "El Telégrafo", hice saber al general Eloy Alfaro el objeto de mi misión al Cauca y el resultado de las

gestiones del doctor Porras y mías en Nicaragua, para ver de conseguir un buque, sin el cual sería imposible cumplir las instrucciones de que era portador. Por el señor Lapiere supe que no eran \$ 30.000 sino \$ 40.000 los depositados en el consulado de Nicaragua en New York para ayudar a los revolucionarios de Colombia y que el gobierno de Nicaragua avisaba que ya había despachado para Santander unos cuantos miles de armas, compradas con parte de esos fondos.

Como mi sola presencia en Guayaquil adonde no habría tenido necesidad de ir si en Nicaragua hubieran facilitado el tan deseado transporte, le estaba indicando al general Alfaro que era verdad cuanto yo informaba sobre la conducta del general Zelaya y de su ministro Sánchez, preguntó a éste qué había de buque para el Pacífico, y con la mayor frescura le contestó: "Buque llegará pronto a Corinto"; pero como yo dudara, pregunté a mi vez al doctor Porras si el buque de que hablaba Sánchez era comprado o fletado, y me respondió así: "Se nos dice que buque ha sido fletado". Todo esto ocurría por allá el 23 o 24 de febrero.

Basado en la respuesta que me dio el doctor Porras, le manifesté al general Alfaro la inconveniencia de embarcar la expedición de Centro América en vehículo fletado, inerte contra los seguros ataques de la "Boyacá", en un viaje de cinco días por lo menos de Corinto a Cabo Manglares, adonde debía de venir a reunirse con el ejército de Simón Chaux, para luego obrar juntos sobre Buenaventura, conforme a las instrucciones de que era yo portador. Por otra parte, dado que se encontrara capitán de buque, de los que navegan por los mares centroamericanos, que se comprometiera a transportar la expedición a Colombia, había forzosamente que asegurarle el riesgo de su nave contra cualquier ataque o reclamo del gobierno colombiano, seguro que sería en varios tantos mayor que la suma que costaba el buque que podía comprarse en San Francisco de California, porque las compañías de navegación en el Pacífico no emplean en Centro América un solo transporte estimable en menos de \$ 100.000, si, como era racional suponer, la nave se fletaba por un tiempo no menor de seis meses, para que pudiera prestar servicio de verdadera utilidad. También le hice presente al general Alfaro, todo por intermedio del señor Lapiere, que ya lo conveniente sería comprar allí mismo en Guayaquil, un vapor pequeño, armado en guerra, y enviárselo a Chaux para que pudiera moverse, pues urgía activar el curso de la revolución en el Cauca.

La llegada a Guayaquil del teniente coronel Temístocles Díaz con pliegos de Chaux en que manifestaba que le era indispensable el transporte, para ver de conseguir el cual enviaba a su secretario general comandante Díaz, vino a darles más impulso a mis gestiones sobre el asunto.

Por informes del capitán de navío, don Enrique Stevens, sabíamos que el único vapor de los de Guayaquil que podía servirnos era el "Ecuador", propiedad de los señores Seminario Hermanos, quienes prometieron al señor Lapiere vendérselo por 25.000 sucres.

Cuando ocurría esto, me llegó un cablegrama del doctor Porras en que me avisaba que el general Sarmiento estaba detenido en New York porque le faltaban \$ 5.000 para completar el equipo de sus buques y que tratara de conseguirlos del general Alfaro, quien dispuso, tan pronto como le trasmitió el

cablegrama aludido, la compra de letras para atender al general Sarmiento. Este incidente que vino a poner de manifiesto una vez más la generosidad del general Alfaro, le reveló mejor que nada la conducta del gobierno de Nicaragua. Ya no podía dudar de mis informes. Si Zelaya y Sánchez no habían sido capaces de ordenar la entrega de \$ 5.000 cuando tenían \$ 40.000 ajenos, destinados a auxiliar la revolución, cuyo triunfo en el Atlántico dependía precisamente de ese auxilio que Sarmiento necesitaba, menos comprarían, ni siquiera fletarían, un vapor para los revolucionarios del Pacífico. Ellos, Zelaya y Sánchez, dando tiempo con su morosidad a que el gobierno de San Clemente se repusiera del pánico que le causó Peralonso y levantara ese formidable ejército que arrojó en Palonegro sobre las huestes liberales, ellos dieron lugar a que el gobernador de Panamá recibiera refuerzos de Barranquilla o del Cauca; ellos permitieron la introducción a este departamento de cuantiosos elementos de guerra de que carecía el gobierno; ellos, en fin, son los responsables de la prolongación de la lucha, y, si ésta acaba en desastre completo, de la pérdida de la guerra. Todo porque no tuvieron la virtud suficiente de tener fe y aceptar la responsabilidad a que estaban ya comprometidos.

Conducta semejante es increíble... Ni la honradez ni la lealtad podrán explicarla.— **Temístocles Rengifo V.**

En el deseo de servirle a la revolución colombiana emulaban José Santos Zelaya, dictador de Nicaragua, y el general Eloy Alfaro, presidente del Ecuador. Uno y otro consideraban indispensable despachar cuanto antes, para Panamá, la expedición que ya el doctor Belisario Porras y sus compañeros tenían organizada en Managua, pero discrepaban en un punto: Alfaro sostenía que las fuerzas de Porras debían ser embarcadas en la "Momotambo", cañonera de propiedad del gobierno de Nicaragua, al paso que Zelaya insistía en que lo fueran en la "Cotopaxi", nave de guerra del Ecuador. Ambos tenían un ataque de "La Boyacá", cañonera de Colombia, encargada de vigilar aquellas costas del Pacífico, y ambos querían rehuir el peligro de que su nave fuera hundida. Al fin triunfaron los puntos de vista de Alfaro y después de grandes vacilaciones y contrariedades, la expedición zarpó de Nicaragua en la "Momotambo", comandada por el general Nicasio Vásquez (nicaragüense) en la mañana del 21 de marzo de 1900. Las instrucciones que recibió el general Vásquez, inspiradas por el miedo que Zelaya le tenía a la "Boyacá", eran las de desembarcar la expedición en cuanto encontraran tierra panameña. Así se hizo puntualmente, y en la tarde del 31 (marzo), las tropas del doctor Porras eran arrojadas a las playas de

Punta Burica, sitio inclemente, sin recursos de ninguna clase, poblado de insectos y de toda especie de plagas.

A pesar de todo, Porras organizó debidamente la expedición. Nombró jefe militar de las fuerzas al general Emiliano J. Herrera, y constituyó su gobierno asumiendo él las funciones de gobernador del departamento y nombrando como secretario de gobierno al doctor Carlos Mendoza y al doctor Eusebio Morales de hacienda.

El día 4 de abril la revolución atacó, venció y capturó la importante ciudad de David, en donde el gobierno tenía una pequeña guarnición. Con este triunfo el avance de la expedición fue, de allí en adelante, una verdadera marcha triunfal. De los campos, de las ciudades, de todas partes, salían los liberales en grandes formaciones a rendir su homenaje de admiración al ejército libertador. Muchos se incorporaban a dicho ejército, resueltos a ir hasta el sacrificio de sus vidas, para demostrar su amor a la causa liberal y, naturalmente, las huestes de la revolución aumentaban diariamente en personal, en recursos, en elementos de guerra y en entusiasmo para la lucha. Desgraciadamente para el doctor Porras, este avance triunfal tuvo un fin desastroso cuando le salimos al encuentro en el puente de Calidonia, como ha de leerse más adelante.

Decíamos que el general Francisco J. Palacio tuvo conocimiento en Barranquilla de los progresos de la revolución en Panamá. El gobernador de este departamento, general José María Campo Serrano, gran señor y uno de los más ilustres hijos de Colombia, a cuyas órdenes tuvimos el honor de militar en aquellos tiempos, lo avisaba así al primero, solicitándole a la vez el envío de una tropa auxiliar para la defensa del Istmo.

Aquí empieza nuestra principal actuación en la guerra de los mil días, pues el general Palacio dispuso inmediatamente que el batallón "Henaó" de la División Antioquia marchase sin pérdida de tiempo para Panamá. Eran jefes de ese batallón los coroneles Heliodoro Peláez y Amador Gómez. El que estos recuerdos escribe debía marchar igualmente, en su carácter de jefe de estado mayor de la expresada División Antioquia. Marchamos, y en la tarde del 30 de mayo (1900) arribamos a Panamá. La situación que encontramos, era punto menos que desastrosa. Los progresos de la expedición de Porras, quien continuaba impertérrito en

paseo triunfal hacia la capital del departamento, habían sembrado la desconfianza y el temor en las fuerzas del gobierno. Esta circunstancia, unida a cierta rivalidad entre el general Campo Serrano, gobernador del departamento, como ya hemos dicho, y el general Belisario Losada, jefe de las fuerzas allí acantonadas, rivalidad provocada por el último, aumentaba el estado de confusión y hacía más precaria nuestra situación en aquellos momentos. Felizmente era secretario de gobierno del general Campo Serrano el acaudalado hombre de negocios y notabilísimo político don Tomás Arias, quien renunció la secretaría, que desempeñaba con lujo de competencia y habilidad, para que en su lugar fuera colocado el general Carlos Albán, quien había llegado a Panamá en esos días, procedente del Valle del Cauca. Con el ingreso de Albán a la secretaría de gobierno cesaron inmediatamente aquellas rivalidades.

Sin interrumpir la marcha y recibiendo las aclamaciones entusiastas de sus copartidarios de todas las poblaciones que recorría, la expedición del doctor Porras seguía avanzando de Pedregal a Tonosi, los Santos y Aguadulce, por Coiba e Hicarón. Su empuje era avasallador. En el Ecuador, Eloy Alfaro decretaba regocijos públicos por cada triunfo de la revolución colombiana. Sus esfuerzos para ayudarla no habían sido estériles. Sus victorias eran la merecida recompensa de sus empeños; y en Nicaragua el famoso dictador Zelaya se frotaba las manos celebrando, como propios, los triunfos de su amigo y protegido doctor Porras.

Cuando las fuerzas revolucionarias se acercaban a los llanos de Capiro, relativamente cerca de la ciudad de Panamá, se resolvió hacer un esfuerzo para tratar de contenerlas y al efecto se acordó que los generales Belisario Losada, comandante general del ejército, Carlos M. Sarria, comandante de la 5ª División, y José Miguel Guerrero, primer ayudante general de la misma división, se trasladaran rápidamente a la Chorrera y de allí a Capiro, con los batallones "Colombia", "Quinto de Cali" y "Ulloa", con los cuales se esperaba dominar y rendir al ejército de la revolución. El batallón "Henaó", que habíamos llevado de Barranquilla, debía permanecer en la ciudad para defenderla contra cualquier ataque inesperado. Esto sucedía en los primeros días de junio (1900). El plan acordado se puso en ejecución sin pérdida de tiempo, y en la mañana del 8 del mismo mes las fuerzas de los

generales Losada, Sarria y Guerrero, caían sobre el enemigo y lo atacaban violentamente en el campo de Bejuco, donde él las esperaba. El combate fue reñidísimo y sangriento y ambos ejércitos sufrieron bajas considerables; pero, al caer de la tarde del mismo día, las tropas del gobierno eran vencidas y obligadas a retroceder hacia la Chorrera, buscando el camino para regresar, después de tamaño descalabro, a la ciudad de Panamá.

Antes de conocerse este insuceso, habíamos tenido el gusto de recibir la siguiente comunicación:

Gobernación del Departamento.—Panamá, 8 de junio de 1900.

Señor general Víctor Manuel Salazar.—En la Ciudad.

El señor general Belisario Losada, en telegrama de esta mañana, me pide desde el campo de batalla un refuerzo de tropa porque las posiciones del enemigo ofrecen mucha resistencia. Con tal motivo, juzgo que prestaréis un oportuno servicio facilitando cien (100) hombres del batallón "Henao" para que sigan esta noche o al amanecer al pueblo de la Chorrera, donde deben ponerse a órdenes del expresado general Losada, comandante general de la 5ª División y jefe de operaciones.

Soy vuestro atento S. S. **J. M. Campo Serrano.**

En virtud de tal comunicación, el que estas páginas escribe se embarcó inmediatamente para el puerto de la Chorrera, llevando los cien hombres del batallón "Henao" a que la nota se refería; y en la mañana del día siguiente ya había dejado atrás el puerto y se encontraba en la población de la Chorrera, simpática villa, situada en una hermosa llanura poblada por gentes apacibles y sencillas que miraban con extraña sorpresa y con oculto temor nuestros movimientos bélicos. Allí fuimos informados del desastre sufrido por los generales Losada, Sarria y Guerrero, agregándose que era inútil toda tentativa de reforzarlos porque ya venían en afanosa retirada imposible de contener. Sin embargo, nuestro deber era continuar la marcha hacia el campo de Bejuco y así lo hicimos, porque ésa era la orden que habíamos recibido del general Campo Serrano. Cuando habíamos recorrido algunos kilómetros por aquella planicie, empezamos a encontrar la vanguardia de las fuerzas en retirada. En vano pretendimos demostrarles que con el refuerzo que llevábamos en hombres y municiones podíamos reorganizarnos a fin de presentarle un nuevo frente al enemigo, al cual considerábamos debilitado y exhausto. Empeño inútil. Contener un ejército que se desbanda, es tarea harto difícil. A poco, el mismo general Losada nos ordenó

contramarchar hacia la Chorrera con la misión de adelantarnos para ir en busca de cuarteles y de un hospital. En aquella población permanecemos hasta el 11 de junio, atendiendo a la curación de los heridos y acabando de recibir los elementos dispersos del ejército. Se dispuso en ese día por el comandante general que al caer la tarde las tropas se movieran hacia el puerto de la Chorrera, con el propósito de tomar los barcos que debían conducirlos a la ciudad de Panamá. El autor de estas páginas fue nombrado jefe de día, con el encargo de organizar la marcha en la forma más ordenada a fin de que no faltara ni un soldado, ni un herido, ni una caja de municiones. Todo se hizo en forma adecuada pero luchando con grandes dificultades, pues los aguaceros torrenciales de esos días habían convertido el camino de la población al puerto en un verdadero lodazal. A las diez de la noche arribamos con los restos del ejército a la aduanilla, en donde nos esperaba un gran contratiempo: la marea vaciante, que en aquella playa asume grandes proporciones, había obligado a los barcos a retirarse a larga distancia. Los generales Losada y Guerrero se habían embarcado y navegaban ya con rumbo a Panamá, llevando los heridos, el parque y algunas de las fuerzas. En la playa quedábamos el general Sarria y nosotros con las restantes, sin otra esperanza que aguardar la marea llanante para embarcarnos. Para descansar unas horas, hicimos desensillar nuestras cabalgaduras. En el duro pavimento de la aduana tendimos la alfombra de la montura, que nos servía de almohada. Tranquilamente dormíamos cuando, a eso de las tres de la madrugada, fuimos despertados por el general Sarria, quien nos informó que un amigo acabado de llegar de la población de la Chorrera traía la noticia de que la vanguardia del ejército revolucionario empezaba a llegar a ese lugar. El general Sarria opinaba que si esa fuerza avanzaba sobre el puerto, nuestra situación sería demasiado precaria.

¿Y cuáles son, en concepto de usted, le preguntamos, las medidas que podemos adoptar para evitar el peligro que nos amenaza?

A lo cual respondió sin vacilar: —Este amigo dice que de la población de la Chorrera hay una trocha, por la montaña del Emperador, que puede conducirnos a la estación del mismo nombre en el ferrocarril de Colón a Panamá. De modo que tendremos que regresar rápidamente al poblado, pasar por las barbas del ene-

migo burlando su vigilancia, e internarnos en la montaña, sin perder un momento. Así lo hicimos: a las cinco de la mañana nos deslizábamos por los alrededores de la Chorrera, oyendo las dianas del ejército vencedor en Bejuco y los Llanos de Capira, y entrábamos a la montaña por una trocha abrupta, en donde, en todo el día, no encontramos ni un rancho, ni un ser viviente, ni recursos de ninguna clase. A las cinco de la tarde nos encontrábamos en la estación del Emperador, y a las diez de la noche un tren nos conducía a la ciudad de Panamá.

Así terminó aquella deplorable campaña, en donde las fuerzas del gobierno sufrieron un rudo golpe. Pero lo más grave de la derrota de Bejuco no fue ésta en sí misma sino el cúmulo de consecuencias desastrosas que hubimos de afrontar poco después. Primeramente, la moral de nuestras fuerzas había casi desaparecido: el más leve rumor de un avance del enemigo producía confusión en nuestras filas, y a los jefes del ejército vencedor se les atribuían condiciones estratégicas insuperables y a sus soldados un valor sin igual. En Centro América, en el Ecuador, en Tumaco, en Panamá, en todas partes, los nombres del doctor Porras y del general Emiliano J. Herrera, eran aclamados jubilosamente como símbolo de triunfo. Jefes muy visibles de la revolución que se encontraban en Tumaco, como Simón Chaux, José Antonio Ramírez Uribe, José Cicerón Castillo, Ricardo Gómez, Temístocles Rengifo, Temístocles Díaz, Domingo de la Rosa y otros, justamente deslumbrados por los triunfos inenarrables de la expedición victoriosa, volaron a engrosar sus filas y a participar de sus glorias.

El general José Antonio Ramírez Uribe traía 250 hombres completamente equipados. El encuentro de todos estos jefes con el doctor Porras se verificó en la población de Chame, en la mañana del memorable 4 de julio de 1900.

Cuando todos estos hechos ocurrían, el general Campo Serrano llamó una mañana a su despacho al autor de estas páginas y le dijo poco más o menos lo siguiente:

—Usted comprende, general Salazar, que nuestra situación se ha tornado demasiado angustiosa; sobre todo después del desastre de Bejuco, carecemos de tropas suficientes para contener al enemigo. La pérdida de Panamá implicaría la caída inevitable del Gobierno y el triunfo de la revolución. ¿Qué se le ocurre a usted que podríamos hacer?

A lo cual contestamos, sin titubear:

—En Barranquilla está la división “Antioquia”, cuya jefatura de estado mayor tenemos a nuestro cargo. Esa división está comandada por el general Francisco Jaramillo, hombre sin miedo y sin tacha. Tenemos la seguridad de que esa fuerza vendría en nuestro auxilio si se le llamara. Pero necesitamos en Barranquilla un hombre influyente, capaz de conseguir los transportes para conducirla.

—Ese hombre soy yo, replicó el general Campo Serrano con aquella actitud benévola y generosa, al par que enérgica, que caracterizó todos sus actos. Mañana mismo saldré para Barranquilla. Necesito una carta de usted para el general Jaramillo.

Al día siguiente salió. La misión de aquel benemérito servidor de la república, cuyo recuerdo despierta en nuestro ánimo los más acendrados sentimientos de amor y admiración, fue decisiva. Cuando, más adelante, relatemos la batalla de Panamá, se verá la oportunidad de la llegada del general Campo Serrano, con la división Antioquia, al sitio memorable en donde nos batíamos, cuerpo a cuerpo, con el hasta ese día victorioso ejército de la revolución.

Para dar una idea aproximada de la confianza que los jefes de este ejército tenían en el triunfo definitivo de sus armas, y de su tono jactancioso, vamos a transcribir en seguida la nota circular que el doctor Carlos S. Mendoza, secretario general del doctor Porras, dirigió a los cónsules extranjeros, establecidos en Panamá, con fecha 14 de julio del mismo año (1900).

Dice así:

Número 726.— Jefatura Civil y Militar del Departamento de Panamá.—  
Secretaría General.— Chame, julio 14 de 1900.

Señor Cónsul:

No son desconocidos de usted los graves sucesos verificados en esta república desde fines de octubre del año próximo pasado, cuando una gran mayoría de colombianos se alzaron en armas para derrocar al gobierno existente y cambiar las retrógradas instituciones dictadas en 1886 por otras concordantes con los progresos de los tiempos modernos y con los sacrificios que los ciudadanos de Colombia han hecho en toda época por el afianzamiento de la libertad, del orden y de la civilización.

Tampoco ignora usted que el departamento de Panamá hace más de tres meses está conmovido por la revolución y que el ejército restaurador ha recorrido triunfante el Istmo, desde Punta Burica hasta las goteras de la ciudad de Panamá, dejando a su paso establecido un gobierno que domina sin con-

tradicción un territorio continuo cuya extensión comprende más de tres provincias.

Para obtener este resultado nos hemos visto en la precisión de derramar sangre colombiana en los campos de combate de David (4 de abril) y la Negra Vieja (8 de junio) en los que las disciplinadas y orgullosas fuerzas dictatoriales fueron impotentes para contrarrestar el arrojo y el entusiasmo de las huestes restauradoras.

La campaña en el Istmo toca a su fin con la ocupación de las ciudades de Colón y Panamá. Siempre nos hemos propuesto ahorrar a esas populosas poblaciones que encierran en su recinto valiosas propiedades neutrales, ingentes riquezas y vidas preciosas de mujeres, de ancianos y de niños, el sangriento espectáculo de una lucha en sus calles, y las escenas y desgracias que son consecuencia obligada de las guerras. Por esta razón hemos esperado, en alejamiento relativo, que las tropas de la dictadura salgan de ellas a batirse con las nuestras. Desgraciadamente los que en Panamá mandan se han encerrado dentro de los muros de la ciudad, al parecer rehuendo combatir en despoblado, lo que nos pondrá en la necesidad imprescindible de ir a la capital a arrojarlos de sus cuarteles.

Fácil es comprender la repugnancia que el señor jefe civil y militar del departamento, quien me ha ordenado dirigir a usted el presente oficio, siente al considerar que las ciudades de Panamá y Colón sean teatro de operaciones bélicas que han de resultar desastrosas para las personas y las propiedades, por los destructores elementos que posee el Ejército Restaurador; y es por esto por lo que el magistrado, en cuyo nombre hablo, ruega a usted que, en asocio del Honorable Cuerpo Consular de Panamá y Colón, se digne interponer sus buenos y valiosos oficios y los de sus dignos colegas, para obtener: o que las fuerzas dictatoriales salgan a batirse en despoblado con el Ejército Restaurador, o que se entreguen a discreción las plazas de Panamá y Colón, con los elementos de guerra que en ellas existen.

Ofrezco, en nombre del gobierno de la revolución, garantías a los extranjeros residentes en Panamá y Colón, como se las hemos dado en todas partes, y las seguridades para sus bienes, como siempre se las hemos hecho efectivas.

Me anticipo a expresar a usted los agradecimientos del señor jefe civil y militar del departamento y los del Ejército Restaurador, por la humanitaria intervención de usted y de sus honorables colegas de Panamá y Colón, pues no vacilo en creer que ella será otorgada en la forma en que tengo el honor de solicitarla.

Ruego al señor cónsul se sirva aceptar las consideraciones con que me suscribo su obsecuente servidor, **Carlos A. Mendoza**.

“Desgraciadamente, dice Mendoza, los que en Panamá mandan se han encerrado dentro de los muros de la ciudad, al parecer rehuendo combatir en despoblado, lo que nos pondrá en la necesidad imprescindible de ir a la capital a arrojarlos de sus cuarteles.” Para terminar pide que “las fuerzas dictatoriales salgan a batirse en despoblado con el Ejército Restaurador o que se entre-

guen a discreción las plazas de Panamá y Colón, con los elementos de guerra que en ellas existan”.

Vamos a ver, dentro de cuatro días, si las fuerzas “dictatoriales” salen a batirse en despoblado midiendo sus armas con el poderoso “Ejército Restaurador” que acaudillan el doctor Mendoza y sus compañeros, y si el proceso inexorable de los hechos cambia el tono jubiloso de las arengas en cantos de dolor que son el mayor elogio a la valentía del abnegado ejército que tuvimos la honra de comandar en aquellos días gloriosos de la contienda.

## CAPITULO IV

### NUEVOS REFUERZOS PARA LA REVOLUCION

Dijimos atrás cómo jefes muy distinguidos de la revolución, atraídos por el brillo de la campaña victoriosa que dirigían el doctor Porrás y el general Emiliano J. Herrera, habían venido desde Tumaco a compartir con aquéllos las glorias del llamado “Ejército Restaurador” y cómo el encuentro de todos estos jefes se verificó en la población de Chame el día 14 de julio de aquel año (1900).

Preparándose estaba el doctor Porrás para continuar su marcha sobre la ciudad de Panamá, que era el objetivo de la revolución, cuando un acontecimiento inesperado vino a llenarlo de gozo porque, dada la importancia de los auxilios que esa sorpresa le traía, su sueño de entrar en la ciudad capital, coronado de flores y aclamado por las multitudes, podía considerarse ya como una bella realidad. Para tener una mejor percepción de las gratas emociones que aquellos sucesos produjeron en el alma de los jefes vencedores en Bejuco y en los llanos de Capira, oigamos al propio doctor Porrás, quien, a la página 289 de su interesante libro, se expresa así:

Estábamos listos para partir cuando he aquí que el 14 en la mañana llegó la “Momotombo” a San Carlos. Incontables son las emociones que precedieron a su reconocimiento. Desde las primeras luces del alba, José Asunción Cajar, oficial encargado entonces de esa plaza, anunció por teléfono la aproximación de un buque... Primero no lo distinguían bien y temían fuera algún vapor del enemigo; estaba pintado como el “Taboga” y, a más de eso, se iba acercando con calculada cautela. Había ido muy cerca de la punta en donde ondeaba nuestra enseña roja, y luego resueltamente entraba a la ensenada. Después... el oído no percibía la bocina, sino simples murmullos, algo como un eco distante. Inútil agitar la campanilla y gritar con todos los pulmones. La línea parecía interrumpida o la oficina de San Carlos desierta. Nadie se movía a nuestro alrededor; se habría oído volar una mosca. Al fin, después de prolongados instantes, para nosotros como un siglo, volvió el murmullo y rompió la voz:

—El buque es la “Momotombo” y aquí está el doctor Morales!

De manera que Zclaya se había apiadado y, aunque tarde, al cabo de dos meses de espera, mandaba el auxilio que le habíamos pedido con instancia.

Sobre todo, había llegado Morales. Después de Bejuco, podríamos haberle dicho, a semejanza de Enrique IV a Crillon: "Hemos peleado en Bejuco y tú no estabas allí." Pero llegaba a tiempo para estar en Panamá...

Llegaban también los 40 o 50 colombianos, en su mayoría panameños, detenidos en Managua desde mediados de abril y, en fin, un cuadro de dieciocho oficiales extranjeros... De éstos, mencionaban uno, Toledo, que al principio no daba yo con el que podía ser. Era nada menos que el general Salvador Toledo, ex ministro de la Guerra del Lcdo. Estrada Cabrera. Lo conocía muy bien. Hombre vivo de genio, inquieto y azogado y con todo eso sencillo y bueno; brusco a veces, pero siempre sin afectación. Le había tenido simpatías sinceras; sin embargo, declaro que su llegada al campamento me produjo cierto malestar. Aunque de polvo y lodo, era un auxiliar demasiado encumbrado y nuestro ejército muy pequeño para poderlo ocupar en él.

Con estos nuevos refuerzos que tanto levantaron la moral y el entusiasmo de las fuerzas revolucionarias, éstas continuaron su marcha hacia Panamá, seguros de que la victoria coronaría sus abnegados esfuerzos, después de tantos días de sacrificios y de luchas desde Punta Burica hasta las anheladas puertas de la ciudad capital.

Recuérdese ahora que, dada la precaria situación de las fuerzas del gobierno, el general Campo Serrano, jefe civil y militar del departamento, se había trasladado a Barranquilla con el propósito de llevar al Istmo la división Antioquia, dejando encargado del mando a su secretario de gobierno, general Carlos Albán. El 17 de julio nos trasladamos en compañía de algunos oficiales a la ciudad de Colón, ávidos de obtener noticias relativas a la importante misión del general Campo Serrano, pues en aquella fecha debía llegar a ese puerto el vapor francés que hacía la travesía de Barranquilla a Panamá. Nuestra emoción fue inmensa al escuchar de labios de los pasajeros de la nave expresada la noticia de que ni en Barranquilla ni en Puerto Colombia habían visto movimiento alguno ni preparativos para el embarque y transporte de tropas; por lo cual y seriamente preocupados por tan grave contrariedad, resolvimos regresar a la ciudad de Panamá, resueltos a luchar con los escasos elementos de que disponíamos y a dar la gran batalla que ya se aproximaba y que era decisiva para la suerte del Istmo, no menos que para el porvenir de la causa conservadora, en toda la república. Al día siguiente, a las 8 de la mañana, tomamos el tren que conduce a la ciudad capital, habiendo podido observar, con no superada sorpresa, que en algunos lugares del trayecto que recorriamos ya estaban asomando las avanzadas del ejército revolucionario. Nos libramos milagrosamente de caer prisioneros. Aquello fue obra de minutos.

## CAPITULO V

### SE INICIA LA BATALLA

En las horas de la mañana del 19 de julio el general Albán me llamó al despacho de la gobernación, para informarme que, según noticias que acababa de recibir, ya el ejército revolucionario había levantado sus campamentos de La Chorrera y avanzaba sobre la ciudad con el ánimo de atacarnos por distintas direcciones, pero principalmente por el puente de Calidonia, Guachapalí y la playa del Trujillo. Rápidamente convinimos en tomar posiciones en esos mismos lugares y preparar nuestras defensas por medio de una línea de trincheras, lo que nos dio los más brillantes resultados, pues contra esos improvisados muros que hubimos de construir en pocas horas, tras una labor tan activa como provechosa y fecunda, vinieron a estrellarse, cuatro días después, las huestes de la revolución, en olas humanas impulsadas por el anhelo del triunfo e inspiradas por un valor tan heroico como temerario que nosotros no podíamos menos de admirar con respeto y que a veces nos dolía tener que castigar con el fuego certero de nuestros cañones, ametralladoras y fusiles. En las horas de la noche del 20 de julio tuvimos conocimiento de que ya las avanzadas de la revolución habían llegado a Corozal, pequeña estación del ferrocarril situada a poca distancia de Panamá, y al punto resolvimos salir a atacarla con la mira de paralizar el rápido avance del ejército enemigo para dar tiempo a la llegada de la División Antioquia que debía conducir el benemérito general Campo Serrano y que era nuestra mejor esperanza.

Dada esta corta explicación sobre los momentos que antecedieron a aquel memorable hecho de armas, que tanta y tan decisiva influencia tuvo en el desarrollo futuro de la guerra, transcribimos a continuación el parte detallado que rindió sobre él quien esto escribe inmediatamente después de la victoria, en el

cual encontrará el lector una descripción pormenorizada de la lucha. Dice así:

PARTE DETALLADO DE LOS COMBATES LIBRADOS EN PANAMA  
DEL 21 AL 26 DE JULIO DE 1900.

República de Colombia.—Departamento de Panamá.—Ejército Nacional.—Panamá, julio 27 de 1900.

Señor General Carlos Albán, Jefe Civil y Militar del Departamento.—Presente.

Dadas las atribuciones de que fui investido por vos durante los sucesos militares que se han cumplido en esta ciudad y en sus alrededores del 21 al 26 del presente mes, me considero obligado hoy a rendiros el parte detallado de estos acontecimientos de armas, que tan bien puesto han dejado el honor del ejército nacional y que, venciendo una revolución, motivo de largos días de zozobra en este departamento, devuelven hoy la tranquilidad a esta rica sección de la república y millares de brazos a la industria.

El día 19 del presente mes, teniendo vos conocimiento de que las fuerzas revolucionarias a órdenes de los señores doctor Belisario Porras y general Emiliano J. Herrera, se habían movido de sus campamentos de La Chorrera en dirección a esta ciudad, en número considerable, dispusisteis practicar un reconocimiento en las afueras de la población a efecto de escoger el sitio más aparente para una línea de fortificaciones. Hecha esta operación, los batallones "Colombia", "5º de Cali" y "Henoa" de Antioquia, entraron a construirla, auxiliados por una parte del cuerpo de policía. Todo este día y parte del siguiente fueron de trabajo, de expectativa y de ansiedad...

A las once de la noche del 20, informado vos de que una parte de la fuerza revolucionaria había acampado en Corozal, estación de la línea del ferrocarril, poco distante de nuestro campamento, ordenásteis marchar sobre ella para sorprenderla por asalto al amanecer. El movimiento se ejecutó sin demora, y a las cuatro y media de la mañana del 21 se dejó oír el primer disparo de una avanzada enemiga sobre uno de nuestros guías. Inmediatamente resolvisteis que la 3ª compañía del batallón "Henoa", a órdenes del capitán Maximiliano Uribe, marchase a vanguardia, con instrucciones para apresar, si era posible, dicha avanzada. Pocos instantes después los fuegos con ella estaban rotos y puesta en fuga, entramos rápidamente al pequeño caserío, situándonos sobre la línea férrea, de donde dominamos las posiciones enemigas, rompiendo en el acto los fuegos contra ellas. Por el frente, el ataque lo hacía el batallón Henoa; y para defender nuestro flanco izquierdo coloqué, en una pequeña eminencia que domina parte del campo enemigo, una guerrilla de tiradores del "5º de Cali" y del "Colombia". Así sostuvimos los fuegos por largo rato.

Una circunstancia, harto desfavorable por cierto, era para nosotros motivo de honda contrariedad. Consistió en que al salir a Corozal y dar principio al combate, las fuerzas revolucionarias quedaron colocadas del lado de Panamá, sobre la línea del ferrocarril, de manera que avanzando ellas rápidamente por dicha línea, podrían, sin dificultad alguna, hacerse dueñas de nuestras fortificaciones del puente de Calidonia, El Trujillo, etc., y ocupar la ciudad. El peligro en esta forma, era, pues, supremo, inminente.

Otra contrariedad no menos amarga tuvimos que sentir en aquellas horas de combate. Como este movimiento sobre Corozal lo ejecutábamos en combinación con el general Sarria, quien debía moverse esa misma noche de

Colón con unos 150 hombres, su llegada para nosotros era salvadora. Nuestras miradas se perdían ansiosamente en la vía que conduce a aquel lugar, pues además del refuerzo de hombres esperábamos recibir del general Sarria una buena cantidad de municiones, por temor de que escasearan en nuestras filas. En esta situación, una numerosa fuerza que avanzaba por la carrilera, precisamente por la vía de Colón, se deja ver. Nuestros soldados disparan sobre ella, pero nosotros lo impedimos diciéndoles: "Es el general Sarria."

Esta creencia nuestra, fundada en los términos del plan de ataque, fue, sin embargo, desvaneciéndose a la vista de banderas cuyos colores sólo pudimos apreciar al principio confusamente. Las fuerzas, entre tanto, continuaban avanzando, y no fue sino muy de cerca cuando conocimos su divisa y palpamos la realidad. Eran fuerzas revolucionarias. Era que el enemigo, moviéndose de La Chorrera, había logrado colocar esa noche parte de su artillería y dos batallones en Miraflores, los cuales, al oír los disparos de Corozal, volaban en auxilio de sus parciales. El general Sarria no había podido salir esa noche de Colón, porque la empresa del ferrocarril no le suministró oportunamente los trenes.

A vuestra mirada de militar experimentado no podían ocultarse naturalmente los peligros y dificultades de semejante situación y, así, ordenásteis inmediatamente contramarchar a fin de que ocupásemos de nuevo nuestras posiciones. Al abandonar aquel campo tuvimos que lamentar la pérdida del valeroso sargento mayor Manuel M. Baraona; de uno de mis ayudantes, el bizarro capitán Ricardo Cadavid; del subteniente del batallón "Henao", Abelardo Quintero, y de varios individuos de tropa, así como la prisión de los valerosos jefes del batallón "Henao", Coronel Heliodoro Peláez y comandante Amador Gómez; del sargento mayor Manuel Montoya, del capitán Eduardo Echeverry, de los tenientes Juan C. Moreno, Juan N. Muñoz y José C. Zamora; de los subtenientes Luis E. Molina y Alberto Roncallo y de algunos individuos de tropa. Tuvimos igualmente algunos heridos, entre los cuales figuran el capitán Carlos Barona, del "5º de Cali", y del "Henao" el teniente Alberto Holguín y el subteniente Venancio Alvarez, quienes pelearon con valor digno de nuestra causa. Luchábamos allí 300 hombres del ejército del gobierno, contra 800 del ejército revolucionario.

El movimiento ordenado por vos se ejecutó sin demora, y como a las dos de la tarde todos nos hallábamos en nuestras posiciones. El día terminó sin ningún otro acto notable; la noche fue de vigilancia.

Amaneció el 22. El sol de este día nos encontró a todos listos en nuestra línea de batalla, pero nos permitió apreciar acá, dentro de la ciudad, una situación bien poco tranquilizadora para nosotros. Por un acontecimiento inesperado, que deploro profundamente, en aquella mañana sólo quedábamos en esta plaza como jefes, con grados de generales, vos y yo. En el centro había alarma, pánico. Era que los jefes de las fuerzas revolucionarias, situados ya en las inmediaciones de Panamá, se habían puesto esa noche a la inteligencia con varios cónsules extranjeros a fin de que, mediante su intervención, les fuera entregada esta plaza por vos, evitando así la escena sangrienta de un encuentro de armas en el poblado y la consiguiente destrucción de grandes valores. Estas noticias llegaron confusamente a nuestro campamento, pero como a las ocho de la mañana del mismo día me fueron confirmadas por vos mismo; y es del dominio público, aun cuando vos no me lo habéis insinuado nunca, que esa intervención consular fue tan peligrosa para nuestra causa y

de tan perniciosos efectos morales que, a no haber encontrado con un hombre de vuestro temple, habría puesto en muy serias dificultades la causa de la Legitimidad en el Istmo. Así lo apreciaron varias personas y así lo afirma un documento oficial que, impreso, ha visto la luz pública en esta ciudad.

A las doce del mismo día fui invitado por voz a una conferencia en el palacio de gobierno; e impuesto de las proposiciones del enemigo e instado por vos para que expusiera mi concepto, os dije: "señor general: considero que la entrega de la plaza, en esas condiciones, o en cualesquiera otras, sería la protocolización de nuestra deshonra. Nuestra fuerza, aunque muy inferior en número a la enemiga, es valerosa y probada. La línea de batalla que hemos escogido es magnífica. Hagamos un esfuerzo, luchemos y perezcamos si llega el caso, pero salvemos, ante todo, el honor del Ejército Nacional." Los coroneles Alejandro Ortiz, Félix M. Correa, Lucas Espinosa y el sargento mayor Pedro P. Restrepo, que estaban presentes, expusieron sin vacilar su conformidad de ideas conmigo, y vos terminasteis: "Estoy de acuerdo con todos ustedes. Vamos, pues, a luchar, mis amigos." Pocos instantes después me hicisteis saber, por conducto de vuestro secretario el señor Adolfo Alemán, que me investiais de las facultades necesarias para mandar todas las fuerzas que había en la ciudad y para preparar y dirigir las operaciones militares en la línea. Pasado esto, me retiré de nuevo al campamento.

Como a la una de la tarde del mismo día, la parte de nuestra artillería emplazada en la pequeña eminencia de "El Tívoli" rompió fuegos sobre la enemiga para impedir que ésta nos fuese colocada al frente, en el pequeño cerro de "Curundu". El resultado fue satisfactorio. El enemigo quiso entonces situarla en otra pequeña altura, cerca de "Perry's Hill", pero allí tenía que recibir y recibió inmediatamente los fuegos de "El Tívoli", más los de los cañones que teníamos en el Puente de Calidonia. Los fuegos continuaron por espacio de algunas horas contestados por el enemigo y acrecentándose de vez en cuando por descargas de fusilería, hasta que un cañonazo, hábilmente dirigido de "El Tívoli" por el sargento Enrique Jaramillo, desmontó una pieza de las del enemigo, consiguiendo de esa forma acallar sus fuegos.

La tarde fue de relativa calma. A la oración hicisteis reforzar la guarnición que teníamos en la Boca, enviando a ese lugar la columna "Campo Serrano", a órdenes de los coroneles José María y Manuel Núñez Roca. Como a las doce de la noche, preocupado yo con nuestra situación en aquel campamento, resolví visitarlo personalmente dirigiéndome a él en compañía del teniente Emilio Fajardo. Una hora después estuve allá. La fuerza que defendía aquella posición vigilaba toda, hábilmente colocada sobre la playa y en el muelle; permanecí allí hora y media, y al regresar a la ciudad dispuse que, de dos cañones que teníamos en Chiriquí, uno fuese trasladado inmediatamente a la Boca. Así se hizo al amanecer del 23.

La aurora de este día me permitió ver con mi anteojo, desde el cerro, una numerosa fuerza enemiga que se movía en dirección a ese campamento, y al punto os hice saber esta novedad, por conducto de uno de mis ayudantes de campo.

Algunas horas más tarde di en la línea del puente de Calidonia las órdenes e instrucciones que estimé necesarias; me dirigí al palacio de gobierno a comunicaros verbalmente los movimientos del enemigo sobre la Boca y, después de una ligera conferencia con vos, marché por orden vuestra a dirigir personalmente el combate que pocos momentos después debía

principiar en aquel lugar. A mi llegada a él, ya los fuegos estaban rotos y el coronel Manuel Núñez Roca, con su fuerza, y el capitán Aureliano Valero B., con unos tiradores del Istmo, cumplían su deber a satisfacción. Durante el combate, el cañón emplazado allí, en aquella mañana, funcionó con toda regularidad contestando a la artillería enemiga, a la par con el fuego de nuestros tiradores, que era intenso y nutrido. A las cinco de la tarde, el enemigo fue rechazado y se retiró a Farfán, decepcionado seguramente al apreciar la esterilidad de sus esfuerzos en su empeño de desembarcar fuerzas en aquel puerto. Tuvimos algunos heridos, ninguno de gravedad.

A las seis p. m. regresé al campamento del puente; durante la noche, no se verificó ningún hecho notable.

A la madrugada del 24 divisé desde la playa de El Trujillo la flotilla enemiga al anclar en Punta-paitilla y penetré, desde luego, el alcance de las operaciones ejecutadas por la fuerza revolucionaria, durante la noche. Era que los dos batallones que no habían podido desembarcar por el Puerto de la Boca en el combate del día anterior, habían resuelto trasladarse, por agua, a las posiciones de "Perry's Hill" para reforzar allí al general Herrera y hacernos un ataque más intenso y poderoso por el frente de nuestras fortificaciones. Sin embargo, en el campamento enemigo no se advertía movimiento alguno, y la creencia de que hubiese sido abandonado por nuestros adversarios en aquella noche empezaba a ser la expresión de no pocos. En esta virtud y a fin de que desapareciese todo motivo de perplejidad, resolví, a las siete de la mañana, hacer personalmente una exploración al campo revolucionario, la cual practiqué en compañía del teniente coronel Víctor Manuel Hernández, de treinta tiradores del batallón "Colombia" y del cuerpo de policía a órdenes del sereno y entusiasta capitán Pedro A. Barreto. El resultado de esta exploración superó, si se quiere, a nuestros deseos y a nuestro pensamiento. En Peñaprieta encontramos al enemigo que avanzaba sigilosamente sobre nosotros al abrigo del manglar, y al momento regresamos a nuestro campamento para esperar. Un cuarto de hora después (como a las ocho y media a. m.) dos batallones adversarios se presentaron en la playa, en línea de tiradores, y al punto ordené romper los fuegos sobre ellos. Vos que estuvisteis allí en aquella mañana, pudisteis apreciar la manera como se inició esa escena sangrienta; el arrojó de nuestros contendores mereció realmente nuestra admiración, pero así como avanzaban sobre nosotros iban quedando tendidos en la playa y a la sombra del mangle, muertos unos, heridos los demás: y es afirmación de algunos oficiales enemigos que, de 300 hombres que nos atacaron por aquella vía, sólo seis volvieron vivos al campamento de "Perry's Hill".

Iniciada la lucha en la playa del Trujillo, como a las ocho y media a. m., diez minutos después los fuegos se habían generalizado en toda nuestra línea de batalla, desde aquel punto hasta Guachapalí, de aquí al puente de Calidonia y de aquí, por "Pueblonuevo", hasta el sitio en donde se unen la línea del ferrocarril que va a la Boca y la que conduce a Colón. Nuestra artillería de "El Tívoli" y la del puente, lo mismo que nuestra fusilería, hacían un fuego nutrido y mortífero. Al recorrer la línea de batalla, me fue muy satisfactorio encontrar cumpliendo su deber a todos los jefes, oficiales y soldados de los cuerpos que allí combatían, con excepción del comandante del batallón 1º de infantería del Istmo, coronel Jesús

Parada Leal, quien a los primeros disparos abandonó la fuerza que comandaba, sin que hasta la fecha haya podido obtener dato seguro de su paradero. Afortunadamente, allí estaba el 2º jefe, valeroso sargento mayor Antonio Holguín, quien luchaba como bueno al frente de sus soldados y a quien éstos lloran todavía, pues pasada una hora de combate cayó herido por una bala que le produjo la muerte algunas horas más tarde. Para reemplazarlo en la jefatura del batallón, nombré al capitán Luis Martínez Aragón, cuya conducta en los días de lucha, lo mismo que la de sus oficiales, mereció mi aplauso.

Dispuse igualmente que para reforzar aquella posición, en caso de que fuese reciamente atacada por el enemigo, el coronel Félix M. Correa y los capitanes Maximiliano Uribe y Floro Roldán, la ocupasen con parte del batallón Henao.

Como a las doce del día, un hecho inesperado fue para nosotros motivo de inquietud. Los enemigos de nuestra causa, residentes acá en la ciudad, a quienes la benevolencia del gobierno había dejado en libertad, halagados con la falsa noticia de que ya los revolucionarios habían logrado romper nuestra línea para entrar, se pronunciaron, saliendo unos a las calles y plazas públicas, disparando otros desde sus habitaciones por ventanas y balcones, y dando principio a un horroroso saqueo en el cual, como vos lo sabéis, yo fui la primera víctima. Felizmente, al recibir el parte de estos hechos, fui también informado de que ya vos obrábais sobre los amotinados, a quienes habíais puesto en vergonzosa fuga, eficazmente secundado por los coroneles Ortiz y Espinosa. Sin embargo, dispuse que el denodado Marcial Ocoró (sargento mayor ascendido hoy a teniente coronel), acompañado del no menos sereno teniente Antonio Jaramillo y de treinta tiradores, armados de rifle y de machete, fuese a ocupar el muelle inglés, de donde algunos de los revoltosos hacían fuego sobre el "Colombia", con orden de que, al hacer esto, marcharan en vuestro auxilio al centro de la ciudad. A la vista de esta guerrilla, los del muelle huyeron precipitadamente y los pocos que aún quedaban en las calles volvieron a sus escondites. Allí murió, traidoramente asesinado, el guardaparque del "Colombia", intrépido Pedro P. Pacheco.

Como a las cuatro de la tarde, una terrible tempestad que se presentó en el campo en donde se libraba la batalla, nos hizo creer que sería, al menos, motivo de una ligera tregua entre las fuerzas combatientes; pero no sucedió así: los fuegos se avivaron más y más, y en el fragor de la tempestad y de la lucha hubo ciertamente algunos momentos en que el estampido de los cañones se confundía con los truenos de las descargas eléctricas. El espectáculo era solemne.

Los fuegos continuaron sin interrupción. De las diez a las once p. m. pudimos observar, aunque confusamente, que el enemigo, aprovechando las tinieblas de aquella noche intensamente oscura, avanzaba en silencio sobre nuestras fortificaciones, y al toque de carga que ordené inmediatamente y que repitió la corneta con entusiasmo en toda la línea, nuestros tiradores contestaron con el fuego más activo que se haya presenciado.

Al amanecer del 25, la luz del día nos permitió ver, cerca de nuestra línea de defensa y principalmente en el camellón de Calidonia, regado el campo de cadáveres del enemigo. Los más arrojados habían pagado esa noche con la vida, su intrepidez.

La lucha continuó durante el día 25, y como a las cuatro p. m. recibí un pliego vuestro, según el cual conveníais en una ligera suspensión de hostilidades a efecto de que las ambulancias inglesa y chilena penetrasen al campo enemigo a recoger siquiera los heridos, cuyos ayes y quejas oíamos a poca distancia.

Así se hizo en efecto, pudiendo entonces apreciar el destrozo que nuestras armas habían causado en las filas revolucionarias: seiscientos hombres entre muertos y heridos yacían tendidos en aquel campo.

Hacia las cinco y media de la tarde, los gritos de "viva el general Sarría", pronunciados en "Pueblonuevo", nos anunciaron el arribo de este leal servidor de nuestra causa, quien, venciendo al cabo las dificultades con que había tropezado en su marcha, venía con doscientos hombres a compartir con nosotros las fatigas de aquella gloriosa jornada. Acompañábanlo don Antonio Burgos, prefecto de Colón, el coronel Pedro Sotomayor, el entusiasta capitán Ricardo C. Stevenson, don Orondaste Martínez y algunos amigos más.

A las siete y media de la noche rompiéronse de nuevo las hostilidades, y un fuego sostenido vivamente de parte y parte se dejó oír hasta la madrugada del 26.

A las siete y media de la mañana de este día, el pito de la locomotora nos anunció, desde lejos, la llegada de mil hombres que, a órdenes de los generales José M. Campo Serrano, Francisco Jaramillo U., Fortunato Garcés y Wenceslao Rodríguez, venían de Barranquilla en nuestro auxilio. El desaliento producido en las filas enemigas con la presencia de este poderoso refuerzo y con el destrezo que les habíamos causado en los días anteriores, fue motivo para que los jefes revolucionarios se rindieran mediante la capitulación que el público conoce, entregándonos la flotilla, su cuantioso armamento y su artillería.

La revolución tuvo más de 600 bajas entre muertos y heridos, y nosotros, contando las de Corozal, 32 muertos y 66 heridos. En las bajas que tenemos que lamentar figuran, principalmente, la del bizarro sargento mayor Rolando Linares, muerto el 24, y la del no menos entusiasta subteniente Aparicio Ramírez, atravesado por una bala en la madrugada del 25, al hacer un disparo de cañón.

Si hubiese de hacer os una relación de los jefes, oficiales y soldados que se distinguieron en aquellos días de lucha y de fatiga, os afirmo, con justa satisfacción y con orgullo, que necesitaría presentar os la lista de cuantos combatieron. Más que su valor, yo admiré su abnegación y su constancia durante ocho días que permanecimos a pie firme, en nuestra línea de batalla, sin esperanza de ser relevados, sin un momento de descanso, y en que sólo a ligeros intervalos disponíamos de un instante para tomar un poco de agua o una taza de café.

Sin embargo, no terminaré esta relación sin dejar en ella un párrafo que exprese nuestro agradecimiento para las personas que, como el señor Antonio Zubieta, se interesaron vivamente por la suerte de nuestra tropa, y sin tributar un justo elogio al señor secretario de Hacienda, don Alfonso Alemán, quien estuvo atento siempre a las necesidades de la guerra, haciendo indicaciones oportunas y cooperando así al triunfo de nuestras armas.

La batalla que acabamos de librar tendrá, señor general, la más justa resonancia en la república y fuera de ella, cuando sean conocidos sus porme-

nores y pueda apreciarse la naturaleza de los peligros que eran nuestra amenaza. Triunfante la revolución en el Istmo, en pocos días habría extendido su influencia a los vecinos departamentos del Cauca, Bolívar y el Magdalena, llevando a ellos elementos de todo género y produciendo la más desastrosa complicación para la causa del gobierno. Vencida como ha quedado, hemos podido obtener escarmiento al filibusterismo nicaragüense y ecuatoriano, y podemos afirmar, sin exageración, que lo que pasa en el interior de la república carece de importancia, y que la guerra ha terminado.

Con sentimientos de la más distinguida consideración, soy de vos, señor general, atento y seguro servidor.— **Víctor Manuel Salazar.**

En el interesante libro que sobre las campañas del Istmo escribió el doctor Belisario Porras, nuestro adversario en la batalla de Panamá, al cual nos hemos referido y probablemente continuaremos refiriéndonos en estos recuerdos históricos, el distinguido publicista y notable escritor nos hizo muy delicadas atenciones insertando el parte que acaba de leerse, el documento por el cual se le concede al autor de estas páginas el ascenso a general de división, otorgado en el mismo campo de batalla, y otros informes importantes.

Para corresponder a esta galantería del doctor Porras, que le hemos agradecido debidamente, insertamos en seguida la bellísima descripción que hace de la batalla que hemos narrado. Él amplía los detalles con la galanura de su estilo incomparable, sin apartarse, en términos generales, de la realidad de los hechos que tanto a él como a nosotros nos fue dado contemplar. Tenemos la seguridad de ofrecerle al lector una página de elegancia insuperable y de exquisito gusto literario. En ella el autor pinta toda la amargura de su espíritu al contemplar aquel campo de muerte en donde yacen inertes sus amigos y compañeros de la víspera, que inmolaron la vida, valerosa y abnegadamente, en pos de un ideal para ellos tan sagrado. La generación actual, a cuyos oídos no llega sino el eco reminiscente de aquellos generosos sacrificios que galonan con “surcos de dolores” la vida tormentosa de la república, aprenderá en estas páginas a admirar la heroicidad de aquellos tiempos gloriosos que, con sus errores y sus aciertos, constituyen el pedestal y son el orgullo de la patria. Allí, al calor de esos sacrificios, se moldeó el genio de Colombia; allí aprendimos a amarla; y cuando, en una época remota, el futuro historiador investigue los orígenes de su grandeza, tendrá que volver las miradas a ese pasado lejano, porque allí residen el desinterés, la abnegación y el culto de los ideales comunes.

Dice el doctor Porrás en la bella página a que nos hemos referido:

Amaneció al fin el funesto 24 de julio. La noche del 23 al 24, desde que Chaux partió de nuestro lado, se nos hizo interminable. La pasamos en vela y sobresalto, contando los minutos y aplicando el oído a cada tumbo resonante de las olas, creyendo oír en ellos la ronca voz de los cañones, y confundiendo los ruidos prolongados y lejanos con el aquelarre siniestro de la lucha.

Cuando la claridad invadió el espacio nos dirigimos a la playa a ver y a oír, a adivinar, los incidentes del sangriento drama. Aunque amanecía sin sol, nebuloso y triste, se distinguía bien todo en frente de nosotros; el mar aquietado ya de su batahola nocturna, la costa y la ciudad mudas, inmóviles y expectantes. No había comenzado el duelo y lo suponíamos aplazado. No podíamos creer, sin embargo, que los nuestros esperaran la luz del sol para asaltar al enemigo en sus trincheras formidables.

Hay tres modos de abordar al enemigo en cualquier parte en donde esté: pero la hora, el momento psicológico de hacerlo, no es más que uno, el de la noche, al amparo de sus sombras, cuando se halla en reductos o murallas dominantes, o cuando se asalta una ciudad que nos disputa, a cuya entrada se encubre y parapeta.

Concedimos a Herrera todavía la cordura de apreciarlo así, pero luego salimos del engaño, pues pasados algunos momentos, oímos el retumbo del primer cañonazo y en seguida, sin ningún intervalo, una descarga cerrada.

Otro estallido y nuevos resonantes ecos. Había comenzado la batalla, y ya el fuego no cesó más. Desde aquel instante (las ocho de la mañana) siguió sin tregua ni descanso, lo oíamos repetido al unísono, a manera de traqueteo constante o como un lejano y vago clamor. El viento nos alejaba las detonaciones o nos las volvía a traer secas, claras y distintas. A veces, podía creerse que todo llegaba ya a su término, porque esas detonaciones eran sueltas, lentas, como disparos a un enemigo que se aleja, que huye y se le deja ir; otras veces parecía que se acosaba a ese enemigo con animosidad, de modo terrible, con encarnizamiento, precipitadamente, haciéndole descargas o un tiro sobre otro tiro y otros más para cerrarle el paso, siguiéndolo para acabar con él, para hacerle volver grupas...

Al medio día la situación era la misma, pero en la tarde, cuando ya el sol se hundía en el ocaso, sólo retumbaban los cañones. Sus rugidos eran lúgubres, y para nosotros ya era claro que el enemigo se mantenía firme en sus trincheras y que los nuestros no habían podido entrar a la ciudad. Si no, ¿por qué ese incesante estallido de las bombas? ¿por qué cesó el ruido de la fusilería cuando, una vez dentro de la ciudad, la lucha tenía que ser cuerpo a cuerpo?

Sin embargo, de los que estábamos en Farfán, no todos pensábamos de igual manera. No sé a ciencia cierta qué era lo que pensaban algunos; pero cuando les hablaba del desastre, se mostraban, al contrario, llenos de esperanza y fe. A prima noche no nos quedaba más que ir a constatar la catástrofe. Por el plano inclinado de un abismo, Herrera y cuatro o seis más de sus parciales habían estado arrastrándonos, y aunque habíamos resistido firmemente, sosteniéndonos cuanto pudimos, agarrándonos de lo que encontrábamos, habíamos caído al fin, y todo estaba terminado. En un momento de despecho me había quedado en Farfán, significando así mi reprobación, mi protesta

acerca de los autores de tan forzada y tremenda desgracia; pero ahora, cuando a la rabia impotente se sucedía el dolor, ahora debíamos ir al campamento los que allí estábamos a ver si podíamos servir de algo, a dar también la vida o a prestar un nombre, como quien da una mortaja o una capa para encubrir la vergüenza de la irreparable desventura, fruto de obcecados errores.

La lancha a vapor estaba descompuesta, con uno o dos tubos menos de la bomba de alimentación; pero no importaba, éramos pocos —ya unos cuarenta poco más o menos— y podíamos ir todos en el "Gaitán". Así, pues, a las diez de la noche nos embarcamos en él; salimos del estero con la repunta de la creciente, y después de doblar a Flamenco por el oeste, reviramos sobre Panamá el Viejo hacia la Boca de la Caja. Allí, en esa irrisoria Boca, era donde debíamos desembarcar para alcanzar el campamento de Perry's Hill, del cual dista poco más o menos una legua. Llegamos a las cinco y media de la mañana e inmediatamente echamos mano a los botes para saltar a tierra; y aunque las dificultades eran grandes, porque la fuerza de la vaciante arrastraba mar afuera nuestras naves, y éstas tenían que pasar por entre puntiagudas rocas para llegar a la ribera, en una hora más todos nos hallábamos en la playa.

Al arrimar se veían en ella, no obstante la neblina que cubría la costa, grupos de soldados y oficiales muertos. Con todo, a pesar de llevar el alma quebrantada por la desesperanza, no los tomé por desbandados de nuestro campamento, sino por guardas de un retén colocado en ese punto por Herrera. Cuando me hallé en tierra y vi a esos hombres descalzos, con el pantalón arremangado hasta la rodilla, cubiertas las piernas de lodo, el rostro pálido y la mirada triste, fue cuando me cercioré de lo que pasaba. Me rodearon en silencio, y uno de ellos, José Antonio Granados, me dijo con voz ahogada, sacudida por el llanto:

"Todo ha acabado, doctor. Tenemos como quinientas bajas... Han muerto Agüero, Temístocles Díaz, Joaquín Arosemena, Juan Antonio Mendoza, Fabio Tejada, Eugenio Porras, el comandante Gómez, Samuel Ruiz, Chagalón, Samuel Rostrup y cien, talvez doscientos más... Han caído heridos Chauz, Ramírez, Rengifo, Patiño, Castellanos, Domingo de la Rosa, Luis García y como otros doscientos... Nos queda poca gente... Vea los cañones que hemos recogido por orden del general Herrera y traído aquí para ponerlos a salvo."

Confieso no haber tenido nunca emoción parecida a la que experimenté entonces. Había calculado, supuesto, pronosticado el desastre; pero no me había imaginado que llegara a tal extremo. Y es que nunca estamos suficientemente preparados para recibir la desgracia, ni aun para oír el anuncio de que se aproxima a nuestras puertas. Hay en esto una especie de dualidad moral, pues piensa uno que puede suceder de tal o cual modo, pero siente y espera de modo distinto. Bien podemos tener el convencimiento profundo del cumplimiento de un hecho desgraciado: La esperanza no nos abandona jamás.

Ella es siempre el último doliente que se retira del borde de la tumba, cuando todos los demás deudos de la vida se han retirado de aquélla.

Confundidos, anonadados, con la muerte en el alma, lo demás vino, sin embargo, sin arrobamiento, sin discursos, sin esfuerzos, como un sueño... No vacilamos un instante. Había un caballo, monté en él y los demás me siguieron. Crucé vertiginosamente un llano por el cual iba hallando soldados de

nuestro campamento, a quienes preguntaba: —¿Qué hacen? Y contestaban con tristeza: —Buscamos qué comer...

En el Cangrejo estaban Chauz, Ramírez y Domingo de la Rosa, a quienes les curaban las heridas. Nada me dijeron, nada sabían, nada podían decirme. Habían sido soldados, habían entrado por donde les mandaron entrar, cayeron peleando y los retiraron del campo...

En "Perry's Hill" era distinto. Decíanme que allí estaba el campamento, y en efecto, desde lejos alcancé a ver a los grupos en la falda de la loma, tendidos unos al raso, sin sombreros ni abrigo; andando algunos, sentados otros alrededor de dos o tres hogueras. Al distinguir, junto al verde claro de la loma, el rojo de las mantas y el blanco de las ropas, mi vista se concentró por un instante. Un humo azuloso ascendía con lentitud, y no pensé en las realidades sombrías de la situación, sino en escenas de lucha y de esperanzas. Pero, ¡cuán corto fue ese instante! Al acercarme, vi bien que el rojo se mezclaba con el gualda. No había risueñas filas de blancas tiendas, no ondeaban al viento las enseñas, no había ruido de armas ni relincho de caballos, ni algazara de soldados... Reinaba, al contrario, una tristeza inmensa, semejante a la de las casas en donde hay enfermo; tal parecía a mi llegada que se andaba de puntillas y se hablaba en voz baja. Había doscientos muertos, insepultos, que se estaban hinchando y otros tantos heridos sin la primera cura, en la llamada Nevería, sin alimentos, sin medicinas, sin camas; pero lo triste, lo horrible, lo desesperante, no era nada de eso. Cualquiera puede calcular lo profunda que es la crisis que sufre un ejército después de la batalla, y cómo hay necesidad de rehacerlo, de reorganizarlo para recomenzar; mas esa no era crisis, era una catástrofe sin nombre. Era que aquel ejército de bravos y abnegados, reducido a la mitad, cansado de la lucha y abrumado por el sueño, tenía además dos días de no comer. No era ya ejército de hombres, sino de estatuas o de sombras, pues el hambre, la fatiga y el continuo contacto con las escenas horripilantes del campo de batalla, embotaban su espíritu y les daban una indiferencia glacial. Allí estaban a pie firme, como dicen, sobre el lodo y bajo el agua, ocupando sus primeras posiciones; pero no era por ellos mismos, los pobres desventurados de rostros pálidos, de cabezas amarradas con pañuelos, de ojos hondos y mirada vaga, sino por el pánico, por el miedo cervical que habían infundido en los regenerantes. La arremetida había sido tan grande, tan horrible, que estos tres veces humillados enemigos no osaban todavía dejarse ver. Seguían en sus trincheras formidables, y aun después, con mucho de pasado el cruento choque, apenas se atrevían a sacar las narices por entre las rendijas de ellas, a manera de armadillos en sus huecos. Estando en tal manera, cuando querían asegurarse de su situación, pegaban el ojo al enrejao de los parapetos, aguzaban el oído y tendían la mirada; si veían todavía el suelo sembrado de cadáveres, temblando volvían a agazaparse y a hundirse en sus zanjas...

Cuando hube llegado a la casa de madera que se asienta en la cumbre de la loma y visto desde ella el campo en donde se había cumplido el drama, mi dolor fue más hondo y más intenso aún, porque si bien es cierto que al discutir el plan de ataque en La Chorrera, sin ninguna confusión había surgido ese campo en mi memoria y lo había transmitido así a los demás, en esa vez se descorría más distinto, más diáfano todavía a mi vista, sin la vaguedad del recuerdo. Es claro que todos tenían que verlo así, y ¿cómo era posible que viéndolo y sabiendo que en la estrechura del fondo estaba atrincherado el enemigo,

hubiera podido intentarse penetrar a la ciudad por tal estrechura? Abajo de esa loma, a corta distancia, rodaba el mar sus olas, dejando al descubierto, en seco, al retirarse con la marea baja, una extensión de media milla de playa. El enemigo no había levantado, no habría podido nunca levantar trincheras en ella. ¿Por qué, pues, de noche, validos de las sombras, no habían intentado entrar a la ciudad, por ese lado?

Así me interrogaba en balde a mí mismo, mientras contemplaba el panorama, y asimismo interrogaba a aquellos tristes y sombríos oficiales que se habían agrupado a mi alrededor. Inútil era; porque hay errores inexplicables y preguntas que no pueden contestarse. Cuántos de ellos decían haber advertido a Herrera revelándole la verdad. Triste consuelo ése, como el de todas las desgracias, el de lamentarse uno de no haber hecho lo que habría podido hacer para evitarlas. Los procedimientos diversos que entonces indica la prudencia, son como las virtudes de un muerto querido que no se ha de volver a ver. Recordamos esos medios y procedimientos de un modo inequívoco y rehaciendo el episodio, creemos seguir la estela luminosa que dejan hasta coronar el éxito.

Todos estaban de acuerdo en que los errores venían de muy atrás...

En Corozal, decían, triunfamos, porque triunfar era lo inevitable. Albán cometió allí el gran error militar: avanzó sus fuerzas como por un tubo, que es la línea del ferrocarril, y cuando llegó a la boca angosta de esa especie de embudo, se encontró con el "Robles" y el "Uribe Uribe" que le cerraban el paso. Dos compañías del "Libres" de Chiriquí y los escuadrones "Patria" y "Libres de Colombia" dieron la victoria. Cuando Herrera llegó al lugar del combate, se halló con la aprehensión o captura de los prisioneros. Llegó a tiempo para cobrar el precio de la victoria, y ese precio, que era la ocupación o conquista de Panamá, no lo cobró. Todavía a su llegada se oían las pisadas de los fugitivos y podía ponérseles los pies en los talones. La ciudad estaba tan cerca, que allí se oyen las campanas de su catedral. Transimenes está infinitamente más lejos de Roma, y todo el mundo está conforme en atribuir la pérdida de ésta para Anibal a su vacilación después de la victoria; y Herrera vaciló, no por falta de advertencias. Nicholson, por ejemplo, Salamanca, Cano, Aparicio, Salgado, Quintero y otros más, se lo rogaron. Exponen muchos de estos que decía: "No tengo orden de seguir", lo que de ninguna manera lo excusa, porque tampoco tenía orden de pelear, fuera del plan acordado, y había peleado, y así con otras cosas. Quien ha hecho lo más, bien puede hacer lo menos. Hay desobediencias sublimes. Las órdenes en campaña se cumplen o no, según el criterio de quien las recibe. Me refiero a las órdenes relativas a las operaciones, cuando estas deben realizarse fuera de la vista de quien las ha dictado. Todo el que conozca la guerra franco-prusiana sabe que Moltke fue desobedecido varias veces por sus subalternos durante esa guerra y que el gran maestro aprobó la desobediencia. Hubo más: de Panamá salieron varias personas a pintarle a Herrera la situación de ésta y a rogarle siguiera a ocuparla sin pérdida de tiempo. Una de esas personas fue una joven patriota, hija de Benjamín Ruiz, y la otra Ulpiano Sencial.

El desconcierto en la ciudad, era grande: ¿qué esperaba Herrera? Es imposible saberlo; es más bien fácil adivinarlo.

El 21 lo empleó, lo mismo que el siguiente, en cruzarse notas con Albán. Intimó la rendición de la ciudad y, mientras le enviaron la respuesta, los ene-

migos tuvieron tiempo sobrado de reponerse del pánico. ¿Quién no ve que el que pide pudiendo tomar es porque no está seguro de su derecho o de su poder, que en la guerra se denomina fuerza? ¿Quién no comprende hoy que la intimación de rendición es un meter miedo banal? Preciso es creer que Herrera no sabía, antes de llegar a Corozal, lo que tendría que hacer, y vaciló al llegar allí. En la vida hay siempre un cuarto de hora fatal: lo tienen las mujeres, según dice Rabelais; y seguramente lo tienen también los hombres. Napoleón decía que había observado que siempre es un cuarto de hora el que decide de los destinos de una batalla. ¡Ay! Herrera tuvo muchos cuartos de hora: Calcúlese cuántos tuvo en tres días seguidos...

Durante esos tres días se preocupó más de las pocas tropas que debían operar por Farfán, que de sus mil doscientos hombres y de la captura de la ciudad. No puedo creer que su objetivo esencial no fuese la ocupación de Panamá, sino hacer frustráneo el plan de ataque concertado por mí y acogido en consejo de jefes, diferente de como había indicado él; pero es evidente que no supo aprovechar los instantes embriagado por el triunfo.

Mientras tanto, el enemigo, repuesto de la derrota sufrida y del pánico consiguiente, ahondaba zanjás en la barranca de Pueblonuevo y levantaba parapetos inexpugnables, con rieles de acero y durmientes de cocobolo y guayacán.

El 22, al medio día, avanzaron las tropas sobre "Perry's Hill", y el 23 en la tarde, se unieron con las del general Ramírez, que al fin llegó. Era esta fuerza el batallón Cazadores del Pindo, por el estilo de nuestros diminutos batallones, de 105 hombres, más bien menos que más.

Al declinar la tarde de ese día tuvo Herrera otra inspiración desgraciada: la de retirar de Corozal las fuerzas que interceptaban la línea del ferrocarril y que aseguraban nuestra fácil retirada por allí. Con esto rompía, por decirlo así, nuestro cordón umbilical. Nuestro claustro materno, lo que nos había dado el ser, estaba en los pueblos del interior del Istmo, y era por allí, por Corozal, por donde podíamos ponernos en rápida comunicación con la madre cariñosa que todo podía darnoslo: ganado, víveres, hombres y entusiasmo.

Era evidente que en cualquier desastre no podíamos contar con nuestras naves, por su poca capacidad, por la dificultad del embarque en toda esa costa, desde Paitilla hasta el Bayano, y por la precaria suerte que correríamos cruzando el golfo en busca de los pueblos del interior del Istmo, al paso de cuatro millas por hora, que era el andar de "La Cisterna", y con tres o cuatro bongos a remolque.

En tales condiciones, tenía que quedar nuestro ejército a merced del adversario y en imposibilidad de poder realizar acción militar ninguna. Pero así quedó dispuesto por él, y el 24 en la mañana, a las cinco, el ejército se puso en situación de combate. En ese instante, con la luz del alba, se avistaron los buques en que llegaba Chauz con las fuerzas que debían operar por la Boca, y se esperó que llegara.

A las ocho de la mañana, comenzó la lucha...

Imagínese cómo tuvo lugar: dos batallones por la playa, cinco por el centro y dos más por San Miguel, en busca de la orilla del pantano. Eso era lo que Herrera llamaba los tres cuerpos: ala izquierda, centro y ala derecha; cosa simplemente ficticia. Por donde él echaba el grupo, la multitud de patriotas, de simples y abnegados, no había más que una estrechura de 700 a 800 metros, mermados por el pantano que forma el estero de Peña Prieta.

Los demás eran callejones que desembocaban a esta estrechura: callejón entre cercas de alambre, barrancos y pantanos. ¡Que horror! ¡Si siquiera hubiera esperas de la marea baja! Así el callejón de la playa no hubiera sido de treinta varas, sino de mil o dos mil... Si siquiera hubiera llevado corta-fríos, así, rotas con ellos las cercas de alambres, se hubiera agrandado el callejón de Calidonia... Se lo habían indicado así, y a Carlos Jaramillo y Manuel Patiño, que fueron los primeros en decírselo, les contestó: "No importa; arremetan de firme y les dejarán el campo."

Francisco Manzano, salvadoreño, tan atronado como simpático y valiente, se había ido gateando en la noche precedente, arrastrándose por entre la maleza y los escobillales, habiendo llegado tan cerca de las trincheras de los enemigos, que los vio fumar, oyó sus conversaciones y apreció la forma y condición de sus parapetos. Volvió presuroso al campamento y se lo contó todo al general. Le dijo: "Las trincheras están hechas sobre zanjas con rieles de acero y durmientes, formando aspilleras en cada cruzamiento de las primeras con éstos; en el puente tienen además alambres y planchas de hierro; cierran directamente la entrada de la ciudad, formando una línea transversal y dos líneas oblicuas, convergentes entre el mar y el pantano; el terreno se halla despejado en su frente por los tres callejones y con árboles y matorrales en los intermedios de éstos; sus flancos por el mar y pantano dichos, son inabordable; en fin, conservan fácil comunicación entre sí y con la ciudad..."

Herrera replicó: "No importa; habrá sus dijuntos", y Salamanca, a la sazón allí, agregaba: "El puente será nuestro; dos horas y es bastante..."

¡Qué lenguaje! Así hablar suelen los guapos; pero también hablan así los ignorantes. El partido liberal es de esos: confiado, sencillo e incauto, pródigo de su sangre. El conservador no creía entonces sino que el liberalismo lo componían forajidos y tal como ordenaba los dolores profundos con que deploraba la muerte de sus héroes cristianos, así decretaba la calificación de malhechores con que execraba a los luchadores liberales. Cuestión de parecer. ¿No loan, al contrario, los últimos, la sencillez ovejil con que dan su pecho franco, abierto, para que dispare sobre él el godo agazapado? No creo que sea ignorancia de ellos. Napoleón decía que para saber cómo se dan batallas había que leer y meditar las relaciones de 150 de las dadas por los demás grandes capitanes. ¿Y quién no lee hoy el doble de esas relaciones en los periódicos con que la prensa vocea la historia por todos los rincones del mundo? ¿Quién ignora lo que es pelear contra un enemigo atrincherado? ¿No lo habíamos visto ya en Bejuco? "No importa; arremetan y les dejarán el campo".

Con esa fe, ¡imagínese cómo sería la hecatombe!

Entraron, no por pelotones, sino en masa; doscientos y tantos hombres por un lado, doscientos y tantos hombres por otro, y algo más de quinientos por el centro; y no podían entrar de otro modo, porque no tenían campo para maniobrar en orden de batalla, ni por columnas, con distancias enteras o medias distancias...

¡Si al menos se hubieran hecho preceder de tiradores! Estos van como grupo de cazadores que acechan una res, se arrastran por el suelo, se ocultan detrás de las matas, se agachan a la espalda del menor relieve del terreno haciendo fuego cuando pueden, zafando el bulto de la puntería que les hace el contrario. Apoderados de una cuneta, de un barranco, entonces son reforzados por una nueva sección, que va también arañando el suelo, ganando paso a paso el campo. ¿Así? ¿De tal modo? ¡No! Proceder así debía parecer indigno

del partido liberal. Mejor era lanzarse impertérrito con entusiasmo, con esa especie de frenesí del gran partido, es decir, en masa, como en la infancia del arte de la guerra, sin ningún ataque preparatorio, de viaje, con un solo choque general y único.

La distancia era grande, y por eso debía iniciarse el combate con la artillería, para destrozarse la artillería del contrario, derruir sus defensas, sus abrigos, mantener su ánimo en estado de tensión y producir en él gran fatiga física y moral para preparar el éxito de las operaciones subsiguientes. La artillería sirve para eso; allí no. ¿Quién iba a tener paciencia para ese entretenimiento de bombas? Mano a mano era mejor, y frente a frente, a cincuenta varas del enemigo, cañón *contra cañón*, metralleta contra metralleta, cuerpo a cuerpo, como en un pugilato; pero eso sí, el uno a cara descubierta y el otro atrincherado...

El deseo, el ansia voraz, era de llegar al pelo, a las orejas, a las zancadillas y topotar boca con boca, diente con diente...

Entonces sucedió lo que debía suceder, que el conservador los dejó ir, agazapado, en acecho, conteniendo la respiración, pegando el ojo a las rendijas, tendiendo la mirada, fija el arma, apoyado el dedo en el gatillo. Los dejó ir, más, un poco más, y cuando los tuvo cerca, bien cerca, disparó con absoluta impunidad, dejándose oír la primera estentórea explosión. ¡Oh nobles! ¡Oh incautos camaradas!

La metralleta, como un granizo rasante, ha derribado pelotones íntegros, y por entre una atmósfera de humo y de sangre, de olor a pólvora y a trapo quemado, se ven rodar por el suelo, agitándose en las agonías de la muerte, hombres y bestias en horrible confusión.

Se oye el grito de ¡viva el partido liberal! y de nuevo otros pelotones avanzan, saltando sobre los muertos... El enemigo feroz los deja ir de nuevo agazapado, en acecho, pegando el ojo a la rendija, tendiendo la mirada, y cuando están cerca, más, un poco más, vuelve y dispara, y el ronco acento va rebotando con lúgubre cadencia. Otros ruedan también, como hierbas segadas, pero hay que seguir y coronar la meta.

San Miguel, la ermita de piedra, ha caído en nuestras manos; y la mosquearía, no obstante la lluvia torrencial que se desata, acrece su intensidad; la crepitación anuncia mayor encarnizamiento; renacen nuevos bríos; alienta la esperanza, y ya creen los nuestros asegurada la victoria. Sin embargo, ese inconcebible brío de leones va a estrellarse contra lo inexpugnable. Lo serio no está en los parapetos; está, y junto con lo horrible, en aquel callejón del infierno que ruga y relampaguea de un modo siniestro. Hay un punto en él desde el cual no tienen, hasta el puente del ferrocarril, ocupado por el enemigo, ninguna torcedura ni recodo, y desde ese punto es preciso recorrer andando de frente, algo más de cuatrocientos metros. ¿Qué podían hacer los héroes desequilibrados, enloquecidos, a quienes atrae ese puente como el imán atrae las limaduras de hierro? Seguir adelante. Ya han entrado, y no pueden detenerse porque eso es sucumbir; ni retroceder, porque eso equivale a la vergüenza. Como ola embravecida avanzan, pues, y el godo, agazapado, apunta pegando el ojo en la rendija, tendiendo la mirada. ¡Oh tristes! El trueno estalla y la masa de héroes rueda, triturada, en montones informes, boca abajo, boca arriba, de lado, y unos sobre otros, como al soplo del niño, las falanges de sus soldados de plomo...

Sólo por ese increíble amor que despierta la doctrina liberal, puede expli-

carse ese desprecio extraordinario por la vida. En lucha tan desigual, nuestros fuegos son sin éxito; esfuerzos vanos que un destino implacable burla...

Ya declina la tarde; el sol se esconde, y aquel gran esfuerzo, hecho con la vislumbre de la victoria, empieza a declinar también. Han caído tantos en diez horas de recibir la muerte a quemarropa... En ese instante todavía se ven rostros sudorosos estremecidos por las contracciones del furor sublime. El enemigo, sintiéndose invencible, redobla sus esfuerzos. Fusilería y metralleta, el fragor es horrendo. Sigue matando, destruyendo todo lo que se pone a su alcance; su furia salvaje elige víctimas: Joaquín Arosemena, Fabio Tejada. ¿Quién puede desconocerlos? Generales, coroneles, oficiales y sargentos son los preferidos...

Al fin, la tragedia toca a la escena desbordante de dolor; los restos de nuestros batallones, mezclados en terrible confusión, son sólo un torbellino de hombres que caen, y los que aún viven, sintiendo acabárseles la esperanza de la victoria, ceden a la imposición de la desgracia que extiende su velo sombrío sobre aquel campo, cubierto de sangrientos despojos; sangre noble y generosa que humea como antorcha funeraria que pronto se va a extinguir.

Los heridos se arrastran penosamente, con inauditos esfuerzos, caen, se levantan de nuevo, blancos como la cera, helados por la proximidad de las sombras, dan pasos vacilantes, dejando surcos de sangre, y vuelven a caer exánimes: desesperados otros, se esfuerzan por seguir las huellas de los pelotones que se van retirando. El sol, oculto ya detrás del impassible Ancón, refleja un débil fondo rojo sobre ese lúgubre cuadro, y entre tanto, el godo, agazapado, apoya el rifle, convulsivo aguarda, pegando el ojo a las rendijas, tendiendo la mirada... Nadie se acerca. ¡Caídos están todos!... Al día siguiente reinaba en "Perry's Hill" tristeza inmensa... El ejército de bravos y abnegados, mutilado a la mitad, no era sino un ejército de estatuas, de momias o de sombras, pues el hambre, la fatiga y el continuo contacto con las escenas horripilantes del campo de batalla, embetaban su espíritu y les daban un aspecto de indiferencia glacial. Allí estaban a pie firme, como dicen, sobre el lodo y bajo el agua, ocupando sus primeras posiciones; pero no era por ellos mismos, los desventurados, de rostros pálidos, de cabezas envendajadas, de ojos hondos y mirada vaga, sino por el pismo, por el miedo cerval que habían infundido en los regenerantes...

Lo demás no es para mí sino un kaleidoscopio de sombras chinescas. Reorganización del destrozado ejército; armisticio o suspensión de hostilidades, ambulancias y cruz roja: todo eso pasa por mi mente de un modo oscuro y vago.

El anuncio de la llegada a Colón de 1.250 hombres al mando del titulado general José María Campo Serrano, y el de la próxima llegada de "La Boyacá", con 150, fueron dados por los cónsules de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, y por el director de la compañía del Canal, que fueron a vernos y a ofrecernos su mediación. "Nosotros —nos habían dicho esos señores— no estamos en favor de ninguno de los dos contendientes, pero si desearíamos que llegaran a un arreglo honroso sin más derramamiento. Todo otro asalto a la ciudad, sería ya hoy del todo estéril"...

La revelación fue horrible; cayó sobre nosotros como ciclópea maza. Si el gobierno podía enviar tropas de Barranquilla al Istmo, seguramente era porque ya no había para él cuidados por esa parte y habíamos —como se venía aseverando— sucumbido en Palonegro. Nuestra flotilla del Atlántico

tenía, además, que haber desaparecido de las aguas colombianas, conforme a los rumores que nos habían llegado, pues de otro modo no viajaría tan impunemente ningún buque con tropas de Barranquilla a Colón. Tales las inducciones a que daban lugar las afirmaciones del cuerpo consular. Aceptamos, pues, la mediación y consiguiente suspensión de hostilidades que, por su medio, se nos proponía; y reunidos Herrera, Chaux y yo, nos dimos a estudiar la situación. En la noche ya vimos claro lo que debíamos hacer. El enemigo rompía hostilidades, no obstante el compromiso con los cónsules, premeditadamente, para recuperar la iglesia de San Miguel, posición cuya pérdida le tenía humillado, y para facilitar la llegada de los refuerzos llevados por Campo Serrano. No pensamos ya sino en el modo de salvar los restos del ejército.

La imposibilidad de hacerlo era casi absoluta, pues en Perry's Hill, cortada nuestra salida por Corozal, estábamos como en un saco, cuyo fondo era Chepo, y en una retirada a ese punto, para continuar la lucha por allí llegado que hubiéramos a él, no tendríamos gente con qué engrosar las filas ni víveres suficientes para sostenernos, ni campo para emprender operación ninguna seria. La retirada sólo podía tener por objeto buscar nuestra flotilla para escapar en ella y seguir la lucha en otro punto; pero, aparte de que en nuestros barcos difícilmente podíamos movilizar más de 300 hombres, no teníamos en la costa sino dos puertos conocidos de abordaje, y esos puertos eran el mismo de La Caja, a la vista de Panamá, y el del río Bayano, en Chepo.

Nos colocábamos en una alternativa tremenda: o íbamos a Chepo o nos dirigíamos a la boca de La Caja dicha. Para ambas retiradas nos veíamos en la forzosa necesidad de abandonar nuestros 200 heridos, y en la de perder 500 o 600 rifles, correspondientes a nuestras bajas, que no nos sería posible transportar. Separadamente tendríamos, además, para cada una de ellas lo siguiente: por la boca de La Caja, el abandono de 300, si no más, de nuestros compañeros, y ¿cuáles iban a ser éstos? Por Chepo tendríamos la seguridad de que el enemigo, antes talvez de que llegáramos, nos cerraría la boca del Bayano con "La Boyacá" o con cualquiera otra nave armada en guerra; y si lo hacía, quedaríamos sin poder salir al mar, sin poder avanzar más, de Chepo en adelante, por el ¡alto ahí! de selvas no tocadas ni por la planta de los españoles, y amenazados por detrás por un enemigo superior que iría en nuestro alcance.

Equivaldría esa retirada, sin contar con la aspereza y fragosidad de los caminos, en los cuales empleó Ramírez con 100 caucanos diez o doce jornadas, al desastre total, a la pérdida total de nuestra gente, de nuestras naves y de nuestras armas.

Por la boca de La Caja había un peligro inmenso, aparte del abandono de la mitad de nuestra gente, y consistía en la dificultad y lentitud del embarque y en que estando esa boca tan cerca de Panamá —a su vista— podían aplastarnos mientras nos pusiéramos a realizarlo. Para comprenderlo, bastaba hacer el cálculo del tiempo que se emplearía en embarcar 300 hombres por medio de cuatro o seis malos botes en los que no cabían 15, a buques anclados a dos mil o tres mil metros de la costa, y tener presente que de Panamá a la boca de La Caja no hay por tierra más que una hora.

¿A qué hablar de la falta de combustible para los buques de vapor; del tardo andar de "La Cisterna" y de las dificultades y peligros de una travesía con cuatro o cinco bongos y otros tantos botes a remolque? Era claro que sólo nos quedaban dos medios para poder salvar las naves y la mayor parte del

armamento y de la gente, y eran el de contener o el de entretener al enemigo en donde estábamos, mientras tanto. Para contenerlo había que hacerle frente e impedirle el paso con los hombres que no se pudieran ir, y para entretenerlo, con uno solo era bastante.

Con rubor lo digo, porque no sé mentir y no debo ni puedo mentir: mi relación ha de ser rotundamente verídica. Puesto que Chaux y Herrera eran de los que se querían ir a continuar la lucha, ese hombre que debía entretener al enemigo tenía forzosamente que ser yo. ¿Por qué había de vacilar un solo instante?... Contener al enemigo en Perry's Hill con la gente que no podía irse, ¿no equivalía a hacer perecer esa gente? ¿No era mejor el sacrificio de uno solo?

¿No había ido allí a prestar un nombre, como quien da su capa, para cubrir las pudendas de un yerro o el recato de nuestra consumada ruina?

Mendoza aceptó conmigo el sacrificio, y recibió las credenciales que le dio Herrera para firmar la rendición en los términos propuestos por Albán.

¡Cómo se habían cambiado los papeles! Desde la madrugada, al amanecer del 26, las tropas llevadas al Istmo por Campo Serrano estaban tendidas en la línea del ferrocarril, cerrándonos el paso para Corozal; y así, idos ya Paulo Emilio Morales, Chaux, Ramírez, Toledo y Herrera, con todos los que quisieron irse, llevándose mil rifles, cien mil tiros, tres a cinco mil pesos, dos cañones y giros por valor de cuatro mil quinientos pesos contra el señor Mauricio Halphen, comerciante de David —los que más tarde hizo efectivos el general Benjamín Herrera, cuando actuaba como jefe de operaciones en la nombrada población— a la vista de aquellas tropas o al alcance de sus proyectiles, se firmó el arreglo por Mendoza, a nombre del general Emiliano Herrera, y fue aprobado por mí.

Poco a poco me fui quedando solo en Perry's Hill. El primero que se alejó de mí, fue Mendoza, cuyo hermano acababan de alzar del campo de batalla... No fue nunca ese amigo hombre de sensiblerías, pero en esa vez no pudo más: ¡tan quebrantada tenía el alma!

"Amigos en la adversidad —me dijo, estrechándome en sus brazos— amigos de siempre."

A las cuatro inundaron el campamento grupos de amigos de la ciudad, de curiosos y de enemigos...

A las cinco, un cuerpo de guardia pretoriana comenzó a subir la loma a hacerse cargo de nuestro campamento, y los pocos amigos que entonces me rodeaban, me hicieron ver que era tiempo ya de abandonar ese calvario en donde parecía detenerme, encadenado, el infortunio.

Bajamos, pues, a la amplia senda que conduce a la ciudad, por donde únicamente podíamos llegar a ella, y a pocas vueltas, ahogados por terrible pestilencia, nos internamos en el callejón fatal en donde se había cumplido la más terrible escena del sangriento drama. La perspectiva que se descorrió a la vista fue espantosa. Empezamos a andar por entre cadáveres, a uno y otro lado del camino, extendidos unos, amoratados y encharcados en el lodo o en su propia sangre; sentados o de bruces o encogidos otros; cuáles con espumarajos en la boca; muchos con cara como de cera, reflejando en sus rostros y en su actitud inerte la última impresión violenta de la vida; tumefactos casi todos, inconocibles y en estado de descomposición... Los cuervos se cernían graznando, y salvo algunos individuos que se veían a lo lejos, sobre el puente, la calle estaba solitaria y silenciosa, abandonadas las casas, entreabiertas las

puertas, dejando ver dentro de algunas de ellas montones de cadáveres en diferentes posiciones... Contemplé con angustia el lugar donde cayó Temístocles Díaz... Aquí, me decían, cayó Agüero; acá Joaquín Arosemena; allá Juan A. Mendoza; ése es Samuel Rostrup; aquél, Diego Miranda...

Partía el corazón ver aún insepulto, en ese campo de desolación, a Fabio Tejada, anciano de cerca de setenta años; y como él, a otros muchos a quienes dio bríos la libertad por que pelearon y rindieron la existencia.

Lugares había en donde se adivinaba el paso de la metralla barriendo el terreno, levantando en torbellino agua negruzca y sangre... Otros por donde se veía bien que el herido se había arrastrado con dificultad.

Como con una montaña de plomo que oprimía el corazón, después de atravesar ese osario de amigos, de camaradas y de hermanos, al llegar al puente volvimos a mirar atrás. No había detalles; sólo una calle larga de amargura y en ella un fondo lúgubre, silencioso y desolado. El sol, oculto ya tras el impenetrable Ancón, reflejaba un débil crepúsculo rojo sobre el tenebroso cuadro...

¡Oh tristes! ¡Oh nobles! ¡Oh incautos camaradas! El vencedor que os nombró filibusteros, como un trofeo de victoria vuestros despojos guarda, esparcidos aquí y acullá en ese suelo que habéis hecho legendario con vuestra abnegación, vuestro arrojo y vuestro holocausto. No animaréis ya las legiones del futuro; pero vais a servir de jemplo, denodados precursores de la gloria. En el Istmo no habrá más siervos, ni se contarán los hombres, como ovejas, por manadas. Sois un lóbrego silencio y en vuestras tumbas no se ostenta ningún fastuoso y significativo epitafio; pero no podrá pasar por Calidonia ningún godo sin estremecerse y sentir nerviosa crepitación de quijadas. Mañana, cuando luzca la libertad de todos y para todos en la patria, un gran monumento señalará el lugar, hoy melancólico, de vuestra heroicidad sublime...

Al terminar la confrontación del relato que antecede, nos llega la dolorosa noticia de que el doctor Porras acaba de fallecer en Panamá.

El doctor Porras fue un gran caballero y hombre de refinada cultura científica, intelectual, política y social. Amó mucho a Colombia. Aquí en Bogotá hizo sus estudios y fue diplomado en ciencias económicas y jurídicas. Condenó la separación de Panamá, no aceptándola sino algún tiempo después, como un hecho cumplido irremediable. Lo conocimos en Panamá el 26 de julio de 1900. A las 9 de la mañana de ese día cruzamos a caballo el campo sembrado de cadáveres, que él tan bellamente describe, y nos fuimos a su cuartel general, situado en Perry's Hill. En dos palabras acordamos la paz, pero hubo hechos emocionantes que relatamos en una página especial de estas *Memorias*. Escribió el doctor Porras un bello libro sobre las campañas del Istmo, que nos remitió con una cordial dedicatoria. Allí pudimos apreciar sus grandes sufrimientos en esa campaña memorable, iniciada

en Guatemala cuando él, el general Uribe Uribe y el doctor Modesto Garcés iban a pedirle al engréido tiranuelo Estrada Cabrera elementos bélicos para la guerra que proyectaban. Lo seguimos después en sus correrías por San Salvador, en idéntica misión, ante el pequeño sátrapa de ese país, José Regalado. Conocimos todas sus peripecias ante José Santos Zelaya, dictador de Nicaragua, quien se avino a prestarle valiosos auxilios mediante la decisiva intervención del general Eloy Alfaro. Por último, lo vimos salir de Nicaragua con su expedición, a bordo de la cañonera "Momotombo", de propiedad de ese país; desembarcar en Punta Burica, en un paraje solitario y cenagoso, abrumado por toda clase de penalidades y de plagas; avanzar por todo el territorio de Panamá con sus tropas, que aumentaba diariamente, para ir a estrellarse, con ellas, ante nuestras fortificaciones del puente de Calidonia. En la república de Panamá, fue tres veces presidente. Sus administraciones fueron eminentemente progresistas. Dejó obras de incalculable valor, de las cuales tuvimos ocasión de hablar hace dos años, a nuestro regreso de Panamá, en extenso reportaje que publicó "El Siglo". Hace pocos días, al despedirnos del embajador Ernesto de la Guardia, quien estuvo en esta ciudad en la trasmisión del mando y que fue uno de nuestros grandes compañeros en aquellos tiempos de lucha, le dijimos: "Démele un abrazo al doctor Porras y exprésele mi deseo de que viva algún tiempo más, porque próximamente iré a visitarlo." La Divina Providencia ha dispuesto otra cosa. Que se cumplan sus eternos designios. El doctor Porras desciende a la tumba a los 85 años de edad.

## CAPITULO VI

### OTROS DOCUMENTOS RELATIVOS A LA BATALLA DE PANAMA

El 26 de julio de 1900 fue día de gloria para las armas nacionales y de legítimo orgullo para el autor de estos recuerdos históricos, quien, como se recordará, había asumido, desde el 22 y por especial delegación del general Albán, el mando de las fuerzas acantonadas en el Istmo y la dirección de la batalla que se estaba librando. Recuérdese que desde Punta Burica, en el norte del departamento, hasta la población de La Chorrera, en las goteras de la ciudad capital, el avance de las fuerzas revolucionarias había sido una verdadera marcha triunfal, en la cual se apuntaban victorias tan importantes como la de Bejuco y los llanos de Capira, en donde el ejército del gobierno había sido terriblemente reducido por la metralla enemiga. Recuérdese que desde el 22 de julio algunos de los principales jefes del ejército nacional habían abandonado la ciudad y buscado refugio en un buque de guerra inglés (el "Leander"), anclado en esa bahía, porque consideraban que la acción empeñada era no solamente absurda sino temeraria y altamente perjudicial para la ciudad capital y para su valioso comercio. Sépase que, en la mañana del 22, una respetabilísima comisión de notables de la ciudad, encabezada por don Guillermo Lewis, conferenció largamente con el autor de estas páginas con el propósito de inducirlo a aceptar la capitulación honrosa que el enemigo nos había ofrecido por el intermedio del cuerpo consular.

Recuérdese el lenguaje amenazador de los jefes revolucionarios, quienes en forma jactanciosa nos invitaban a salir de la ciudad a combatir con ellos para no verse en la "necesidad imprescindible de ir a la capital a arrojarnos de nuestros cuarteles" llegando a plantearnos este preciso dilema: "o que las fuerzas dictatoriales salgan a batirse en despoblado con el *ejército restaurador*, o que se entreguen a discreción las plazas de Panamá y

Colón, con los elementos de guerra que en ellas existen." Recuérdese finalmente que la moral de nuestras fuerzas había decaído considerablemente desde la derrota de Bejuco, y entonces se comprenderá claramente por qué nuestro brillante triunfo del 26 de julio fue una inesperada sorpresa para el ejército vencido, para el ejército vencedor, para el cuerpo consular que había estimado inevitable nuestra derrota, para la ciudadanía panameña que seguía paso a paso todos los accidentes de la batalla en sus seis días y sus seis noches de incesante lucha y aun para los países vecinos que esperaban con ansiedad el resultado del sangriento duelo.

Naturalmente, el entusiasmo, la alegría y la admiración entre los amigos de nuestra causa, se difundió como creciente ola por todas las esferas de la sociedad. Las señoritas más distinguidas residentes en la capital organizaban bellas fiestas para agasajar a los bravos combatientes que, en memorable lucha desigual, acababan de cubrirse de gloria; la iglesia realizaba solemnes actos de acción de gracias a la Divina Providencia por los beneficios recibidos; los vencedores se entregaban a los más nobles y merecidos esparcimientos, sin herir en lo más mínimo el amor propio de los vencidos; en una palabra, en aquellos días Panamá se vistió de gala para celebrar el triunfo de nuestras armas y para saludar y bendecir las bellas auroras de la paz.

El Consejo Municipal de la ciudad no podía quedarse atrás en aquel desborde de entusiasmo, y aprobó por unanimidad, en sesión extraordinaria, el siguiente acuerdo:

#### EL CONSEJO MUNICIPAL DE PANAMA.

##### CONSIDERANDO:

Que los beneméritos generales doctor don CARLOS ALBAN y don VICTOR MANUEL SALAZAR, y todos los jefes, oficiales y soldados que defendieron esta ciudad en la gran batalla librada del 21 al 26 de julio último, se han hecho merecedores, por tal motivo, de la gratitud de todos los buenos hijos de la república, pero en especial de los habitantes de esta ciudad;

Que en seis días consecutivos y dos noches enteras de reñido batallar, los defensores del gobierno legítimo han conquistado el título de héroes, resistiendo con 400 hombres a los valerosos enemigos, en número de dos mil;

Que a pesar de exótica presión que compelia al general Albán a que rindiera la plaza, él, con un valor moral poco común, que tiene mayor mérito que la misma cruenta batalla, resistió esas sugerencias y decidió defender esta plaza, como tan heroicamente la defendió;

Que la batalla librada en Corozal y Panamá es de incalculable impor-

tancia, no sólo porque el triunfo del gobierno legítimo ha librado a esta población de grandes calamidades, sino porque, tomada esta ciudad, el enemigo, lleno de recursos, habría incendiado el departamento del Cauca y atacado la costa de Bolívar, volviendo así a encenderse de manera portentosa la guerra civil, que dichosamente está hoy agonizante;

Que a los méritos militares del general ALBAN, se unen los de una generosidad sin límites, habiendo llegado al extremo de dejar en libertad a los jefes y soldados del enemigo, entre los cuales se encontraban invasores extranjeros, y haber puesto en libertad a más de doscientos presos políticos que había en las cárceles, y haber celebrado tratados con un enemigo completamente derrotado;

Que es un deber dar muestras públicas de reconocimiento a los buenos servidores de la patria y hacer constar este reconocimiento por algunos de los medios adoptados en todo país civilizado,

#### RESUELVE:

Confíreseles el título de hijos esclarecidos de esta ciudad de Panamá, al heroico y magnánimo general caucano, doctor CARLOS ALBAN y al bizarro general antioqueño, VICTOR M. SALAZAR.

En conmemoración de la brillante jornada del 21 al 26 de julio del presente año y de la magnanimidad del general ALBAN con los vencidos, se donará al expresado general una gran medalla de oro que recuerde la gratitud de los habitantes de esta ciudad. La medalla tendrá la inscripción y grabados que se acuerde separadamente.

Una medalla del mismo metal y dimensiones que la expresada anteriormente, se concederá al valiente general VICTOR MANUEL SALAZAR, por los servicios inestimables prestados por él en tan heroica jornada, en la cual hizo lucir las armas de la república y puso en evidencia sus relevantes dotes de cultura, arrojo y bazarria.

A cada uno de los que más se hayan distinguido en la expresada contienda, se le concederá una medalla de oro de las dimensiones de un franco.

Una medalla de plata de las mismas dimensiones se concederá a los que sigan en merecimientos a los que se han hecho acreedores a la anterior; y los restantes, en general, recibirán una mención honorífica.

Para la calificación del mérito no se tendrán en cuenta los grados militares.

Créase una junta de calificación, que constará de cinco miembros, de la cual formará parte el presidente del consejo y que será nombrada por éste, la cual se encargará de hacer las calificaciones y distribuir las medallas y títulos.

Para atender a los gastos que demanda esta proposición, se hará una colecta entre los buenos hijos de esta ciudad y extranjeros, y sus nombres serán publicados en el registro municipal.

En caso de que la colecta no diere los fondos suficientes para atender a los gastos que demanda esta proposición, solicítase del próximo congreso la autorización necesaria para que, con fondos de este municipio, se pueda llevar a efecto.

El señor alcalde municipal queda encargado de recorrer las listas de suscripción, y la inversión de los fondos se hará en la tesorería municipal.

Publíquese para conocimiento del público, en hoja volante, y dése cuenta a los generales ALBAN y SALAZAR, por medio de una comisión nombrada al efecto.

En Panamá, a primero de agosto de mil novecientos.

El presidente, GABRIEL GUIZADO COSTA.—El secretario, Ernesto J. Coti.

Al mismo tiempo y por tratarse de un batallón antioqueño que se distinguió por su valor y su abnegación en aquella célebre jornada, el general Albán se dirigió al gobernador de Antioquia, en los siguientes términos:

Panamá, 27 de julio de 1900.—Buenaventura 27.  
Gobernación.—Medellín.

Después cinco días sangriento combate esta ciudad, revolucionarios rindiéronse capitulación honrosa. Fuerzas "Henao" pelearon firmemente. General Salazar, ascendido sobre campo de batalla.

Gobernador, **Carlos Albán**.

El general Francisco Jaramillo, jefe de la División "Antioquia", que llegó al campo de batalla en la mañana del glorioso 26 de julio, dirigió igualmente el siguiente telegrama:

Panamá, 27 de julio de 1900.—Buenaventura 27.  
Gobernador.—Medellín.

Triunfo completo. Fuerza antioqueña comportóse bizarramente. General Víctor Salazar ha sido el héroe de esta gloriosa jornada.

General, **Francisco Jaramillo U.**

Y el autor de estas páginas recibía el siguiente despacho:  
República de Colombia.—Departamento de Panamá.—Gobernación.—Comisión de Gobierno.—Número 59.—Panamá, 26 de julio de 1900.

Señor General D. Víctor M. Salazar.—Presente.

Muy grato me es comunicaros que por vuestro brillante comportamiento en los combates de 21 a 26 del presente mes, en los cuales las fuerzas del gobierno dejaron bien sentado el honor nacional distinguiéndoos por vuestro valor, constancia y decisión, he tenido el placer de ascenderos, por decreto de esta fecha, distinguido con el número 100, a General de División del Ejército de la República, seguro de que éste se congratulará por contaros entre sus bravos y dignos defensores.

Soy vuestro atento servidor y compatriota, **Carlos Albán**.

Por el siguiente oficio acusamos recibo de las medallas destinadas a los vencedores:

Barranquilla, marzo 14 de 1901.  
Sr. D. Luis María Calvo.—Panamá.

Estimado amigo:

Ayer, a mi regreso de la última campaña de Sabanas, tuve el placer de

recibir en esta ciudad, con su apreciable comunicación de dos de febrero último, la hermosa y elegante medalla de oro, obsequio con que me distinguen las señoritas conservadoras de Panamá, como manifestación de aprecio por los servicios prestados por mí a la causa conservadora, en la célebre jornada que se libró en esa ciudad en los últimos días de julio del año próximo pasado.

Con el mismo oficio recibí igualmente la no menos elegante y artística medalla, también de oro, que me envían por su honorable conducto los conservadores colombianos residentes en Guayaquil, impulsados por el mismo generoso sentimiento de las señoritas de Panamá; y ventidós medallas de plata destinadas por esa respetable colonia para los jefes y oficiales antioqueños que me acompañaron en aquella memorable acción.

La defensa de Panamá, que con razón ha alcanzado cierta justa celebridad en los anales de esta contienda legendaria, fue el resultado de un esfuerzo humano poderoso inspirado por Dios. Sin los favores de su protección omnipotente y divina, la guarnición de Panamá, corta en número y abatida profundamente por los rigores de aquel clima tórrido y por las fatigas de una lucha que no tuvo descanso, habría sido impotente para competir con un ejército cinco veces superior en número, provisto de magnífico armamento moderno y de abundantes pertrechos y alentado poderosamente por el recuerdo —todavía fresco— de recientes victorias.

Pero en medio del general desconcierto, creado por nuestra deplorable situación y por la voluntad vacilante de los que en momentos de terrible angustia perdieron la fe que salva y vence los más grandes peligros humanos, estaba la voluntad divina que fortalece, que inspira valor y confianza a un mismo tiempo y que escuda siempre a los que ofrecen su brazo a la justicia. Por eso, cuando al oído de nuestros valerosos soldados llegó el sombrío rumor de una capitulación ofrecida por el jefe enemigo, todos experimentaron la santa indignación de aquel a quien se le ofrece la vida en cambio de una deshonra perdurable y sintieron agitarse su espíritu, animados por una mano invisible que les enseñaba que el sacrificio es sublime y glorioso cuando se hace en defensa de una idea grande y noble y cuando nos amenazan de cerca los peligros de un deshonor.

Y el patriótico esfuerzo fue coronado por la victoria; la poderosa hueste invasora rindió sus pendones a la reducida guarnición; los cañones mercenarios apagaron sus fuegos, y el iris de la república conservadora y cristiana siguió brillando en lo más alto de las fortalezas levantadas por los soldados de la justicia, brindándoles a todos sus reflejos gloriosos.

Al aceptar hoy el precioso obsequio con que ese honorable gremio de señoritas de Panamá ha querido condecorar mi nombre, humilde y modesto, siéntome especialmente complacido, porque veo que corazones delicados se apasionan también en la lucha de las ideas y rinden obligante y valioso tributo de admiración a los soldados de su causa, encarnando de esa suerte las más felices y risueñas esperanzas del porvenir; y al recibir el no menos honoroso obsequio de nuestros amigos residentes en Guayaquil, quiero ver en ese acto patriótico, más que el premio de un esfuerzo, las manifestaciones de vitalidad y vigor de un partido político, cuyos miembros ausentes sienten con él sus dolores y concurren, con entusiasmo palpitante, a la fiesta en donde se celebran y glorifican sus triunfos.

Y ya que usted ha sido el honorable intermediario en esta expresiva manifestación a mis compañeros de fatiga y a mí, le ruego se sirva transmitir a

las señoritas conservadoras de esa ciudad y a la colonia de Guayaquil que nos la hacen, nuestros más vivos sentimientos de gratitud y de respeto.

Usted reciba el afectuoso saludo de su amigo sincero, **Víctor M. Salazar.**

Entre los jóvenes que asistieron a la batalla de Panamá y que sintieron los rigores de la lucha y experimentaron luego las incomparables emociones de la victoria, se encontraba el inspirado vate Rodolfo Caicedo, quien no pudiendo contener su admiración por los sublimes actos de heroísmo que había presenciado de parte de ambos ejércitos contendores, escribió y publicó el bello poema con que queremos engalanar estas páginas históricas, porque él trae a nuestra memoria, con acentos que el paso de los años no ha borrado, el recuerdo de aquellos tiempos gloriosos. Es quizá un documento demasiado personal, pero su carácter épico-descriptivo contribuirá eficazmente a fijar, en el cuerpo de estas memorias, la auténtica fisonomía histórica de aquel pasado legendario. Helo aquí:

### BATALLA DE PANAMA

HOMENAJE A LOS ILUSTRES GENERALES ALBAN Y SALAZAR

No son hombres, son fieras que se irritan! . . .  
 Las balas silban como sierpes locas  
 Y los cañones con fragor vomitan  
 Rayos y truenos de sus negras bocas;  
 Y aquellos bravos en su enojo imitan  
 A los titanes cuando lanzan rocas  
 Contra los dioses que el Olimpo habitan . . .

Al ancho firmamento  
 En siniestra espiral el humo sube  
 Y lo enlutece con aciaga nube . . .  
 Olor de sangre se respira . . . El viento  
 Conduce gritos de furor, bramidos,  
 Roncas blasfemias, lúgubres sonidos  
 Mezcla de maldición y de lamento.  
 Y al herir sus oídos  
 Las vibraciones del clarín agudo,  
 Ardido el rostro, sanguinoso el traje,  
 ¡Cómo aumentan los bravos su coraje  
 Para asestar de nuevo el golpe rudo!

¿Son de acero esos brazos? ¿De granito  
 Son esas almas en la lid serenas  
 De donde siempre se miró proscrito  
 El miedo vil? ¿Es lava de volcanes  
 La que hierve y circula en esas venas?  
 ¿Es soplo de huracanes  
 El que se hace sentir cuando en amenas  
 Florestas o en selvas seculares  
 Derriba encinas o en los hondos mares  
 Destroza velas y con ruda saña  
 La ola vuelve montaña  
 Que reventando en salpicante espuma  
 Parece que con loco satanismo  
 Increpa al cielo y el bajel abruma  
 Hasta que logra hundirlo en el abismo?

¿Vagan talvez los manes de Leonidas  
 En ese campo en que la muerte postra  
 Falanges de rabiosos homicidas?  
 ¿Es Bonaparte que furioso arrostra  
 El peligro doquier? ¿Es de Cartago  
 El adalid que produciendo estrago  
 El Alpe cruza audaz? No, no son ellos  
 Los héroes de la Europa que tan bellos  
 Recuerdos de su fama eternizaron...  
 Estos son los gallardos descendientes  
 De los guerreros que en Junín triunfaron  
 Y en Ayacucho y Boyacá probaron  
 Que los hijos de América valientes  
 Al persa en el fatal desfiladero  
 Hubieran detenido con su acero.  
 Marcharan con Aníbal hacia Roma  
 Y atrás no se quedarán ni un segundo  
 Del temerario gladiador que doma  
 Con la victoria de Austerlitz un mundo.

Herir, matar y recibir la muerte,  
 Sin desmayo mirar cómo se vierte  
 La hirviente sangre a rojos borbotones,

Asaltar con denuedo el muro fuerte,  
Combatir como tigres con leones,  
¡Página vieja en nuestra breve historia  
Donde hay tanta tristeza y tanta gloria!

Ved ese cuadro aterrador. La plaza  
Innumerable ejército circunda...  
El hermano al hermano despedaza  
Y el campo en sangre por doquier se inunda...  
Reguerós de cadáveres tendidos  
Hay sobre el suelo y con feroz mirada  
Contemplan los heridos  
Su carne desgarrada  
Por el agudo proyectil. Furioso  
De tal manera el tigre poderoso  
Que ruge entre los bosques de Bengala  
Su cólera divierte relamiendo  
La roja brecha donde está sintiendo  
El recio golpe de certera bala!

Negra como las hijas de la Nubia,  
La noche llega y en su oscuro seno  
Sigue el combate de heroísmos lleno,  
Y prosigue también cuando la rubia  
Aurora vierte de su azul pupila  
Chorros de luz... Pero ¿por qué vacila  
Siquiera un breve instante  
La fe ciega de aquellos denodados  
E intrépidos soldados  
Que en el muro rechazan la pujante  
Bravura de las huestes invasoras?  
¡Ah! no lo diga el ignorado vate  
Que hoy canta aquellas horas  
De terrible combate...  
Cayeron, ¡ay!, reputaciones altas  
Como se viene a tierra erguido roble...  
Pero ¡silencio! y que el olvido noble  
tienda su velo sobre ciertas faltas.

Mas ved ahí que a las trincheras guía  
 Generoso corcel augusto anciano  
 Que en su cabello ostenta nieve fría,  
 Pero un sol en su pecho... El soplo insano  
 De aquella horrible tempestad no huela  
 Su sangre varonil, y su mirada  
 Tiene un fulgor tremendo...  
 Con acerada espuela  
 La tersa piel hiriendo  
 De indómito bridón, toda bañada  
 En albicante espuma, corre, vuela,  
 Esgrimiendo su espada,  
 Gallardo mozo cuyo aspecto fiero  
 Bien demuestra en la lucha que es oriundo  
 De las montañas donde vino al mundo  
 Córdoba, el bravo, el inmortal guerrero...  
 Ese anciano es Albán... Es el Caudillo  
 indomable y sencillo:  
 Nació para el Deber; siempre su brazo  
 Opone a toda infamia una barrera,  
 Siempre en su corazón halla rechazo  
 Del Desorden la lúgubre bandera;  
 Erguido como el alto Chimborazo,  
 El cráter que su espíritu ilumina  
 Y que le enciende en cólera divina  
 Y le engrandece en sanguinosos dramas  
 Respeto a los que enseñan y redimen,  
 Sólo sobre el malvado vierte llamas,  
 Sólo arroja su lava sobre el crimen!

Y ese mancebo de apostura bella  
 Que disponer parece a su albedrío  
 Del vendaval bravío,  
 De la mortal centella,  
 De la rabia del mar cuyo alboroto  
 Llena las almas de pavor profundo,  
 Y del poder de brusco terremoto  
 Que convulsiona el mundo,  
 Ese que en la tragedia y el conflicto

Tiene cual Girardot épicos sueños,  
Es SALAZAR, el campeón invicto,  
Un león de los bosques antioqueños!

Hablan los dos... Sus ojos centellean  
Y a sus voces vibrantes y viriles  
Se enardecen aquellos que flaquean,  
Y nuevamente con ardor pelean,  
Y otra vez los cañones y fusiles  
Retumban, silban y despiden llamas...  
Rebotan en el duro parapeto  
Copiosos proyectiles...  
Azogadas de horror tiemblan las ramas  
Del cercano manglar en que discreto  
Su descalabro el enemigo esconde...  
En viejos héroes la memoria puesta,  
Al rayo el rayo destructor contesta,  
El huracán al huracán responde...

¡Oh Albán! ¡Oh Salazar!, fue vuestro acento  
Lleno de fe la salvación del Istmo...  
Como hálito sagrado, vuestro aliento  
Hizo resucitar el heroísmo  
En almas fatigadas... Fue la tea  
Que encendió el apagado combustible  
Vuestra palabra que a feroz pelea  
Llamó de nuevo por deber terrible;  
Y así triunfó la Idea,  
La santa Idea que el Progreso invoca  
Bajo el amparo de la Fe cristiana  
Y que resiste, como firme roca,  
El recio empuje de borrasca insana;  
Así triunfó con esplendor divino  
Y así el nicaragüense aventurero  
Que con hermanos nuéstros allí vino,  
Vio cómo ataja en su fatal camino  
Al pérfido extranjero  
Que armado pisa nuestro suelo hermoso,  
El colombiano, siempre victorioso  
Cuando busca los lauros del guerrero.

¡Ah! pluguiese a los cielos no muy tarde  
 Que de igual modo sus furores pruebe  
 El mandarín del Ecuador aleve,  
 Que de falsa amistad haciendo alarde  
 Sepulta en nuestro seno  
 Su puñal saturado de veneno,  
 Sin recordar acaso,  
 En su ambición insana y desmedida,  
 Que la noble Colombia nunca olvida  
 De “vencedores” el soberbio paso...  
 Al verte exangüe, en lucha fratricida,  
 Oh Patria, el torpe mandarín te afrenta,  
 Pero ¡cuidado con el brazo rudo  
 Que en convulsión violenta  
 Sus flamígeras lanzas ensangrienta  
 En quienes osan escupir su escudo!

Ese brazo iracundo  
 Con ímpetu de rayo  
 Supo vencer los hijos de Pelayo  
 Que vencieron al árbitro de un mundo!  
 Ese brazo es el mismo  
 Que en Pichincha frenético golpea,  
 Y abrió a la esclavitud un hondo abismo,  
 Y donde hubo rebaños allí crea  
 Pueblos libres, los pueblos donde ahora  
 Atiza un temerario ¡Patria mía!  
 ¡El incendio fatal que te devora,  
 Gozándose, infeliz, en tu agonía!

Ese brazo altanero que redime  
 Y que pudo asombrar al europeo  
 Con la explosión sublime  
 (¡La sagrada explosión de San Mateo!),  
 Ese brazo grandioso no consiente  
 De los intrusos ambiciones locas,  
 Porque él está en la lucha armipotente,  
 Y si faltan las armas, tiene rocas  
 Para aplastar al invasor la frente...  
 Tiene árboles robustos a las faldas

Como en las cimas de montañas rudas,  
Para azotar rabioso las espaldas  
De cuantos amen la traición de Judas!

Venga otra vez del Dictador grosero  
Que Venezuela sufre avergonzada,  
La miserable chusma que degrada  
En sus manos las armas del guerrero...  
Vengan, sí, de Zelaya los esclavos  
Y los de Alfaro, y la feroz jauría  
De monstruosos Caínes!... Nuestros bravos,  
Nuevamente en la bélica porfía,  
Donde sangrienta lluvia se derrame,  
Arrollarán la coalición infame,  
Porque siempre, con trágica hermosura,  
Colombia es el condor que desafía  
Tormentas en la altura,  
Y en medio de relámpagos, sereno,  
Cruza la inmensidad, de arrojo lleno,  
Pues creció con arrullos de huracanes  
En las cimas do hierven los volcanes  
Y donde ruge, victorioso, el trueno!

Panamá, noviembre de 1900.

## CAPITULO VII

### CAMPAÑAS DE BOLIVAR Y EL MAGDALENA

Terminada esta primera campaña de Panamá, con la batalla que prolijamente hemos relatado en el capítulo anterior, destrozado el ejército revolucionario hacía pocos días, en el sangriento campo de Palonegro, y divididos profundamente los jefes liberales, pues el general Uribe Uribe atacaba con saña inusitada a los supremos directores de la revolución, generales Gabriel Vargas Santos y Foción Soto, según un violento folleto que sorprendimos en la población de Chimá (imprensa del señor Teófilo López), en el cual les hacía terribles cargos por su ineptitud en la conducción de la guerra y principalmente por la incapacidad de que habían dado pruebas inequívocas en la memorable batalla de Palonegro, la nación entera acarició la esperanza de que ya la revolución podía darse por terminada en todo el territorio de la república. El antes poderoso ejército liberal destruído en Palonegro, huía, en desorden, en todas direcciones, sin recursos, sin municiones y sin elementos de guerra, activamente perseguido por las huestes del gobierno. El núcleo más apreciable se retiró por una trocha en dirección a Ocaña, adonde llegó, fatigado y exhausto, terriblemente diezmado por las enfermedades y las penalidades de la marcha, llevando a su cabeza al general Rafael Uribe Uribe, hombre esforzado y tenaz, a quien nunca doblegó la adversidad ni abatieron los rigores del insuceso.

Con la gran derrota de Palonegro y los descalabros que había sufrido el ejército rebelde, desde los primeros días de la guerra en Piedecuesta y Bucaramanga, en donde el valeroso general Juan B. Tovar lo venció y puso en desastrosa fuga, y en el combate fluvial de los Obispos (río Magdalena), en donde el general Diego de Castro, por su pericia y valentía, se cubrió de gloria, hundiendo y destrozando en breves minutos la flotilla enemiga,

con todo esto, decimos, la revolución quedaba definitivamente reducida a la impotencia para continuar la lucha. Una capitulación honrosa, un tratado de paz, era lo que el patriotismo indicaba y lo que el pueblo colombiano esperaba con ardor. Mas estos anhelos no se realizaron desgraciadamente, y poco después de Palonegro (mayo de 1900) vino la batalla de Panamá (julio del mismo año), que ya he relatado, y la guerra hubo de continuar sin esperanza de éxito para los rebeldes, pero sí como una gran desgracia para Colombia, cuyos campos, reducidos a la ruina y a la miseria, habían de seguir tiñéndose de sangre, como consecuencia de la insania que dominaba todos los espíritus.. Vencido el ejército revolucionario en Piedecuesta y Bucaramanga, lo mismo que en los Obispos, Palonegro y Panamá ¿qué remota esperanza de futuros triunfos podía quedarles a los jefes y conductores de la revolución? ¿No era lo patriótico deponer las armas y acogerse a las garantías que el gobierno les ofrecía, con benevolencia y espíritu de confraternidad incomparables? Voces muy autorizadas hubo en el seno del mismo partido liberal que agotaron sus esfuerzos llamando a sus copartidarios a la cordura y al patriotismo. Todo fue en vano. Sus palabras no hallaron nunca un eco generoso y fueron a perderse en el vacío. La guerra continuó.

A los pocos días el general Uribe abandonaba con sus escasos elementos la ciudad de Ocaña, cruzaba el río Magdalena y se dirigía a Magangué, con el ánimo de llevar sus armas al departamento de Bolívar, en donde le aguardaba una suerte no menos desastrosa que en las campañas anteriores.

Fue entonces cuando el autor de estas páginas, hallándose todavía en Panamá, atendiendo a la reorganización de sus fuerzas que tanto habían sufrido en la batalla de aquella ciudad, recibió el encarecido llamamiento del general Francisco J. Palacio, comandante general del ejército del Atlántico, de trasladarse a Barranquilla para iniciar con sus fuerzas la campaña del departamento de Bolívar, cuyos preparativos se adelantaban ya con la situación de varias unidades del ejército nacional y la flotilla de guerra en el campamento del Caño de Cicuco (río Magdalena), a poca distancia de Magangué, plaza ocupada por el general Uribe con su ejército, bastante aumentado y organizado con los elementos que a diario se le incorporaban, procedentes de distin-

tos lugares de aquella región del país. El general Uribe Uribe fue en la guerra un jefe demasiado optimista. Esta circunstancia lo llevaba frecuentemente a confiar con exageración en el éxito de sus campañas y en el triunfo de sus armas. A ese espíritu festivo, confiado y poco previsor, debió seguramente las derrotas que hubimos luego de infligirle, como se verá en el relato que viene a continuación. Debemos antes advertir que al salir de Panamá, con nuestra oficialidad, el 25 de septiembre de aquel año (1900) recibimos de la sociedad panameña, de las autoridades públicas y del ejército nacional, delicadas manifestaciones de simpatía y de cariño, que dejaron en nuestro espíritu una honda huella de gratitud que no han borrado ni el paso de los años, ni las peripecias de una larga vida consagrada al trabajo y al culto de la patria. Así abandonamos, en la mañana de ese día (25 de septiembre), aquellos campos memorables que habían sido teatro de nuestros sacrificios y de nuestros sufrimientos y en donde dejábamos las tumbas queridas de muchos compañeros inolvidables que nos habían dado, en el mismo campo de batalla, su último adiós o su postrer aliento.

Dos días después llegábamos a Barranquilla, en donde se nos tenía armado en guerra, para remontar el río Magdalena, el vapor "Diez Hermanos"; y el primero de octubre, es decir, a los siete días de nuestra salida de Panamá, nos encontrábamos en el Caño de Cicuco, enfrentados al ejército del general Uribe Uribe, quien, perfectamente atrincherado, nos esperaba en la ciudad de Magangué, de la cual había hecho una plaza fuerte, como para librar una batalla decisiva.

Nuestro arribo al campamento de Cicuco fue saludado con salvas de artillería de todos los buques de guerra surtos en aquellas aguas y por las bandas de las distintas unidades del ejército acantonadas allí para la campaña que, dentro de pocos días, íbamos a emprender.

El comandante en jefe del ejército general, Francisco J. Palacio, a quien profesábamos la más fervorosa admiración, a quien nos ligaban los vínculos de una cariñosa amistad y quien nos había conferido, hacía algún tiempo, nuestro primer ascenso a general de brigada, no perdía ocasión de estimular a los jefes y oficiales que lo acompañábamos y expidió el mismo día la siguiente

## "ORDEN GENERAL

del ejército para hoy 3 de octubre de 1900, en el campamento de "Cicuco", a bordo del vapor "Hércules".

Artículo único. El comandante en jefe y su estado mayor general se complacen en presentar cordial saludo de bienvenida al joven héroe de Panamá, general Víctor M. Salazar, que ha volado a compartir los peligros y glorias de la jornada que dentro de poco ha de librarse.

El comandante en jefe considera feliz augurio la llegada del general Salazar.

El general 1er. ayudante general, **Daniel Carbonell**.

Algunos momentos después de nuestro arribo al campamento, fuimos invitados por el general Palacio a almorzar en el vapor "Hércules", que era donde se encontraba el estado mayor general del ejército. Allí tuvimos el placer de ver y abrazar no solamente al general Palacio, sino a varios distinguidos jefes, como los generales Francisco Jaramillo (Pacho Negro), Daniel Carbonell, Aurelio de Castro, Leonardo García, Laureano García Rojas, Augusto N. Samper, coronel Julio H. Palacio y algunos otros cuyos nombres se nos escapan. La reunión fue muy agradable y harto interesante. Hicimos en ella algunos recuerdos de nuestras campañas, y el doctor Augusto N. Samper nos leyó la correspondencia que constantemente recibían del general Uribe Uribe, quien, como he dicho, se encontraba a poca distancia en la ciudad de Magangué.

En vista de esa correspondencia, que revelaba claramente el propósito de Uribe Uribe de ganar tiempo, quizá para darse una mejor organización, resolvimos no complacerlo e iniciar inmediatamente los preparativos para atacarlo en sus propios atrincheramientos, conviniendo desde luego en que el ataque lo realizaríamos el día 4 a las once de la mañana. La demora consistía en que era preciso averiguar previamente la calidad y resistencia de las trincheras que Uribe Uribe había construido a todo lo largo del río, desde Yatí hasta Magangué, lo mismo que las que tenía en la ciudad, en las calles y en las azoteas de los principales edificios. También necesitábamos inquirir, por medio de un espionaje muy activo y sagaz, el número y capacidad de los cañones emplazados en esos mismos lugares, por cuanto no podíamos poner en peligro la existencia de los vapores de guerra que íbamos a comprometer en la acción.

Hechas las debidas investigaciones, llegamos al convencimiento de que las trincheras construídas por Uribe Uribe, si bien eran de bastante resistencia y en su forma adecuadas para la defensa, no podrían, sin embargo, soportar por mucho tiempo el fuego de los cañones emplazados en nuestros buques de guerra. Nos trajeron, además, el informe de que la revolución sólo contaba con un cañón bien colocado en la ciudad. Con estos datos a la mano se procedió al ataque, como estaba convenido, y efectivamente a las once del día 4 de octubre los vapores "Colombia", "Enrique", "Diez Hermanos" y otro cuyo nombre no recuerdo, remontaban las aguas del Magdalena en línea de combate. Pocos momentos después nuestros barcos recibían el fuego nutrido de los atrincheramientos enemigos, principalmente en el sitio denominado "Yatí"; pero como estaban perfectamente blindados, los daños que nos causaban eran insignificantes. En cambio, el fuego incesante de nuestros cañones destrozaba y hacía volar en pedazos por el aire las trincheras y los parapetos enemigos, y sus defensores morían o escapaban en desorden. Al avistar la ciudad de Magangué, el cañón que allí tenía Uribe Uribe disparó sobre el "Colombia" que llevaba la vanguardia. El disparo fue bastante certero, pues destrozó la parte alta de la proa de nuestro barco. Ese fue el primero y único disparo. Nuestra infantería, que iba bien aleccionada, comprendió que el cañón era nuestro mayor enemigo y dirigió y mantuvo todos sus fuegos sobre los artilleros que, imposibilitados para disparar nuevamente, huyeron dejando abandonada la pieza que manejaban. El combate continuó encarnizadamente. Al cabo de algunas horas, como Uribe Uribe se situase en la iglesia de la ciudad, los cañones del "Enrique" dispararon sobre ella, haciéndolo con tan certera puntería que en breves minutos los muros del templo se desplomaron y el distinguido jefe revolucionario se lanzaba, en precipitada fuga, hacia la histórica y legendaria ciudad de Corozal, cuyas torres, de aspecto colonial, se levantaban en el centro de una hermosa llanura del departamento de Bolívar. En esa misma ciudad nos correspondió atacarlo más tarde en compañía del general Pedro Nel Ospina, en la mañana del 27 de noviembre del mismo año (1900), como se narrará adelante. Un incidente curioso interfiere la ilación de estos recuerdos: algunos años después, encontrándonos en la asamblea nacional constituyente y legislativa,

durante la administración del general Reyes, nos tocó colaborar en la expedición de una ley por la cual se decretaba un auxilio para la reconstrucción de la iglesia de Magangué. ¡Qué extrañas viceversas nos reserva el correr de los años en la complicada historia de las guerras civiles!

Terminado el combate de Magangué, en la forma que hemos relatado, surgió en el seno de nuestro comando superior de guerra una ligera diferencia. Algunos éramos partidarios de perseguir rápidamente a Uribe Uribe para no darle tiempo de reorganizarse y también porque temíamos que pudiera atacar y dominar la plaza de Corozal, en donde tenía el gobierno un parque de consideración. Otros jefes opinaban que lo acertado era esperar algunos días, hasta recibir los refuerzos que venían en nuestro auxilio trayendo cuantiosos elementos de guerra. Esta última idea hubo de prevalecer y entonces el general Palacio ordenó que, descendiendo por el Magdalena, marchásemos hacia el puerto fluvial de Zambrano, adonde arribamos en la madrugada del domingo 7 de octubre (1900). Nosotros desembarcamos inmediatamente y, pocos momentos después, a las seis y media de la mañana, hallándonos en tierra, en compañía de varios jefes y oficiales, un ayudante del general Palacio, que venía del vapor "Hércules", la nave capitana, nos entregaba una comunicación. En ella el general nos anunciaba que, por decreto de esa madrugada, había tenido a bien nombrarnos jefe de estado mayor general del ejército en operaciones, sobre los departamentos de Bolívar y el Magdalena. Nuestro desconcierto fue inmenso. ¿Cómo es posible —nos decíamos— que a un hombre de tan pocos años, sin experiencia ninguna en el arte de la guerra, sin mayores conocimientos para conducir un ejército numeroso como aquel que iba a emprender una campaña tan difícil y peligrosa contra un aguerrido y veterano militar como Uribe Uribe, se le ascienda a semejante posición en el ejército y se le entregue la suerte de la guerra confiándole una tarea que es superior a sus capacidades? ¿Cómo podía admitirse que jefes tan prestigiosos como Juan B. Tovar, Manuel María Castro Uriceochea, Tomás García, Ricardo Restrepo Uribe, Obdulio Garavito, que venían de los ejércitos victoriosos del norte; Francisco Jaramillo, antiguo compañero de don Julio Arboleda; Carlos E. Restrepo (después presidente de Colombia) y muchos otros de grandes merecimientos quedasen

ahora bajo nuestras órdenes? Eso nos parecía imposible. Sin embargo, después de importantes reflexiones de nuestros compañeros, principalmente del general Jaramillo, resolvimos aceptar, y dos horas más tarde el ejército, formado en las calles de Zambrano, nos reconocía como a jefe de estado mayor general.

Nuestra permanencia en Zambrano hubo de prolongarse hasta los últimos días de octubre. A mediados del mes empezaron a llegar a nuestro campamento los derrotados de Corozal. Uribe Uribe, como algunos lo habíamos previsto, había atacado y vencido la guarnición de esa ciudad, arrebatándole el parque que custodiaba. Aquello era un alivio poderoso para las desmedradas fuerzas del jefe revolucionario, lo cual estimulaba nuestro deseo de atacarlo sin vacilación y sin demora.

Al fin llegó el anhelado día. El 28 de octubre, a eso de las 11 de la mañana, un ayudante del general Palacio vino a comunicarnos a nuestras oficinas del estado mayor que el general deseaba tratar con nosotros un asunto importante. Inmediatamente nos trasladamos al vapor "Hércules", en donde recibimos la orden de dictar las medidas necesarias para iniciar la campaña contra Uribe Uribe, sin pérdida de tiempo, debiendo tomar la vanguardia la División "Antioquia", bajo el comando de sus jefes y del jefe de estado mayor general del ejército.

Al día siguiente, cuando el sol apenas despuntaba en el horizonte, estábamos ya en marcha por un camino cenagoso, pues el invierno se iniciaba con grandes lluvias torrenciales. Ibamos en dirección a Jesús del Monte, adonde llegamos el mismo día por la tarde y en donde debíamos permanecer el tiempo estrictamente necesario para preparar el ataque a las fuerzas que Uribe Uribe tenía fuertemente atrincheradas en la ciudad del Carmen de Bolívar. Al día siguiente, en altas horas de la noche, recibimos un expreso que venía del campamento de Zambrano. Traía una comunicación del general Pedro Nel Ospina, a quien habíamos dejado en Barranquilla hacía algún tiempo. En esa comunicación nos participaba que él había sido designado para reemplazar al general Francisco J. Palacio en el comando del ejército en operaciones, y preguntaba nuestras opiniones relativas al plan de la campaña que estábamos iniciando. Le contestamos al momento informándole que el 3 de noviembre subsiguiente atacaríamos las fuerzas de Uribe Uribe en el Carmen de Bolívar y que, como